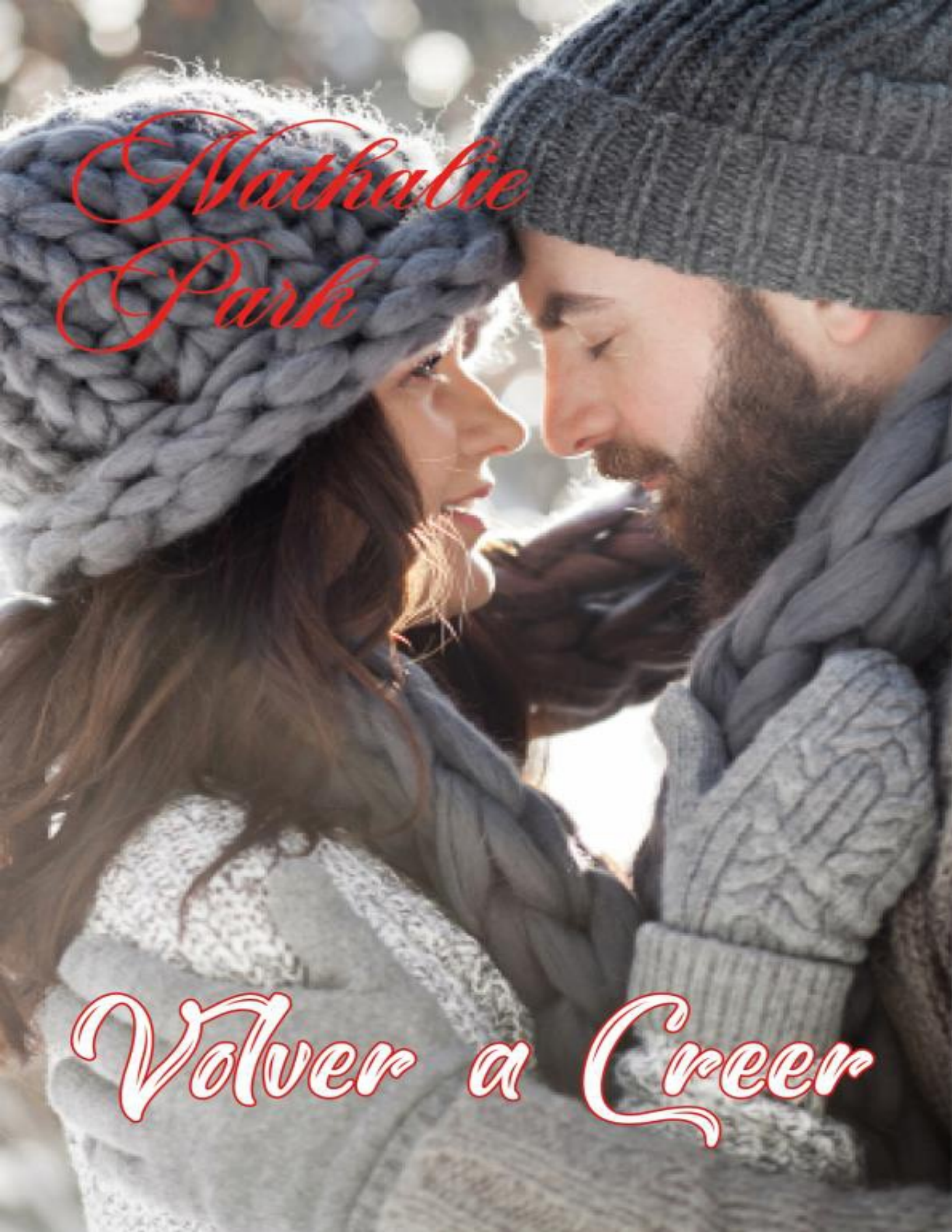


A romantic couple is shown in a close-up, profile view, facing each other. The woman on the left has long brown hair and is wearing a grey cable-knit beanie and a grey scarf. The man on the right has a beard and is wearing a grey cable-knit beanie and a grey scarf. They are both looking at each other with soft expressions. The background is a soft-focus outdoor scene with warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is intimate and cozy.

*Wathalie
Park*

Volver a Creer

Valver a creer

Nathalie Park

Derechos de autor © 2025 Nathalie Park

Primera edición

Volver a creer

Nathalie Park

© Enero 2025

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Imagen de portada: Freepik (moda-hermosa-dia-fondo-barba_1116588 @senivpetro)

Diseño de la portada de: Shadow Miki

En mi casa se dice “Es de bien nacido, ser agradecido” y tras un 2024 un tanto especial, es el momento ideal para dar las gracias.

A los primeros a quienes tengo que agradecer su amor, su tiempo, cuidados y paciencia es a mi marido, hijos y madre. Sin ellos este camino hubiera sido mucho más difícil de recorrer.

Luego están los amigos. Los cercanos y los lejanos. Los de toda la vida y los más nuevos. Todos me habéis dado fuerzas, ánimos y hemos pasado momentos inolvidables.

Y, por supuesto tú, querido lector. Te agradezco que me leas, que me acompañes en esta aventura que es crear historias y que me des tu sincera opinión.

A todos vosotros, GRACIAS.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del autor](#)

[Libros de este autor](#)

Capítulo 1

Isa



Me estoy poniendo de los nervios. No sé qué se le estará pasado por la cabeza a Javi para no estar aquí ahora, pero esto es algo que tenemos que hacer juntos. Nos han dicho que podíamos bajar y ayudar a Rocío, y que todo empezaría a las seis de la mañana. Sabe lo mal que me sienta la impuntualidad y no ha intentado mejorar con el paso de los años.

¡Qué maleducada soy! Yo aquí contándoos mis cosas sin deciros quién soy.

Me llamo Isa y mi marido es Javi, ese al que en cuanto vea le voy a dar un capón o una colleja, o lo que sea. Llevamos juntos... toda una vida y lo que nos queda.

No es una amenaza, es un hecho. Y que no os parezca que me quedo tan pancha diciéndolo, porque el hecho es que ambos estamos muertos y ascendimos al cielo. Y según nos dijeron cuando eso nos pasó a cada uno, estaremos toda la eternidad juntos.

Sí, sí. He dicho muertos, no os estáis volviendo locos.

Todo aquello que me enseñaron de pequeña sobre el cielo y el infierno y de que según cómo fueses ibas a un sitio o a otro, es cierto. Javi y yo somos la prueba. Pero no es tal y como nos contaron. Es cierto que aquí todo es tranquilidad, te sientes pleno y feliz. Todos y cada uno de los que vivimos aquí somos luces, como las estrellas en el firmamento. Así es como nos veis desde la Tierra, pero entre nosotros nos vemos como fuimos cuando vivíamos.

Y sí. Los ángeles existen. Aquí es donde está alguna de las diferencias que me contaron mis padres. No son seres bellos y perfectos que visten una túnica. Tienen forma humana y son como tú o como yo. Altos, bajos, delgados, con algo de peso, guapos, feos, pero sus rasgos y su forma de actuar denotan bondad. Es verlos y llenarte de paz. Y no. No tienen alas, ni un halo alrededor de su cabeza. ¡Ah! Y a Dios no le hemos visto en todos los años que llevamos aquí, por si tenéis curiosidad. Y eso que lo hemos buscado, pero nada, que no se deja ver.

¡Ay! Que me enrolló como una persiana y no os digo por qué hemos vuelto a la Tierra. Volver, volver, es un decir. Realmente nos han dejado bajar y acercarnos a Rocío, pero no puede vernos ni oírnos. Y tenemos una misión.

Os preguntareis quién es Rocío.

Ella es la hija que tuvimos hace ya casi 30 años y a la que no veo desde que tenía casi 18 años. Y desde que he llegado a su habitación, lo que más anhelo es poder estrecharla entre mis brazos. Sé que no puede ser y eso me parte el corazón haciendo que mis mejillas se mojen con las lágrimas que no paran de brotar de mis ojos.

Me llevo la mano a ellas y limpio extrañada cada una de las gotas que ruedan por mi rostro porque en todos estos años no había llorado ni una sola vez.

Bueno, a lo que iba. Hemos vuelto con un propósito y es hacer que nuestra hija vuelva a creer. Eso es lo que nos han dicho.

Pero, ¿creer en qué? ¿Y cómo lo vamos a hacer si no nos puede ver ni oír? Tendría que haberme quedado a escuchar todo lo que nos tenían que contar y no salir escopeteada para ver a mi niña. La impaciencia por volver a verla ha podido con saber qué teníamos que hacer.

El sonido de la música rompe bruscamente el silencio de la noche. Son las seis de la mañana y por desgracia para Rocío, comienza un nuevo día. Las luces de las farolas se cuelan por las escasas rendijas de la persiana iluminando tenuemente la habitación.

Aún con los ojos cerrados mi hija, que está acostada en la cama bajo el calor del edredón, se gira y apaga el despertador haciendo que vuelva la tranquilidad a la noche.

Se despereza lentamente hasta que se despierta del todo y comienza con lo que parece ser su rutina diaria. Coge una sudadera y rápidamente se la pone para mitigar el frío que campa por la habitación. Se dirige al pequeño baño y abre el grifo de la ducha para que lo caldee un poco y no se quede congelada. Y, aunque no sentimos frío ni calor, lo sé porque salía vaho de su boca cada vez que respiraba.

Justo en ese momento siento la presencia de Javi a mi lado.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunto nerviosa.

—No he tardado nada, Isa. Lo que pasa es que tú te has venido sin dejarles que nos diesen más explicaciones. Has oído las palabras “*podéis bajar ahora*” y has salido como si tuvieras un cohete en el culo.

—¿Y qué te han dicho tras irme? —le pregunto ansiosa.

—Ahora te lo digo. Déjame antes ver cómo está la niña —dice mientras mira con devoción a Rocío.

Y mientras termina de ducharse me pone al día de su conversación.

Diez minutos después, con una toalla enrollada en la cabeza y un albornoz cubriendo su cuerpo, Rocío anda los escasos pasos que le separan de la cocina y se prepara el desayuno.

Mira el bote del café y dando gracias a los cielos, ve que tiene lo justo para esa primera taza del día que le dé el suficiente calor para poder vestirse en ese pequeño apartamento, que es casi como una caja de zapatos pero que para ella sola es más que suficiente, y por donde el frío se cuela de manera inmisericorde.

Miro extrañada a Javi, porque es como si hubiera podido meterme en la cabeza de mi hija y

escuchar sus pensamientos. Cuando se lo comento, él simplemente afirma con la cabeza mientras sonríe.

Vuelvo a prestar toda mi atención a Rocío y la pobre se lamenta por tener que vivir de alquiler en una vieja vivienda donde la calefacción va por luz, y al estar los precios por las nubes, se ha visto abocada a ponerla lo imprescindible y llevar puesto capas y capas de ropa para no congelarse.

Me recuerda a nuestro primer piso. Un pequeño congelador, pero que para nosotros era el paraíso. Solo que este no parece un hogar. Reconozco algunos muebles de nuestra antigua casa en el escaso mobiliario: nuestra cama, el sofá y la mesa donde estudiaba. Pero las paredes están desnudas y no veo ninguna foto en la casa.

Mientras el negro líquido va llenando la jarra, vuelve a su cuarto a vestirse. Ha tenido la precaución de dejar la puerta cerrada para que el poco calor que ha generado la rápida ducha que se ha dado no se escape.

Abre el pequeño armario y va directa a por unos vaqueros oscuros, una camisa blanca y una chaqueta que ha visto mejores horas. Ropa interior sencilla y blanca, unos calcetines gorditos y unas botas con algo de tacón completan su *outfit*. Lo deja todo encima de la cama y dirige sus pasos de nuevo al baño.

Con movimientos enérgicos elimina el exceso de humedad de su corto pelo rizado, para con el secador dejarlos bien marcados y maquilla suavemente sus ojos y labios. Vuelve a la habitación y termina de vestirse.

De reojo mira la hora en el despertador que hay en la mesilla de noche y por la cara que pone parece que aún le da tiempo a comer algo sólido mientras que el café calienta un poco más su cuerpo.

Con esa idea, al llegar a la cocina, coge un par de galletas y una magdalena que devora con avidez a la par que vacía la taza llena del humeante líquido, disfrutando de su amargo sabor.

Recoge las pocas miguitas que se le han escapado en la encimera de la cocina y lava la taza y la jarra. Con rapidez se hace un sándwich y lo mete junto con una botella de agua en su bolso— mochila y agarrando las llaves, un gorro, bufanda, guantes y anorak, sale para empezar otro día de trabajo. Y mientras baja las escaleras hasta llegar al portal, se va poniendo cada una de las prendas.

Sé que va con tiempo porque es igual que yo de obsesa con ser puntual, pero prefiere andar deprisa hasta la estación de cercanías de Torrejón de Ardoz y por lo que piensa, es para mantener su cuerpo caliente. Aún está oscuro pero la helada que ha caído por la noche ha dejado blancos los coches y van iluminando suavemente su camino.

Casi no se ve un alma en la calle, pero no siente miedo y eso que sus pasos resuenan por la acera indicando a cualquiera su posición. No es un barrio demasiado conflictivo, pero una mujer sola en la oscuridad de la noche podría ser un blanco apetecible.

Además, las escasas pertenencias que tiene en su bolso no tienen apenas valor. Un móvil más viejo que Matusalén y un libro digital de la misma era, por los que no darían más de cinco euros en cualquier casa de empeños. Pero para ella son su mayor tesoro porque la conectan con el mundo y con una de sus pasiones, que es la lectura. Y esa pasión la heredó de Javi.

Divisa la entrada al tren y aviva los pasos. Cuando entra en la estación, rebusca en el bolso su abono transporte mientras baja por las escaleras que la sumergen en los túneles que cruzan la ciudad. En el andén se fija en las pocas personas que ya están esperando y que, por cómo las

mira, ya se han convertido en conocidas al encontrarse casi todos los días durante los últimos años y hace un pequeño gesto con su cabeza a un par de ellos en señal de reconocimiento

Cuando entra en el vagón, se dirige directa a un asiento, saca el *e-book* de su bolso y empieza a leer.

—Es su asiento favorito y piensa que ya se ha hecho a la forma de su trasero por las horas que se pasa sentada en él —comento con Javi.

—Culo, Isa. Puedes decir culo. Y yo también puedo saber qué está pensando. No hace falta que me lo vayas retransmitiendo como si fuese un partido de fútbol —me replica con ironía.

Argg, cómo me fastidia que me explique lo obvio. Si yo puedo escuchar sus pensamientos, es lógico que también lo haga él, no soy tonta. ¿No se da cuenta de lo emocionada que estoy por volver a ver a mi niña y que eso me hace hablar como una cotorra?

Vuelvo a centrarme en Rocío y en que parece que ese simple asiento la está esperando cada día para que se pase la siguiente hora leyendo y el trayecto se le haga más corto.

Esa hora de ida y la otra de vuelta son los únicos momentos en que se permite soñar que es la protagonista de los libros que lee, escapando así de lo anodina e insulsa que es su vida. Así puede viajar a países que no conoce y vivir épocas ya pasadas. Podría encontrar gratis esos libros en la red, pero aprendió desde muy pequeña que todo trabajo debe tener su remuneración, así que paga gustosa por todos los buenos ratos que los libros le hacen pasar.

¿Qué ha pasado en estos años para que mi niña se sienta insignificante y tenga que disfrutar de la vida a través de las historias que lee en sus libros? ¿Dónde ha quedado esa chica dulce y extrovertida que quería comerse el mundo?

Sumida en mis cavilaciones no me he dado cuenta de que ha llegado a su destino y está a punto de salir del vagón.

—Deja de pensar tanto y sal ya, que la niña se baja en esta parada.

Salimos tras ella que echa a andar con rapidez de nuevo y durante unos quince minutos la seguimos. Hemos dejado atrás la zona residencial y hemos llegado a un polígono industrial a las afueras de Alcobendas.

Un edificio de oficinas se alza ante nosotros y con presteza entra en él. Saluda con la cabeza al vigilante y va hacia las escaleras que sube de dos en dos ya que solo es un piso. Las luces están dadas, pero no hay ni un alma y el sonido de sus pasos resuena con fuerza. Se sienta en una mesa, que supongo es su lugar de trabajo, y enciende el ordenador. Durante los siguientes minutos repasa el correo imprimiendo algunos, contestando otros.

Cuando casi son las ocho y media, comenzamos a oír diferentes voces, y al llegar a la planta varias chicas entran mirando como un bicho raro a Rocío.

—¿Es que no saben ser puntuales en su trabajo como lo es Rocío? —pregunto enfadada.

Sí, lo sé. Os había dicho que me molesta la impuntualidad, pero lo cierto es que es una de mis mayores obsesiones.

—No es lo que nos tiene que preocupar, Isa. Sino la manera en que miran a la niña —en sus ojos se refleja una alarmante inquietud.

Y ahí me olvido de mi obcecación por el tiempo y me centro en esas chicas. Y lo único que veo y percibo son problemas.

Capítulo 2

Rocío



El día ha comenzado como cualquier otro.

Despertador, ducha, desayuno y salir de casa para pasarme una hora en el tren antes de llegar al trabajo la primera, como todos los días.

Eso de que los jefes lleguen más tarde hace que la mayoría de mis compañeras lleguen solo unos minutos antes que ellos. Ya les tienen cogida la medida y se aprovechan todo lo que pueden. Desde mi primer día de trabajo ha sido siempre así. Y con mi manía por ser puntual consiguen que empiece el día ya enfadada.

Porque luego toca apretar el culo para dejar todo el trabajo acabado a tiempo. ¿Y a quién le toca hacerlo? A la tonta de Rocío. Si es que no aprendo. Debería avisar a Mariano, mi jefe, y así poder vivir más tranquila. Debería hacerlo, pero entonces, estoy totalmente convencida, me harían la vida más imposible aún. Y necesito el trabajo ya que las facturas no se pagan solas. Y no tengo ahorros suficientes para estar una temporada en el paro buscando un nuevo trabajo.

Así que, ajo y agua. Es lo que hay bonita.

Muevo la cabeza intentando alejar estos pensamientos, porque lo que van a conseguir es que tenga un cabreo del quince y no merece la pena. Además, es viernes y vienen dos días sin tener que aguantar a esas petardas.

Cuando empiezan a llegar mis compañeras, o, mejor dicho, las petardas, paso de ellas y de sus miradas despectivas. Sé que para ellas soy la rarita porque ya no me relaciono con ninguna, ni siquiera para comer con ellas y aguantar su insulsa conversación, que siempre gira en torno a lo mismo: ropa, chicos y despellejar a quien no les cae bien.

Me sumerjo en el trabajo y me olvido de lo que ocurre a mi alrededor centrándome en apagar un par de fuegos. Estamos en diciembre y parece que todo el mundo quiere tener sus envíos antes de que lleguen las fiestas.

¡Uf, diciembre! ¡Qué poco me gusta este mes! Desde que me quedé sola me he convertido en alérgica a las fiestas. Todo son compras, compras y compras. No nos fijamos en que lo que es realmente importante es pasar tiempo con las personas que quieres. Y todo el mundo te habla con tanta dulzura que empalaga para, cuando han pasado los Reyes, transformarse en dragones que echan fuego por la boca.

Lo único bueno de este mes es que podré ahorrar lo suficiente para poder pagar la matrícula del curso que quiero hacer. Me ha costado mucho tiempo y esfuerzo terminar la carrera, aunque haya sido a través de la UNED, y ahora es el momento de conseguir los títulos de inglés que me vendrán muy bien para ascender en mi trabajo. Ya tenía el B2^[1] y ahora me propongo sacar el C1^[2] y el C2^[3]. Si lo consigo podré dejar mi segundo trabajo y podré tener más tiempo para mí. Aunque para lo que me vale...

Rocío, deja de autocompadecerte. No sirve de nada. Estás sola y eso no va a cambiar. Tú te lo has buscado y no puedes o, mejor dicho, no quieres cambiarlo.

De repente, siento como un escalofrío me recorre desde los dedos de los pies hasta la raíz de mi cabello. Hacía mucho tiempo que no lo sentía con tanta potencia. Con la misma fuerza solo me había ocurrido dos veces. Los días que mis padres fallecieron y no quería volver a sentirlo.

Abandono estos pensamientos porque lo único que me hacen es daño e intento volver a centrarme en el trabajo. Durante un rato lo consigo, hasta que oigo las risitas de las petardas yendo hacia la zona de descanso a tomarse sus larguísimos cafés. Paso de levantar la vista del monitor, pero siento sus miradas puestas en mí mientras caminan por delante de mi mesa.

—Tenemos que decorar la empresa. Ya estamos en diciembre y no pueden decirnos que es muy pronto —la voz de pito de Pilar se dejaba oír por toda la planta. —Ahora iré a hablar con Martínez para que bajemos al almacén y nos pongamos manos a la obra.

Tenía al jefe comiendo de la palma de su mano. Sus escotes y minifaldas le ponían cardíaco y le permitía todo. Daba lo mismo lo que hiciera, que siempre estaba bien, y siempre aceptaba todas sus peticiones.

Pilar se había convertido en una artista del escaqueo en el trabajo. Sólo cuando le apetecía cumplía con sus obligaciones, y eran muy escasas esas ocasiones. Y el resto tampoco es que hicieran su trabajo, por lo que me tocaba a mí hacer lo de todo el departamento.

Y ya tenían la excusa de hoy.

La rabia empieza a crecer en mi interior. La combinación entre mi aversión a estas fiestas, que vayan a ponerlo todo como en una revista de Navidad y que mi trabajo se multiplique por tener que hacer el de todas, lo está provocando. Normalmente puedo controlarlo, pero me da que hoy va a haber movida. Por mucho que intento dominarla noto cómo va bullendo en mi interior poco a poco y que en nada de tiempo saltaré.

Decido hacer una pausa y calmarme un poco, por lo que salgo a la escalera de incendios y me enciendo un pitillo. Entre la nicotina y el frío que hace, poco a poco voy tomando las riendas de mis demonios. El sonido de la puerta de la planta superior abriéndose hace que me apriete contra la pared ocultándome de cualquiera. Alguien ha tenido la misma idea que yo, pero junto al olor de nuestros cigarrillos me llega el aroma de su colonia. No me hace falta mirarle porque ya sé quién es.

Miguel, el segundo tras el dueño de la empresa y el primero en mis sueños húmedos. Lleva trabajando unos cinco años y, para mi desgracia, desde que le vi por primera vez ha conseguido

que compare a todos mis líos con él, dejándolos a la altura del betún.

Cada vez que me he acostado con un tío es a él al que termino viendo, y hasta que no lo hago no consigo correrme. Y en cuanto terminamos, si te he visto no me acuerdo, porque no ha conseguido que le olvidase. Hay algunos con los que repito. Son mis follamigos y tenemos muy claro que lo nuestro solamente es sexo, nada de mezclar sentimientos. Nos vemos cuando nos “pica” y luego cada uno a su casa.

Apago la colilla en el cenicero que tenemos y le doy una última miradita, sobre todo, a ese culo marcado por los vaqueros que lleva hoy. Estos segundos han conseguido calmar a mi bestia interior y poder continuar sin que mande a la mierda a las petardas. Y también han conseguido que me excitase. Si solo con verle me ponía así, no sabía cómo sería si algún día le viese desnudo.

Vuelvo a mi puesto y compruebo que solo los comerciales están en su sitio y que las petardas no están por ningún lado. Seguro que ya han ido a hablar con Martínez y se habrán ido al almacén a por las cajas de decoraciones.

Miro al reloj y veo que solo quedan 3 horas. Tengo que darme prisa o el trabajo se acumulará y no tengo intención de hacer horas extra. Además, necesito descansar un poco para esta noche o no daré pie con bola.

Veó que Pilar no ha perdido el tiempo y me ha reenviado un par de correos con trabajo que le han pedido a ella. Me muerdo la lengua para no soltar un grito y abro los documentos adjuntos. El resto de la mañana me la paso haciendo sus informes. Intento ser metódica y detecto varios errores en los datos lo que puede llevar a tomas de decisiones desacertadas. Los maqueto y, por primera vez desde que Pilar me endosa su trabajo, lo envío directamente al remitente original del correo.

Estoy harta de taparla, de hacerle todo el trabajo, de sentirme utilizada y menospreciada, porque es a ella a la que felicitan y nunca ha sido capaz de reconocer que era yo la que los hacía. Al contrario, cuando eso ha ocurrido me mira advirtiéndome que no diga una palabra.

No siento remordimientos al hacerlo. Ha llegado el día en que no me voy a dejar avasallar más; el día en que rompo las cadenas que han ido envolviéndome todos estos años y que cada uno se atenga a las consecuencias de sus actos. Esa rabia que me recorría hace un rato es la que me ha dado las fuerzas necesarias para dar el paso. Y no me arrepiento.

Suelto un suspiro de satisfacción y al levantar la vista veo que ya están terminando de decorar esta planta. Se han pasado casi todo el tiempo en la planta superior y seguro que, junto a dejarla vomitivamente navideña, habrán estado haciendo la pelota a los jefes. Me miran con aires de superioridad, pero ni se imaginan que se les acabó el chollo. ¡Qué disfruten del día! Que ya sabrán lo que es realmente trabajar.

Sigo a lo mío, exprimiendo los minutos al máximo, cuando escucho un carraspeo y veo a Martínez y detrás de él, a Miguel. Carraspea de nuevo más alto, porque ninguna de mis otras compañeras les ha prestado la más mínima atención ya que siguen hablando y poniendo adornos.

Miguel mira hacia mi puesto y luego al resto de las chicas negando con la cabeza y camina lentamente hacia mí. Mientras, a Martínez no le ha quedado más remedio que acercarse hasta ellas porque siguen sin hacerle caso.

—Chicas, está aquí Miguel y quiere pedirnos algo —dice en un tono bastante enfadado.

Es oír el nombre de Miguel y dejan de hacer automáticamente lo que están haciendo, buscándolo

con la mirada. Cuando lo ven de pie a mi lado su cara de enfado lo dice todo.

—A partir de la semana que viene necesito que alguien de este departamento trabaje conmigo. Y visto lo visto, Rocío es la elegida. El informe que ha enviado hoy es de lo mejorcito que he visto en el tiempo que llevo trabajando aquí —Pilar me mira con inquina por no habérselo enviado a ella— y es la única que realmente ha estado haciendo lo que tenía que hacer. Y no sólo por hoy. Es algo que llevo observando ya un tiempo.

—El Sr Martínez nos dio permiso para poner los adornos de Navidad —le replica Pilar con un toque de chulería.

—Y me parece perfecto. Lo que ya no me parece tanto son los cinco cafés que os habéis tomado ni los cigarrillos que os habéis fumado cada cuarto de hora. En todo el día no habéis hecho nada productivo para la empresa, que es la que os paga. Y por eso, la semana que viene recuperaréis el tiempo que no habéis trabajado hoy.

A todas ellas se les cae la mandíbula de la impresión y sus ojos echan rayos de furia. Y Martínez se pone colorado porque sin decirlo, le han dejado en entredicho como jefe.

—Cuando termines, sube a mi despacho para que te ponga al día de lo que necesito que hagas desde el lunes.

Asiento y simulo que continúo con mi trabajo, pero mi cabeza va a mil después de lo que acaba de ocurrir y soy incapaz de continuar con lo que estaba haciendo.

—Mosquita muerta. Ya le puedes ir diciendo a Miguel que la que hace el trabajo soy yo y que la que irá a trabajar con él la semana que viene seré yo —sisea Pilar al acercarse a mi altura.

Levanto la vista del ordenador y me la encuentro mirándome con odio.

—No.

—¿Cómo qué no? —pregunta incrédula.

—Pues eso. Si quieres te lo deletreo para que lo comprendas —le replico con chulería. —“Ene” “o”. Es una palabra muy sencilla. Hasta un niño de un año la comprende.

—Mira, no me jodas.

—¡No sabía que te iban las mujeres! Porque a mí no me van y de hacerlo, no serías mi tipo. Me gusta lo natural, no lo plastificado y retocado.

Parpadea confusa porque nunca me había atrevido antes a replicarla. Siempre había agachado la cabeza y aceptado lo que me había ordenado.

No le da tiempo a soltarme nada porque Martínez la llama a su despacho. Aprovecho que se va para cerrar mi terminal, recoger mis cosas y subir al despacho de Miguel.

No sé qué me ha pasado por la cabeza para contestarla de la manera en que lo he hecho, pero me siento fenomenal. Ahora que lo pienso, tendría que haberlo hecho antes. Y eso que sé que todo este tema me va a complicar la existencia, pero realmente no me importa y eso que esta mañana pensaba lo contrario. Ya va siendo hora de que vaya poniendo las cosas en su lugar y luche por lo que quiero.

El día de hoy ha sido una montaña rusa de emociones. Y esa sensación de la adrenalina recorriendo tu cuerpo cuando te bajas de ella es la misma que me lleva colmando todo el día.

Este puesto se me está quedando pequeño y tengo aspiraciones. Por algo he estudiado tanto y he trabajado horas y horas para tener la oportunidad que me está brindando Miguel. Y no la voy a

desaprovechar.

Capítulo 3

Javi



A lo largo de la mañana he podido ver que solamente Rocío es la única que trabajaba en su trabajo. Ni sus compañeras ni su jefe han pegado palo al agua en todo el día. A Isa se le iban los demonios viendo la actitud de todos y que recaía en los hombros de nuestra hija el que todo estuviera al día.

No paraba de bufar y rechinar los dientes y estoy convencido que su actitud es la que ha influenciado a Rocío con su creciente enfado. Y cuando ha salido a fumar, me ha mirado como si quisiera matarme. Siempre ha odiado el tabaco y no paraba de machacarme con que yo no fumara mientras tuvo un aliento de vida. Y el ver que Rocío tenía el mismo vicio...

Le he pedido que no fuera tras ella y mientras tanto observara qué hacían los demás y así yo acompañar a nuestra hija. Y lo que he descubierto me ha dejado con más preguntas que respuestas.

¿Por qué no se atreve a acercarse a ese hombre?

Es evidente que está loca por él. Si es capaz de reconocerle solo por el aroma que desprende y es con el único con el que consigue correrse.

¡Joder! Eso de poder escuchar los pensamientos de Rocío me va a matar.

No me creo que esté pensando en mi hija y en sexo. Dos palabras que nunca pensaría que iban a estar en la misma frase o pensamiento.

Aunque ya sea una mujer, para mí siempre será mi niña pequeña, la que arropaba por la noche tras leerle un cuento, la que iba en mis hombros cuando íbamos al parque.

Y el pensar en que tenga relaciones sexuales me revuelve las tripas. Y más aún, por la forma en que piensa ella sobre el sexo. En algo de usar y tirar, sin sentimientos de por medio. Placer sin sentimientos de por medio.

¡Si parece más un tío que una mujer!

Eso no es algo que le enseñáramos nosotros y mucho menos se lo demostramos día a día. Al contrario, siempre vio en nosotros el amor que nos unía y nos daba fuerzas.

¡Dios!

¡Es eso!

Ella vio cómo me fui consumiendo cuando Isa murió. A pesar de que Rocío estaba pendiente de mí a cada paso que daba, yo ya no tenía ganas de seguir viviendo sin la persona que daba sentido a mi vida y al final mi corazón ya no resistió más y se paró para que pudiera reunirme con ella donde fuera que estuviera, que en nuestro caso ya sabéis que es el cielo.

Por eso Rocío se comporta como lo hace.

No quiere sufrir ni necesitar a nadie para no volver a quedarse sola y evita así cualquier sentimiento hacia ninguna persona. Aunque se muere por estar con..., ¿cómo se llamaba? ¡Ah sí! Miguel.

Ahora todo lo que nos dijeron cobra total sentido. Tiene que volver a creer.

Tiene que creer de nuevo en el amor. Creer en sí misma. Y de paso, volver a creer en la magia de la Navidad, que por lo que he podido comprobar, ha perdido.

Y ya sé cómo lo vamos a hacer.

Vuelvo con Isa y le pido que siga con Rocío, pero que no la vuelva a influir con lo que está sintiendo al ver cómo la tratan sus compañeras.

—Ni se te ocurra, Isa. Te lo digo en serio. Sé que lo haces sin darte cuenta, así que reprímete un poco —me mira ofendida, pero solo con levantar una de mis cejas, no es capaz de replicarme. Son muchos años conociéndonos y sabe perfectamente que es verdad, aunque no lo haya hecho a propósito.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto? —me pregunta un tanto molesta.

—Es posible que sepa cómo ayudarla, pero antes tengo que confirmar mis sospechas.

—¿Has averiguado algo? —me pregunto con un deje de ansiedad.

—Tal vez, Isa.

No quiero darle falsas esperanzas. Por ahora solo sé lo que Rocío ha sentido y pensado cuando le ha visto, pero no sé nada de él, salvo que tiene un buen culo en opinión de mi hija.

Dejo a mis dos mujeres juntas, subo una planta y me pongo a buscarle. La disposición de esta es distinta a la de abajo. Rocío trabaja en una planta llena de pequeños cubículos y solo hay dos despachos. Sin embargo, esta está llena de despachos y lo que parecen las mesas de las secretarías están delante de cada uno. Aún quedan dos plantas más, una superior donde se encuentra la presidencia y una gran sala de juntas y por lo que le entendí a Rocío, un almacén en la planta del sótano.

Es en esa gran habitación donde le encuentro con otros hombres discutiendo una serie de propuestas de cambio para la empresa. Así transcurre una hora y salen todos con gesto serio.

Miguel baja por las escaleras en lugar de por el ascensor como hacen el resto de sus compañeros. No sé si es porque es más joven que el resto y quiere hacer algo de ejercicio, o es que no quiere seguir discutiendo con ellos, como ha hecho dentro de esa sala.

Al final es esta última opción la que es la correcta, ya que la mayoría de ellos le miran con cierta inquina mientras se dirige a su escritorio. Durante la reunión ha sido el único que ha estado haciendo propuestas para realizar distintos cambios y mejorar la empresa, mientras que los demás no querían que se realizase ninguna modificación. Miguel quiere avanzar y mejorar y los demás se quieren quedar en su zona de confort, anquilosados en el pasado, aferrados a su sillón.

Le sigo hasta su escritorio y en cuanto se ha sentado, una mujer mayor le acerca un café y le mira con gesto serio.

—Roma no se construyó en un día, Miguel. Tenlo muy presente. Lucharán como leones para que todo siga igual y mantener su estatus. Rechazarán cualquier idea que presentes, porque tienen miedo al cambio.

—No podemos quedarnos en el pasado, hay que avanzar. Sé que quieren lo mejor para la empresa, pero ¿no se dan cuenta que tenemos que crecer para que no nos coman el terreno? —su frustración es palpable en cada palabra que sale por su boca.

—Tranquilo. Ya has plantado la semilla, ahora solo queda que vaya creciendo y tú harás que sea fuerte. Como me dijiste, tu tío es de la misma opinión y hará los cambios oportunos. Tú eres más directo y se necesita sutileza y mano izquierda para hacerlos. Es lo que te falta aprender.

—Calla insensata, que nos puede oír cualquiera de ellos —la mira enfadado.

—No hay nadie, y ya va siendo hora de que todos lo sepan. Esta empresa la crearon tu familia y los Rodríguez y la llevas en la sangre. Has estudiado y trabajado como un mulo para llegar a dirigirla cuando tu tío se jubile —le recuerda orgullosa.

—Los tiempos los decide mi tío, pero creo que ya queda muy poco para continuar con este secreto. Así que te pido que no lo vuelvas a nombrar hasta ese día.

—No te preocupes. Será la última vez que lo diga —baja la mirada y toma aire. —Ahora tenemos otras cosas más urgentes en las que pensar.

—¿Qué pasa Tere? —su mirada se torna preocupada.

—No te has dado cuenta porque yo lo he querido así, pero estoy enferma. Tengo leucemia y la semana que viene empiezo el tratamiento —dice con voz vacilante mientras Miguel se levanta.

—No, no te acerques. No me lo hagas más difícil, por favor.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¿Te encuentras bien? ¿Qué puedo hacer por ti? —pregunta atropelladamente.

—Paso por paso, Miguel —eleva su índice. —Sabes que soy muy celosa de mi vida, por eso no te lo he dicho antes. De hecho, ni tu tío lo sabe —un segundo dedo se alza. —Hoy está siendo un buen día, pero los habrá peores estoy segura de ello —se dibuja una sonrisa triste en su cara mientras sube un tercer dedo. —Necesitas alguien que me sustituya y te apoye. Alguien que conozca toda la empresa. Y he pensado en un par de chicas de la planta de abajo.

—Joder, Tere. ¿Por qué has esperado hasta el último momento para decírmelo?

—No me estás escuchando, Miguel. Es mi decisión y si te lo digo ahora es porque ya no puedo darte más de mi tiempo. He dejado todo al día y creo que tengo mi sustituta perfecta, pero tendrás que elegir entre mis dos opciones.

Miguel se pasa las manos por el pelo y parece desesperado. Se le nota el gran cariño que siente por esa mujer, pues mientras la deja hablar sus ojos se han llenado de lágrimas.

—Nadie puede sustituirte —susurra con la voz tomada.

—Tampoco quiero que lo haga, pero sí que sepa ayudarte y comprender las decisiones que se tendrán que tomar a partir de ahora. Esta empresa necesita savia nueva, empezando por ti y tu mano derecha también tendrá que serlo.

—Déjame asimilarlo Tere —pide con un toque de desesperación.

—Siento presionarte de esta manera tras la reunión de hoy, pero has de tomar una decisión para que el lunes empiece contigo. Aquí te dejo a las candidatas.

Aunque ha imprimido autoridad en su tono, la manera en que su mano acaricia su pelo denota cariño y preocupación por Miguel. Tras ese gesto sale del pequeño despacho y se sienta en su mesa y aunque trabaja, no deja de mirar preocupada a Miguel.

No quiero meterme en la mente de Miguel. Ahora mismo tiene que ser un completo caos y no creo que tenga ningún pensamiento relacionado con Rocío. Me dedico a pasear por la planta y ver cómo las compañeras de mi hija están decorándola. Está quedando bastante recargada, pero a ellas parece que les da igual.

Se acercan al despacho de Miguel y solamente con poner una cara de querer matarlas si entran en su espacio, consiguen que le dejen en paz. No ha necesitado decir nada, solamente mirarlas.

Murmurando que lo que tiene de guapo lo tiene de borde, le dejan tranquilo.

Me acerco a él y veo que está cogiendo los papeles que le ha dejado su ayudante. Les echo un vistazo y puedo ver el nombre de Rocío. Ahora sí que empieza a interesarme lo que pueda estar pasando por su cabeza, así que me quedo a escuchar sus pensamientos.

Está revisando unos informes que han hecho ambas chicas, cuando Tere entra con nueva documentación.

—Esta mañana le he pedido a Pilar que me mandara un par de cosas, y como puedes ver no ha sido capaz de hacerlo ella. Cuando lo he leído, me ha mosqueado porque se lo ha reenviado a Rocío. Y ha sido ella la que lo ha contestado. Me he puesto a revisar otros correos de trabajos parecidos y el estilo es similar. He comparado los últimos y estoy convencida de que no los ha hecho Pilar sino Rocío.

—¿Me estás diciendo que lo único que le pedimos a esa chica no lo hace ella? —pregunta muy, pero que muy enfadado. —¿No será una de tus candidatas?

—Sí —contesta bajito.

—¿Sí a qué? —llegado a este punto está que rabia.

—A ambas preguntas —agacha la cabeza y parece compungida, pero...

—Tráeme todo lo que te ha enviado Rocío. Ahora mismo no me fío de tu criterio.

Se da media vuelta y veo que sonrío pícaramente, mientras piensa que ha sido muy fácil convencerle para que descartara a Pilar y se quedara con Rocío.

Entra de nuevo con varios papeles y se los da. Se queda esperando a su lado mientras Miguel los va leyendo. Su cara va cambiando conforme va pasando documentos. Ya no está furioso sino sorprendido y por lo que puedo escuchar de su mente, le gusta mucho lo que ha leído.

—Ella era tu primera opción, ¿verdad? —la mira directamente a los ojos. —Y has hecho el paripé de la otra para que aceptara a Rocío.

—Me has pillado —chasquea la lengua. —Pero estoy convencida de que Rocío lo hará muy bien.

—Por nuestro bien, espero que sea así. Llama a Martínez y dile que un poco antes de la hora de salir, bajaré a verlos y que necesitaré que prescindan de una de sus chicas.

—Querrá saber tu elección.

—Dile que lo haré cuando baje, que no estoy decidido aún. Y llama también a personal. Tienen que saber lo que está pasando en ese departamento.

—Reme no está hoy. Tendrás que esperarte al lunes.

—Apúntamelo en la agenda, por favor.

Se queda un buen rato leyendo de nuevo los papeles que le ha dado Tere y empieza a escribir una serie de notas al margen. Cuando termina de leerlos, una pequeña sonrisa de satisfacción le sale de los labios. Se levanta y va hacia la mesa de Tere.

—Deja todo, Tere. Recoge y vete a hablar con Luis —espera a que le obedezca y se dirigen al ascensor. —Mientras tú le sueltas la bomba yo voy a buscar a mi nueva ayudante.

—Te llamaré todos los días —se abrazan y Miguel le besa la frente. —Espero que me cojas el teléfono y hablemos.

—Si yo no puedo, lo hará Pedro, —le dice entrando en el ascensor— porque habrá días que no pueda ni quiera hablar con nadie.

—Cuídate, por favor.

No le da tiempo a decir nada más porque las puertas se cierran. Baja con rapidez al primer piso y se encuentra con que la única que está trabajando es Rocío, ya que sus compañeras siguen con la decoración de la empresa.

Un hombre regordete, el que creo que es Martínez, se le acerca y Miguel le pide que llame a sus chicas. No le hacen caso al pobre hombre que tiene que acercarse hasta donde están, mientras Miguel se dirige hasta donde está Rocío.

Cuando parece que le prestan atención, les cuenta que desde el lunes necesita a una chica y que la elegida es Rocío. También les echa a todos un pequeño rapapolvo por su forma de trabajar y termina pidiéndole a Rocío que suba a su despacho.

Mientras Rocío recoge, me acerco a Isa.

—Ahí tenemos la oportunidad para que Rocío vuelva a creer.

Capítulo 4

Miguel



Estoy convencido de que he hecho la elección correcta. Al bajar para dar la noticia no me esperaba verla trabajar apartada del resto del personal. Ni las miradas de odio y rabia que le habían echado sus compañeras, en especial Pilar.

Cuando llego a mi despacho y veo vacía la mesa de Tere se me revuelve el estómago. Aún estoy asimilando la noticia que me ha dado. Me podía esperar cualquier otra cosa, pero no que tuviera esa asquerosa enfermedad que no discrimina a quien le toca.

Me doy cuenta de que Rocío ha llegado y está esperando ante mi puerta mirando con curiosidad a su alrededor como si nunca hubiera estado aquí. La observo con tranquilidad, algo que no había podido hacer minutos antes.

No se puede decir que sea una belleza, pero tiene algo que te atrae. No sé si es ese pelo rizado y castaño que deja a la vista su cuello, o las pequitas que surcan sus mejillas y su pequeña nariz, o esos ojos color miel o, tal vez, esos labios que no son excesivamente gruesos pero que te llaman a lamerlos y mordisquearlos.

¿He pensado en besarla?

Meneo la cabeza para eliminar estos pensamientos y centrarme en lo que es importante. Hay que sustituir a Tere y explicarle todo lo que ella hace.

La llamo y la siguiente hora la paso contándole cuáles serán sus funciones a partir del lunes. Sabe ir al grano y pregunta temas concretos que puedan afectar a su trabajo.

Efectivamente, ha sido ella la que ha hecho todos los informes que solicitaba Tere, porque sabe de todos los proyectos que se llevan a cabo en la empresa, y de muchos de ellos en qué punto en concreto se encuentran.

No creo que tengamos problemas en trabajar juntos y bien. Al principio, tendrá que

acostumbrarse a tratar directamente con los distintos jefes de departamento, pero si ha podido salir de las garras de Pilar, podrá también con ellos. Son el mismo perro, pero con distinto collar. Empieza a revolverse incómoda en su asiento, mirando el reloj, pero sin decirme nada. De reojo miro la pantalla del ordenador y veo que son las tres y media.

Ni me había dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo, por lo a gusto que me encuentro con Rocío. Era como si lleváramos trabajando juntos años.

—El tiempo ha pasado volando y ni hemos comido. ¿Pedimos algo y así terminamos antes? —se muerde el labio sopesando mi pregunta, para finalmente claudicar.

—Pidamos unas pizzas y seguimos, pero a las cinco me tengo que ir. Si no cojo el tren de las cinco y cuarto no llegaré a tiempo a mi otro trabajo —me dice mientras coge el teléfono y empieza a marcar. —¿Te vale una cuatro quesos y una barbacoa?

—Perfecto.

Dejo que haga el pedido, pero no quiero quedarme con la intriga de saber cuál es su otro trabajo. Sé que pagamos bien como para que necesite un segundo trabajo.

—¿Y dónde trabajas? —pregunto como si nada.

—¿Conoces Torrejón? —asiento, porque es donde vivo. Mi madre prefirió vivir cerca de sus padres a tener una casa grande junto a mis tíos. —Pues los viernes y los sábados trabajo en el *Eros*.

La miro asombrado, porque el *Eros* es una discoteca bastante conocida. Es el sitio donde solemos acabar la fiesta mis amigos y yo, y nunca la había visto por allí. Aunque, la verdad es que, cuando vamos allí ya vamos muy pasados de copas y no me acordaría de ella en esas condiciones.

—He estado allí en varias ocasiones, pero no recuerdo verte detrás de las barras —enrojece un poco y sé que ella sí que me ha visto a mí.

—Llevo trabajando varios años. De hecho, empecé poco después de la muerte de mi madre para echar una mano en casa. Cuando falleció mi padre, fue mi salvación para poder pagar el alquiler y la comida. Le debo mucho a Paco.

—Lo siento, no lo sabía —tengo que mirar su expediente para conocer más de Rocío.

—No lo oculté cuando entré a trabajar aquí, pero tampoco lo voy pregonando a los cuatro vientos —intenta restarle importancia, pero no me lo trago. —Si es posible, me gustaría que siguiese siendo así.

—Por mí no hay problema, Rocío. No saldrán de mis labios que trabajas allí.

—Gracias —me dice con una sonrisa.

Seguimos viendo más asuntos hasta que nos avisan de la recepción que han llegado las pizzas. No dejo que baje a por ellas, porque por mi culpa en vez de estar en su casa descansando, se encuentra aquí. Además, es un almuerzo de trabajo y lo tiene que pagar la empresa.

Mientras comemos, termino de dejar al corriente a Rocío para que el lunes pueda comenzar su trabajo sin problemas. Al menos, al ser una semana con el puente de diciembre, el nivel de trabajo no será tan fuerte como otras semanas.

Las preguntas que me ha ido haciendo en este rato me ha hecho descubrir que Rocío es más de lo que ha aparentado todo este tiempo. Tiene una mente inquisitiva y ágil y no tarda en descubrir

los puntos débiles de las distintas propuestas.

Y, aunque ha demostrado un carácter tranquilo y nada problemático, creo que dentro de ella se esconde una luchadora y una gran adversaria a la que es mejor no despertar. No se da cuenta, pero toda ella transmite fuerza.

Y eso es algo que me gusta.

Me gusta demasiado.

No voy a mentirme. Nunca me había fijado en ella, quizás porque siempre intentaba pasar desapercibida, pero en este par de horas, ha estado muy presente.

Y no quiero dejarla marchar. Quiero seguir pasando tiempo junto a ella, aunque nos lo pasemos hablando de trabajo.

Y esto es un problema, porque soy su jefe.

Soy de los que pensaban que no quería líos que luego puedan influir en el trabajo, pero estoy dispuesto a saltarme mis propias normas y conocer mejor a Rocío.

—¿Qué te parece si lo dejamos aquí y te llevo a casa? —pregunto a bocajarro sin haberlo ni pensado. —Yo también vivo en Torrejón.

La cara de estupefacción de Rocío lo dice todo. Ella tampoco se esperaba mi ofrecimiento y espero que tenga el valor de aceptarlo.

—Me has dicho que tenías que coger el tren, pero si yo te llevo, no tienes que preocuparte por si no llegas a tiempo —de perdidos al río, voy a intentar convencerla. —Además, llegarías pronto a casa y puedes descansar algo antes de ir al *Eros*.

Rocío mira el reloj y parece meditarlo. Sé que va a tardar más de una hora en volver y que el llegar más tarde que otros viernes, no va a poder descansar apenas antes de ir a trabajar al *Eros*.

—Venga, Rocío. Es viernes por la tarde y hace horas que tendríamos que haber salido. Por mi culpa vas a llegar más tarde que nunca —pongo mi cara de niño bueno que sé que siempre convence. —Anda, déjame compensarte.

—Me parece justo —una pequeña sonrisa se va formando en mi cara. —Pero me dejas en la estación de tren. No hace falta que me dejes en casa.

—Sabes que puedo averiguar tu dirección con solo darle a un botón —digo medio en broma medio en serio.

—¿Siempre eres tan ...

—...insistente?

—Sí, eso también. Pero quería decir, implacable —me mira retadoramente.

—Si no fuese así, no conseguiría hacer buenos tratos con nuestros clientes o con nuestros proveedores, ¿no crees?

Suelta una risilla que a mí me parece adorable.

Recogemos todo y bajamos al parking a por mi coche. Tengo que aguantarme las ganas de reír al verla ponerse capas y capas de ropa encima como si fuese al polo norte. Con ese gorro y la bufanda, se acentúan las pequeñas pecas de su rostro y parece un pequeño duende.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta un poco molesta.

—Mi coche tiene calefacción, ¿sabes? Con todo lo que te has puesto, te va a dar una lipotimia — comienza a quitarse cada una de las prendas mientras su mirada, un tanto enfadada, no deja de clavarse en mí y eso consigue que suelte una carcajada. —Tienes genio, aunque no lo hayas sacado hasta ahora.

Pone morritos y ahora sí que no paro de reír. Es un soplo de aire fresco, y parece que ya no me tiene miedo, siendo capaz de mostrar sus emociones. Hasta ahora me ha tratado con cautela, pero creo que se ha dado cuenta de que puede confiar en mí.

Aun así, el camino lo hace enfurruñada, pero para mí, que es una pose. Cuando estamos llegando a Torrejón, la miro y vuelvo a preguntarle por su dirección.

—No hace falta. Déjame en la estación.

—Va a ser que no, Rocío. Y hasta que no me lo digas, seguiré dando vueltas.

Me mira desafiante y cuando ve que me voy a meter en la nacional en lugar de en Torrejón, decide decirme su dirección. Es cierto que está cerca de la estación, pero yo me quedo más tranquilo si la dejo en su casa.

No hay sitio donde aparcar en su portal, por lo que decido quedarme en doble fila mientras no venga ningún coche.

—Gracias por traerme.

—Es lo menos que podía hacer después de haberte hecho quedar más tarde de tu hora de salida.

Sale del coche y se me ocurre una locura. Salgo yo también y le grito antes de que entre en su portal.

—El lunes te paso a buscar a las ocho menos cuarto. Buen fin de semana.

Capítulo 5

Rocío



¿Ha gritado que el lunes viene a buscarme?

¿Lo ha dicho en serio?

El día de hoy se está convirtiendo en uno de los más extraños de mi vida.

Sí, comenzó como cualquier otro día, pero se fue transformando poco a poco en una liberación y en una oportunidad.

La primera sorpresa me la he dado yo misma al atreverme a dar la cara por mi trabajo en lugar de que se lo adjudicase Pilar. Algo dentro de mí se revolvió, como si hubiese estado poseída, y sin pensarlo envié el correo directamente a Tere.

Ya era hora de que supieran de que soy ya lo que hago todo el trabajo y que no se lleve ella las felicitaciones. El enfrentarme a Pilar y que viese que no me amedrentaban sus amenazas, dejándola completamente descolocada, me ha dado un subidón. Y esta sensación de libertad, de que ya no tiene ningún poder sobre mí, es maravillosa.

A ver, que, al hacerlo todo este tiempo en nombre de ella, he aprendido mucho. Y junto a todo lo que he estudiado y leído, me va a permitir que trabajar para Miguel sea bastante más sencillo.

Y esa ha sido la segunda sorpresa del día. Después de que su imagen enfundada en esos vaqueros y el olor de su colonia consiguiera que mi cabreo fuese disminuyendo, mejoró todo cuando bajó y me eligió sobre las demás como su ayudante, cumpliendo en realidad mi sueño de ascender en la empresa.

Si hasta el día de hoy me atraía físicamente, ahora también lo hace su cerebro. No ha parado de darme instrucciones durante todo el rato que hemos estado juntos, pero lo ha hecho de tal manera, que no parecían órdenes sino sugerencias.

Yo sabía que era la mano derecha del jefe, pero al ver la cantidad de proyectos que maneja él

solo, realmente es él quien lleva todo el peso de la empresa.

Y no ha dejado de sorprenderme después al preocuparse porque comiéramos y porque llegase a tiempo a casa. No le ha dado importancia al hecho de que trabajara en el *Eros* y eso para mí es muy importante.

Todo el mundo que ha conocido que trabajo en el *Eros* da por sentado que soy una chica liberada, que lo soy, y que me conformo con cualquiera. Y eso no es así.

No busco una pareja estable. No quiero sufrir como lo hizo mi padre cuando faltó mi madre. Pero me gusta el sexo y disfruto con él. Y siempre es bajo mis normas. No repito, salvo con mis follamigos y siempre es en el *Eros* o en la casa de ellos, porque mi casa es algo tan íntimo que no la comparto. Y si me pica entre semana, ya tengo mis juguetes que me dejan exhausta y satisfecha y, además, no piden explicaciones ni hay sentimientos por medio.

Y la tercera sorpresa, hasta el momento, es que esta convicción está empezando a resquebrajarse. El tiempo que hemos estado juntos el día de hoy ha hecho darme cuenta de que no sólo me gusta y es el protagonista de mis sueños más ardientes y húmedos, sino de que siento mariposas en el estómago cuando estoy a su lado. Parece una tontería, pero así lo he sentido y era tal y como mi madre me describió que se sentía cuando conoció a mi padre.

Por primera vez, mi mente le da espacio a la posibilidad de tener algo con un hombre, a pesar del pánico que tengo al daño que eso me pueda provocar si no funciona. De todas formas, un hombre como él no se fijaría en una chica como yo. Una chica del montón que trabaja para subsistir. Que va con ropa de mercadillo o de segundas rebajas, porque no puede permitirse otra cosa.

“Rocío. Deja de pensar en Miguel y ponte las pilas que esta noche tiene pinta de ser movidita en el *Eros*” me dice mi yo interno. Es 1 de diciembre y es como si hubiesen dado el pistoletazo de salida para que la gente se volviese loca por ir de fiesta.

Me meto en la cama después de poner la alarma e intento dormir una pequeña siesta y olvidarme de Miguel y las sensaciones que me transmite. No sin esfuerzo lo consigo, pero cuando suena el despertador me siento relajada y descansada.

Y congelada.

Se me ha olvidado encender el radiador cuando he llegado a casa y la habitación está helada. Decido darme una ducha, pero sin mojarme el pelo. Así me relajo aún más y entro en calor.

A las nueve y media ya estoy en el *Eros* dispuesta para trabajar y encontrar la presa de esta noche. Las horas pasan volando y ya he elegido el chico con el que me apetece darme un homenaje.

Es un pelirrojo con gafas con un buen cuerpo y un poco descarado. Se ha pasado toda la noche apoyado en la barra sin dejar de lanzarme miradas y frases de lo más insinuantes sobre lo que me haría en cuanto salga.

Lo malo, que va un poco pasado de copas, pero es lo que pasa cuando se llevan más de cuatro horas bebiendo una copa tras otra.

Me acerco a una compañera y le digo que me voy a tomar mi descanso. Me acerco al chico y le susurro al oído que me siga. Paco, que ya sabe qué es lo que va a pasar, se queda vigilando por si al final no sale como yo espero y tiene que echarme una mano.

Nada más traspasar las puertas me agarra por las caderas y me pega a su pecho demostrándome que está bastante excitado por el bulto que noto en mi trasero. Hace que apoye mis manos en la

pared y empieza a besar mi cuello mientras se mueve tras de mí. Es un poco rudo pero esta falta de delicadeza consigue ponerme en el disparadero.

Sus manos no paran de magrearme por encima de la ropa mientras susurra que esta noche voy a volar. Me gira y me levanta en volandas hasta dejarme encima de unas cajas de bebidas. Busca ansioso un condón y poniéndoselo con rapidez entra en mí.

Los siguientes minutos se suceden con rapidez, tanta que ni me doy cuenta de que él ha terminado y a mí me ha dejado con dos palmos de narices, bastante excitada y muy, pero que muy cabreada. Y es la primera vez que Miguel no se ha colado en mis pensamientos y no comprendo el porqué. Puede que por ese motivo yo no lo he disfrutado.

Miro con bastante enfado al chico que me mira con una sonrisa de satisfacción que poco a poco va desapareciendo.

—¿A qué has volado, nena? No habrá nadie que te haga sentir como yo.

—Eso seguro, porque nadie me ha dejado en el estado que me has dejado tú —su sonrisa vuelve a su cara. —Hasta en mi primera vez, siempre han buscado que yo también me corriera. Y aquí el único que lo ha hecho has sido tú.

—¿No lo has pasado bien?

—Mejor no contesto a eso —empiezo a dirigirme hacia la puerta y me para cogiéndome del brazo.

—Eso es que eres una frígida. Ninguna mujer se me ha quejado jamás —me mira con chulería mientras se sube la bragueta del chino que lleva.

—Eso es porque sabemos fingir muy bien y no queremos pisotearos el ego, pero en tu caso, tienes que aprender mucho hasta dejar a una mujer completamente satisfecha —no he podido evitarlo, pero la arrogancia con la que me está mirando, ha sido el detonante para contestarle. Está rabioso y empiezo a sentir miedo, pero no puedo demostrárselo —Ahora suéltame, no lo repito más.

—Ya la has oído, muchacho —la voz de Paco detrás de nosotros le paraliza y hace que se quede completamente en blanco. —Espero no volver a ver tu cara por aquí nunca más.

Sale escopetado y suelto el aire que no me he dado cuenta de que estaba reteniendo.

—Gracias, jefe. Es la primera vez que mi radar me falla —le abrazo y dejo que me calme.

—Me preocupé cuando no oí ninguno de tus famosos gritos —intenta aligerar el ambiente, pero sé que está preocupado por mí.

—Pues me alegro de que estuvieras atento. Prometo que seguirás escuchándome —le guiño un ojo y le sigo el rollo.

Terminamos pronto esta noche y llego a casa antes de las seis. Aunque han pasado un par de horas del incidente con el pelirrojo, sigo inquieta. Es la primera vez que mi instinto me falla y, gracias a la intervención de Paco, no ha llegado a más.

Tenía que haberme mordido la lengua cuando le contesté, igual que he estado haciendo con Pilar, pero en el *Eros* o das primero o te han comido todo el terreno.

Pongo la calefacción y me voy a la ducha a quitarme esta sensación tan desagradable que se me ha quedado, para borrar cualquier rastro que el pelirrojo haya dejado en mi cuerpo.

Cuando las primeras gotas acarician mi piel, comienzo a llorar. Pronto se convierte en un llanto

incontrolable hasta el punto de tener que sentarme en el suelo de la ducha y abrazarme las piernas, hundiendo mi cabeza entre ellas.

¿Qué estoy haciendo con mi vida?

¿Por qué tengo que dejarme llevar por encuentros que no me calientan el corazón y hacen que me ponga en peligro?

Porque no es solo que puedan transmitirme cualquier venérea o quedarme embarazada, sino que pongo en riesgo mi propia vida, como ha pasado esta noche.

Mi vocecita interior no para de hablarme, de reprenderme por la vida que llevo. “Eres una cobarde y una miedica, Rocío”. “Tienes todo a tu alrededor para ser feliz, pero te empeñas en no arriesgarte a serlo”.

Poco a poco los sollozos van remitiendo y consigo levantarme y lavarme con ímpetu, como si la esponja y el jabón pudieran quitar esta sensación de desasosiego y miedo que tengo.

Agotada me meto en la cama y mal duermo para volver a pasar otra noche en el *Eros*. Cuando me miro al espejo para arreglarme veo que tengo unas ojeras que casi no se pueden disimular, pero no me importa.

Solo quiero que este fin de semana acabe y que llegue el lunes y poder volver a ver a Miguel, aunque este último me lo diga con la boca pequeña.

Capítulo 6

Isa y Javi



Estoy decepcionada con Rocío y el rumbo que ha impreso a su vida. A ver, estoy orgullosa por cómo ha sabido salir adelante después de que la dejásemos sola, pero la manera tan cobarde que tiene para evitar que le hagan daño, es lo que más impresión me ha dado.

No he podido evitar transmitírselo y que piense que es su Pepito Grillo particular el que le hace ver lo cobarde que es.

Mira que le pedí que viviese, que no dejase de hacer nada y que llorase, riese, se enfadase, se enamorase. Pero parece que esto último lo olvidó.

—No lo olvidó Isa —me dice Javi, leyendo mis pensamientos. —Solo es que el miedo a sufrir como lo hice yo cuando te perdí ha sido más fuerte que las promesas que te hizo.

—¡No me digas que la justificas! —replico asombrada.

—No digo eso, Isa. Solo que comprendo su postura. A mí también me hiciste prometerte que seguiría con mi vida y que lucharía por ser feliz. Y, ya ves, te seguí.

Me callo porque tiene razón.

—He estado pensando que tú podías entrar en sus sueños cada noche. Ya has demostrado que eres capaz de influir en ella.

—Me parece bien. Haré que sueñe con lo que la hacía feliz cuando era pequeña y también con ese muchacho. ¿Y tú qué harás? ¿También la harás soñar? —pregunto con cierto retintín.

—No, eso te lo dejo en exclusiva. He pensado que puedo hacer que Miguel piense a todas horas en ella, que se fije en el corazón que tiene, pero también en su cerebro. Algo así como los anuncios con mensaje subliminal.

—¿Y ya está? —pregunto mosqueada.

Me mira y se muerde la lengua para no soltarme un par de burradas.

—Subiré y les preguntaré si yo también puedo entrar en sus sueños.

—Pero no crees que sea posible, ¿verdad?

—No, no lo creo. Dejaron muy claro que nuestro objetivo era Rocío.

—Pero él es la pieza clave para que cambie. Igual si se lo explicas...

—Tú lo que quieres es quedarte a solas con Rocío —me reprende.

—No, de verdad. Tú siempre has sabido argumentar todo, yo soy más impulsiva. ¿O no viste cómo salí corriendo cuando dijeron que podíamos ver a Rocío?

Se lo piensa un rato y finalmente desaparece.

Acompaño a Rocío al *Eros* y toda la noche le voy sacando defectos a todos los hombres que se le acercan. Hago que los compare con su jefe y que siempre salgan perdiendo. Además, le sigo metiendo miedo en el cuerpo, haciendo que piense que pueden ser iguales al pelirrojo de la noche anterior.

Llega agotada a casa y se mete rápido en la cama. Javi no ha vuelto aún y decido que voy a empezar sin él. Pienso en momentos felices que pasamos los tres juntos y que muestren el amor que nos teníamos Javi y yo.

Durante varias horas, momentos de nuestra vida se convierten en los sueños de Rocío. Como cuando Javi volvía del trabajo y me abrazaba mientras yo estaba preparando la cena.

Muchos días Rocío nos pillaba besándonos y es divertido ver su reacción con el paso de los años. Cuando era pequeña se reía tapándose la boca con sus manitas, como si nos hubiera pillado haciendo una travesura. Con el comienzo de la adolescencia, cambió. Ponía los ojos en blanco y un gesto de repugnancia diciendo lo asqueroso que era. Luego, tras su primer beso, lo encontró algo natural e incluso nos jaleaba para que nos besáramos.

Al final de la noche, proyecto la imagen de ella besando a Miguel. Al principio, es un beso casi diría que casto, pero según va pasando el tiempo, se torna en voraz.

La dejo sumida en ese sueño y por cómo se mueve en la cama, ha pasado a ser un sueño tórrido. Aunque sé que es imposible, siento como mis mejillas se enrojecen. Una cosa es ver a través de sus recuerdos cómo nos besábamos su padre y yo, y otra muy distinta ver cómo le come la boca un hombre a tu hija y, además, la excita.

Suena el despertador y Rocío se despierta con una sonrisa en los labios. Se lo ha tenido que pasar muy bien por la mirada soñadora que tiene.

Empieza con su rutina de todos los días y cuando está a punto de salir de casa, Javi aparece a mi lado.

—¿Qué te han dicho? Porque os habéis tirado toda la noche hablando —pregunto intranquila.

—Les he comentado cómo íbamos a llevar a cabo nuestro plan, pero no lo han visto claro del todo.

—¿Cómo que no está claro? —frunzo el ceño porque no lo comprendo.

—Pues eso mismo les pregunté. Y me dijeron que sólo tú podrías meterte en los sueños, pero sólo de Rocío y porque ya le gusta Miguel.

—¿Y tú? ¿Qué te toca hacer?

—Libre albedrío

—¿Cómo? —exclamo.

—Él es libre de elegir, no podemos presionarle para que quiera a Rocío.

—¿Y entonces?

—Sólo me dejan mostrarle las virtudes de Rocío, al igual que sus defectos. Pero será él el que decida por sí mismo.

—¡Qué mier... —no me deja continuar, ya que me tapa la boca.

—Shsss. Te están viendo y oyendo, así que sé un poco más comedida o nos harán subir.

Me muerdo la lengua porque, ¿para qué narices nos han hecho bajar si no podemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para que vuelva a creer?

—Y ahora cuéntame qué me he perdido —me pide quitando su mano de mi boca.

Le hago un pequeño resumen mientras Rocío sale de casa y se encuentra con que Miguel la está esperando. Su cara de pasmo no tiene precio. No sé si es timidez o que le intimida la situación, pero no se decide a meterse en el coche.

Javi se acerca al coche y parece que le susurra algo a Miguel. Este reacciona y sale del coche y se acerca a Rocío.

—Supuse que no te creerías que pasaría a buscarte, por lo que decidí venir antes. Métete en el coche que hace un frío que pela.

Rocío al final se mete en el coche.

No sé qué le pasa a esta chica. Tan lanzada con los que van al *Eros* y tan cortada delante de su jefe. Si no llega a ser por mí y que le he susurrado a Miguel al oído que estaba casi en shock y se queda plantada en la acera como un pasmarote.

Isa la mira y niega con la cabeza. Parece que va a ser más difícil de lo que nos temíamos.

El trayecto lo pasan en silencio. Rocío abochornada por su comportamiento y Miguel pensando si le pasa algo a ella. Llegan bastante pronto a Alcobendas y en lugar de ir directamente a la empresa, Miguel se desvía a una cafetería cercana.

—No he podido desayunar por llegar a tiempo para recogerte antes de que te fueras al tren. Vamos, que te invito a un café y me explicas por qué no me creíste.

Salen del coche y entran con rapidez, pues hace mucho frío. Piden unos cafés y unas tostadas y se sientan esperando que se lo lleven a la mesa.

—Bueno, cuéntame por qué ibas al tren tan temprano —inquieta Miguel mirándola fijamente.

—Pensé que era por compromiso —dice Rocío encogiéndose de hombros.

—Pues ya has visto que no es así. Así que espero que mañana no me hagas madrugar de nuevo —le guiña un ojo para restar presión al momento.

Llega el camarero con sus desayunos y Rocío le pregunta por temas de trabajo. Me da que lo hace porque es un terreno seguro para ella, porque hasta yo he notado las chispas que saltan cuando están juntos.

Miguel pide otro café, aduciendo que necesita terminar de despertarse o no dará pie con bola ese día.

Diez minutos antes de la hora de comenzar a trabajar salen y se dirigen a la empresa. Al ser jefe, tiene su propia plaza de aparcamiento y no tienen que perder tiempo buscando sitio.

El día lo pasa respondiendo correos y llamadas de teléfono. Rocío no se da cuenta, pero Miguel pasa bastante tiempo observándola. Yo aprovecho para susurrarle lo eficiente que es y la suerte que tiene, ya que tiene belleza e inteligencia en la que es su mano derecha.

Mientras Isa le hace ver a Rocío que, si no le interesara a Miguel, no se molestaría en ir a buscarla y llevarla a su casa. Quiere plantar esa idea y que deje de tener miedo a tener una relación con un hombre.

El día termina y Miguel la lleva a casa. Aunque está cansada, Rocío se siente pletórica pues ha podido solventar las dificultades que ha tenido en el trabajo y Miguel está satisfecho con ella. En el viaje de vuelta no deja de mirarla de reojo y sonrío complacido porque no solo la ve como su empleada, la mira como hombre.

El día siguiente transcurre de igual manera. Rocío trabajando sin parar y echando miradas furtivas a Miguel que también hace lo propio. Ambos se encuentran cómodos juntos y, son tan tontos, que no se dan cuenta de la química que fluye entre ellos.

Cuando la lleva a casa se despiden hasta el lunes ya que es el comienzo del puente de diciembre.

Rocío aprovechará esos días para limpiar la casa, leer y dormir, porque no tiene que trabajar en el *Eros* hasta el viernes. Isa se dedica a que su pensamiento esté centrado en Miguel.

Yo paso esos días en casa de él. La mayor parte de su tiempo también lo aprovecha para descansar y queda con varios amigos a cenar en su casa la noche del jueves.

De madrugada, al llegar junto a Isa, me lleva rápido hasta la cocina.

—¿Qué ha pasado para que hayas tardado tanto en volver?

—A ver. Al principio ha sido muy aburrido porque estaba descansando, pero luego han aparecido unos amigos y han tenido una charla de lo más interesante —me mira interrogante. — Estaban hablando de lo liados que estaban en sus respectivos trabajos, cuando Miguel ha soltado que tenía una nueva ayudante. Ahí es cuando se ha puesto todo interesante. Le han hecho un interrogatorio que ni la CIA.

—¿Y qué les ha contado de Rocío? —insiste ansiosa.

—Han hecho falta un par de botellas de whisky para que soltara la lengua, y vaya si la ha soltado. Ahora todos quieren conocer a la mujer que le está volviendo loco. Han quedado en ir al *Eros* el sábado y verla.

—Vamos, que van a darle el visto bueno.

—Básicamente. Y por aquí, ¿qué tal ha ido todo?

—Pues menos mal que no has estado, si no te da un infarto y vuelves a morir.

—¿Qué ha pasado? —pregunto preocupado.

—Que creo que me he pasado en que Rocío piense en Miguel.

—¿Qué has hecho? —le inquiero en tono de reproche.

—Lo de todos los días, lo juro —hace una cruz sobre su pecho como cuando éramos jóvenes. — Todo estaba tranquilo. Ha dormido, comido, limpiado esta caja de zapatos... Estaba leyendo uno de esos libros y se ha quedado dormida, y cuando se ha despertado lo ha hecho con ganas de

marcha después de un sueño de lo más explícito con Miguel, y se ha puesto a jugar con un par de aparatos que tiene en el cajón de la mesilla de noche. He salido de la habitación porque no podía verlo.

Bufo porque sigo sin acostumbrarme a que Rocío sea sexualmente activa. Pero si desea a Miguel de esa manera, me tragaré las náuseas que me provoca la fusión de sexo y Rocío.

—No es que me apasione, pero vamos por buen camino. A partir de ahora vas a redoblar tus esfuerzos para que no sueñe con otra cosa que no sea con Miguel.

—¿Y crees que a mí sí me gusta? Yo la sigo viendo como cuando tenía 18 años y no los casi 30 que tiene. Sus sueños parecen una peli porno.

—Hay que usar esos sueños a nuestro favor, aunque no nos gusten nada, Isa.

Capítulo 7

Miguel



Me despierto poco a poco y la cabeza va a estallarme. Me olvidé de bajar la persiana y hasta la luz del sol de diciembre me molesta sobremanera.

¡Joder!

Creo que nos pasamos con el alcohol anoche. O, más bien, me pasé con las copas. Solo recuerdo estar tomando unas cervezas y cenando unas pizzas con Rafa y Pepe mientras nos poníamos al día.

Bajo la bruma de la resaca intento hacer memoria, pero son retazos inconexos. Recuerdo hablar sobre Tere y su enfermedad. El siguiente flash que veo es tener una copa delante de mí y hablar del último lío de Pepe. Luego Rafa vuelve sobre el tema de Tere y sale el nombre de Rocío, pero no digo nada sobre ella. Intentan sonsacarme, pero permanezco callado. Otra ronda de copas y... ya no recuerdo nada más.

Me levanto torpemente y voy al baño, a ver si una buena ducha puede hacer que vuelva a ser yo. Tomo un par de analgésicos y dejo que el agua vaya poco a poco levantando la niebla que está en mi cabeza.

Media hora después, más o menos vuelvo a ser yo. Vuelvo a la cama porque no tengo nada mejor que hacer y es pensar en comida y las náuseas me recorren entero.

El móvil empieza a pitar con mensajes que entran. Veo que son del grupo que tengo con Pepe y Rafa y me preocupa, porque no recuerdo que quedásemos hasta el fin de semana de Nochebuena.

Empiezo a leer los mensajes y no me lo puedo creer. Están haciendo planes para que vayamos esta noche al *Eros*.

¡Mierda! Sí que les tuve que contar cosas sobre Rocío y seguro que quieren hacerle una radiografía completa.

Los mensajes se van sucediendo y yo me estoy poniendo nervioso por lo que se les puede ocurrir hacer a esos dos. Al final hago una llamada a tres para salir de esta incertidumbre.

—Chicos, decidme qué pasó anoche. Entre tanto alcohol no recuerdo nada.

Se oyen sus carcajadas y sé que me la van a liar.

—¿De verdad que no recuerdas nada? —pregunta Pepe con voz chistosa.

—Porque la noche no tuvo desperdicio —apostilla Rafa.

—Chicos, no seáis malos y contadme qué pasó. Aunque ya no me duele la cabeza, no la tengo para pensar mucho —suplico.

—Nos comentaste que tenías ayudante nueva, y cuando no quisiste contar más sobre ella, decidimos soltarte la lengua a base de alcohol —suelta Pepe. —Nos costaron tres copas bien cargadas para que lo hicieras.

—Y no tuvo desperdicio —me siento en la cama y meto la cabeza entre las rodillas. ¡Tierra, trágame! ¿Qué les dije? —Al parecer esa mujer debe de ser muy especial por cómo hablabas de ella.

—No seáis cabrones y decidme de una vez qué os conté.

—Macho, estás enamorado hasta las trancas —dispara Rafa. —Hacía mucho tiempo que no hablabas de esa manera sobre una mujer.

—La describiste de tal manera que queremos conocerla. Y cuando nos dijiste que trabaja en el *Eros*, no nos lo pensamos dos veces.

—Ya os conozco yo y seguro que la espantáis. Pensad que es mi ayudante.

—No te preocupes. Parece que esta puede ser la definitiva y no queremos fastidiarte, solo conocerla.

No me quedo tranquilo, pero no me queda otra.

Por la noche, picamos algo en nuestro bar de siempre y no paran de gastarme bromas sobre lo nervioso que estoy por una simple chica. Poco después de medianoche entramos en el *Eros* y ya está bastante lleno. La busco con la mirada y la veo en la barra del fondo. Aunque no es una belleza, tiene algo que te atrae irremisiblemente.

Me quedo embobado contemplándola y Rafa tiene que darme un codazo para que vuelva a la realidad. Él también está mirando en la misma dirección y sonríe.

Le gusta lo que está viendo.

—Quédate aquí y que no te vea —me dice Pepe. —Así podemos darte el veredicto sin que sepa realmente quienes somos.

Se van con paso decidido hacia ella y les atiende con una sonrisa en la cara. Tras unos minutos vuelven con las copas y sus caras no me dan ninguna pista sobre lo que ha pasado.

—Bueno, ¿qué os ha parecido? —pregunto ansioso.

Se miran y brindan con las copas.

—Esa chica no se fija en ningún tío. Hemos intentado ligárnosla, pero nada. Nos ha servido las copas con una sonrisa en la cara y ha pasado de nosotros. Esperemos que tú tengas más suerte.

Nos quedamos un par de horas y son ellos los encargados de pedir las copas, aunque lo hacen a

otra compañera. Yo no he dejado de observarla en toda la noche y me doy cuenta de que esa chica me ha embrujado. No hago ningún intento de acercarme a ella para que no piense que la estoy acosando y nos vamos, no sin antes echarle una última mirada.

El resto del fin de semana lo paso en casa y no dejo de pensar en ella y en las horas que faltan para volver a vernos.

El lunes por la mañana estoy puntual esperando a que baje. Es verla y la sonrisa me sale sola. Llevamos varios kilómetros en silencio cuando me empieza a preguntar por el fin de semana.

—Te vi el otro día en el *Eros* —dice como si tal cosa.

—Sí, es cierto. Estuve con unos amigos, pero no quería molestarte —soy totalmente sincero.

—Pues me hubiera gustado que al menos me hubieras dicho hola.

—La próxima vez que vaya, no dejaré de saludarte.

No parece enfadada, pero sí un poco decepcionada. Como si hubiera esperado que me acercase a ella. Al llegar a la oficina nos sumergimos en el trabajo y no comentamos más ese tema.

El resto de la semana se ha presentado más complicada de lo que tenía previsto. Parece que todos son problemas y que soy el único capaz de resolverlos. Y eso que Rocío ha resuelto algunos sin yo enterarme, bueno, me lo ha dicho una vez los ha solucionado.

La verdad es que se ha vuelto imprescindible. Ya es como Tere, adelantándose y siendo resolutiva, y cuando ya no puede ella hacer más o se necesita mi autorización, es cuando llega a mis manos.

Como hoy.

La reunión para empezar nuestra expansión a Portugal se está convirtiendo en un camino lleno de baches y piedras. Un par de personas no ven las ventajas y beneficios de esta expansión y no hacen más que poner trabas. Pero lo que no saben es que ya está todo en marcha y van a tener que amoldarse a la nueva situación.

Rocío me manda un mensaje preguntándome si le había dicho a Martínez que mañana tenía que echarles una mano. Le contesto que no, pero que se espere a que salga de la reunión para hablar con él.

Unos segundos después entra un mensaje nuevo “*Pilar está aquí y es la que trae el mensaje*”. Esa mujer solo sabe traer problemas.

Media hora después llego a mi despacho donde está Pilar esperándome mientras se está mirando las uñas y Rocío haciendo su trabajo.

—Rocío, ¿eres tan amable de llamar a Martínez para que suba? —miro hacia donde está Pilar que saca pecho y se lleva las manos a sus caderas intentando ser seductora, pero a mí me parece una pose chabacana. —Espero que esta media hora que llevas sin trabajar la recuperes al final de la jornada —su cara se agría como si se hubiera comido un limón, pero mueve su cabeza afirmativamente.

Poco después Martínez llega y voy directo al grano.

—¿Qué pasa con Rocío?

—Nada, Miguel.

—Entonces ¿por qué la necesitas?

—Bueno, Pilar necesita el día de mañana por temas médicos y he pensado que no te importaría que nos echara una mano.

—Vamos por parte, porque parece que no te enteras de nada, Martínez —se pone alerta y no le falta motivos. —Rocío depende de mí, ya no trabaja ni lo hará para tu departamento, al contrario, trabajáis vosotros para ella —se pone blanco y traga con dificultad. —Segundo, no tienes que mandar a nadie para decírmelo. Menos aún si es la que pide el día libre. Tienes que saber manejar tu departamento ahora que ya no está Rocío, ya que parece que era ella la que lo llevaba y no tú —miro hacia Pilar que no se va a quedar sin su ración de realidad. —Por otro lado, para algo médico se tiene que avisar con dos días de antelación para poder cubrir bien las ausencias. ¿Desde cuándo sabes que tienes el médico, Pilar?

Se ha quedado blanca porque no se esperaba que le hiciera cumplir con las normas de la empresa.

—Bueno, la verdad es que... —mira hacia Martínez pidiendo ayuda, pero él la mira con furia porque se ha ganado una reprimenda por su petición—... es que hace dos meses que sé de la cita.

—¿Y te esperas hasta el último momento para decirlo? Me parece que vas a cambiar la cita, Pilar, porque si llevas tanto tiempo esperando esa consulta, no es algo de vida o muerte, ¿verdad?

—Es para el mejor cirujano plástico que hay en Madrid —¿en serio? Esta mujer es tonta perdida.

—Cirujano plástico —digo con frialdad.

—Sí, eso he dicho —contesta como una niña caprichosa.

—Esas consultas se hacen fuera del horario laboral, porque no son vitales. Y si has pensado en hacerte algún tipo de operación estética, te recuerdo que lo harás en tus vacaciones. La empresa no te va a pagar la baja por ese tipo de intervención.

Según he ido hablando ella ha ido enrojeciendo, pero me ha mantenido la mirada.

—Y, por otro lado, que sea la última vez que vas a Martínez con otra petición de este estilo y metiendo a Rocío por medio. Porque ha salido de ti, ya que a él solito no se le hubiera ocurrido, ¿he sido claro? — me yergo todo lo alto que soy y mi mirada fría y amenazante los atraviesa a ambos.

—Sí. No te volveremos a molestar más —contesta Martínez mientras coge del brazo a Pilar para sacarla.

—¿Pilar? —inquiero con voz heladora.

—Sí.

—¿Sí a qué? —insisto dando un paso adelante y presionando su respuesta.

—Que has sido muy claro —dice como si masticara las palabras.

—Bien. Ya solo te queda que te disculpes ante Rocío —me cruzo de brazos esperando y disfrutando del momento.

Si antes había enrojecido, ahora está completamente roja por la furia que la embarga al verse humillada y rebajada a pedir disculpas a Rocío. Vuelve a mirar a Martínez, pero sigue sin encontrar apoyo en él.

—Lo siento, Rocío —dice rápidamente y sale de mi despacho como una exhalación.

Aunque ha sido escueta, le he dado el poder a Rocío. Ese que le fue quitando con el tiempo y la

colaboración de Martínez. Ahora les ha quedado claro que ya no pueden mangonearla y que dependen de ella.

En este rato se ha mantenido callada y al margen, pero en cuanto nos quedamos los dos solos, se acerca a mí.

—No sé cómo agradeceréte, Miguel. Es la primera vez que alguien sale en mi defensa ante Pilar —los ojos le brillan como si estuviera conteniendo las ganas de llorar.

—Pues yo sí. Aunque mañana tengas el día libre, me gustaría que vengas a la cena de Navidad. Habla con Paco para ver si te deja llegar más tarde, por favor —no quiero pasar esa noche si ella no está a mi lado. Demasiado va a ser no poder verla en toda la mañana.

Capítulo 8

Rocío



Hoy me he levantado con más ganas que los años anteriores.

Aunque ya no me guste la Navidad, he seguido con el ritual que mantenía con mis padres de ir al centro de Madrid y pasear por sus calles, visitar los puestos de la Plaza Mayor y ver las luces que adornan la ciudad.

Pero lo que realmente me ha dado fuerzas y la alegría de hacerlo fue la defensa que Miguel hizo en el día de ayer frente a Pilar y su gesto de anhelo por verme en la cena de esta noche.

Me espero a que pase la hora punta y hago el mismo camino que hacía para ir a trabajar hasta que Miguel se ofreció a que compartiésemos su coche todos los días. La verdad es que, aunque ya no puedo leer como antes, la compañía ha mejorado muchísimo y puedo dormir un poco más.

Media hora después ya estoy en Atocha y comienzo el rito de todos los años.

Subo por el Paseo del Prado observando a los transeúntes que caminan apresurados y a los turistas que entran en los museos Thyssen—Bornemisza y El Prado. Unos minutos después alcanzo la Plaza de Neptuno y a lo lejos diviso el carro de la diosa Cibeles.

Aunque es un día de diario, las calles están atestadas de gente y, en ocasiones, cuesta trabajo avanzar con rapidez. Subo por la calle Alcalá y cuando paso por delante de un Starbucks, decido darme un capricho al tiempo que caliento un poco el cuerpo.

Con el vaso extragrande de mi bebida favorita avanzo hasta llegar a la Puerta del Sol, que miro a donde miro bulle de gente. Unos visitando la ciudad, otros de compras navideñas y los menos, disfrutando de un paseo por la ciudad.

Mientras miro el enorme árbol de Navidad que hay en medio de la plaza decido el rumbo que voy a tomar. Voy a bajar por la calle Arenal hasta el Teatro Real, de ahí hasta el Palacio Real y la catedral para luego subir por la calle Mayor hasta la plaza del mismo nombre y comerme un

bocadillo de calamares.

Me dedico a echar un vistazo a los escaparates que parecen competir por ser el establecimiento más navideño. Algunos están muy recargados y, los menos, con una simplicidad tal que los hacen más bellos. A veces menos, es más.

Hay uno que llama poderosamente mi atención ya que está decorado con una gran y única bola blanca en la parte central superior del cristal. En ella reza una leyenda que pone “DISFRUTA DE TUS SUEÑOS” y esa simple frase me hace replantear muchos anhelos que he ido ocultando años, tantos como desde que me quedé huérfana.

Ese es mi sueño: no estar sola.

Echo de menos a mis padres. Cada día recuerdo algo de ellos. Una anécdota, una frase, una sonrisa...

Los malos momentos los he conseguido aparcar en el rincón más oscuro y remoto de mi memoria, pero hoy me permito sacarlos. Hoy es el día de recordar lo que tuve y perdí.

2013 fue un año de mierda. Después de las fiestas mi madre empezó a encontrarse mal y fue un palo enorme descubrir que tenía un cáncer en estadio terminal que se la llevó en apenas tres meses, a pesar de que luchó como una jabata hasta el último segundo y nunca salió una queja de sus labios.

Luego mi padre cayó en una depresión tan severa que siguió sus pasos pocos meses después. Según me dijo el médico su corazón no resistió el dolor por la pérdida de su alma gemela.

No solo perdí a mis padres. Acompañar a mi madre a todas las sesiones de quimio y darme cuenta del poco tiempo que me quedaba de estar con ella e intentar sacar el curso antes de ir a la universidad, hizo que perdiera mis amistades porque nadie quiere pasar tiempo con una persona que solo hablaba de cosas tristes.

Luego, al quedarnos solos mi padre y yo, asumí el sitio que mi madre había dejado. No me matriculé en ninguna carrera y busqué un trabajo para poder ayudar a los ingresos familiares. Fue entonces cuando empecé a trabajar para Paco. En el Eros podía cuidar de mi padre porque solo eran dos días en semana los que iba a servir copas.

Cuando murió mi padre fue todo un mazazo para mí, porque no me lo esperaba ya que pensé que podría superar su depresión y nunca creí que alguien pudiera morir por faltarle su amor. Me mudé de piso al no poder mantenerlo, dejando atrás casi todos los recuerdos que había tenido desde niña, y conseguí de chiripa el apartamento donde vivía. Trabajé de cajera, reponedora, en un local de comida rápida... Cualquier trabajo era bueno con tal de poder pagar el alquiler y tener comida. Durante dos años sobreviví a duras penas y no tenía casi tiempo para pensar en lo sola que estaba.

Cuando conseguí entrar en Dealio fue un alivio porque por fin pude tener una estabilidad y fue cuando cayó en mí el peso de la soledad. No conseguí conectar con mis compañeras, hasta el punto de aislarme de todos. Las paredes de mi casa me agobiaban y me pasaba las horas recordando las distintas situaciones y momentos vividos con mis padres, pero esos recuerdos en lugar de darme alegría lo que hacían era más daño aún.

Casi caí en depresión pensando que a nadie en el mundo le importaba si vivía o moría, autocompadeciéndome constantemente. Y un día en el que me desperté tirada en el suelo del baño llena de vómito tras una noche de borrachera, me di cuenta de que estaba tirando mi vida

a la mierda. Toqué fondo y pensé, ¿qué coño estás haciendo Rocío?

Con esfuerzo me fui recuperando, estudié por la UNED y solamente me permitía un día al año en el que mirar atrás, ver lo que había perdido y añorarlo.

Los 15 de diciembre eran días sagrados.

Ese día podía autocompadecerme y pensar en los malos momentos. El resto de los días, mis recuerdos eran alegres, sacándome alguna sonrisa y calentando mi corazón.

Mientras he estado recordando no me he dado cuenta de cuánto he andado y he llegado hasta la explanada del Palacio Real. Siento un picor en la nuca, como si alguien me estuviera observando, una sensación que he tenido en bastantes ocasiones los últimos días.

Miro a mi alrededor y no veo nada raro. Solo personas disfrutando de un soleado día en el centro de la ciudad. Aprieto el paso porque ya se echa encima la hora de la comida y sé que me pasaré mucho tiempo viendo figuritas de belenes.

Sí, soy una incongruente. No me gusta la navidad, no decoro mi casa ni hago lo que la mayoría de gente hace en estos días. Sin embargo, todos los años necesito visitar y ver todos los puestos de la Plaza Mayor y acabo comprando alguna figurita para ese portal que nunca pongo en casa.

La calle Mayor está más vacía hasta llegar a la plaza y las tiendas no llaman mi atención. Lo único en lo que pienso ahora es en mi cita con el bocadillo de calamares y en la manera que está gruñendo mi estómago por él.

Ya veo mi destino y giro la cabeza para ver que el Mercado de San Miguel está bastante lleno de gente. Otro día igual me pasaba y tomaba algo en cualquiera de los puestos, pero tengo un objetivo en mente y casi lo puedo rozar con los dedos.

Me da lo mismo qué bar sea. Yo solo quiero mi bocadillo y una cañita bien fría, así que entro en el primero que veo, que resulta ser *Casa Rúa*, y el olor de fritura inunda mis fosas nasales. Con una rapidez pasmosa tengo delante de mí ambos pedidos y en cuanto le doy el primer bocado, mis ojos se cierran por el placer. Cuando los abro veo delante de mí a Miguel que también lleva un bocadillo y una cerveza.

—¿Puedo acompañarte? —pregunta inseguro.

—Claro.

He abierto los ojos como platos más que asombrada, porque ni en mis mejores sueños me he podido imaginar estar con Miguel fuera del trabajo ni compartiendo su coche.

—Te preguntarás qué hago aquí —asiento y doy un mordisco al bocadillo porque me he quedado sin palabras. —Ayer, tras el triste espectáculo de Pilar, me comentaste que pasarías el día en el centro y hacía mucho tiempo que yo no hacía lo mismo, así que pensé que podíamos pasarlo juntos —levantó los hombros como si no tuviese importancia. —Además, te puedo ayudar a elegir el regalo de tu amigo invisible —y me muestra un papel doblado y cerrado con celo.

Eso sí que no me lo esperaba porque, valga la redundancia, esperaba saberlo el lunes cuando volviese a trabajar.

—¿Y cómo sé que no lo has amañado? —miro con desconfianza.

—Conoces la letra de Pilar, ¿no? —asiento. Pues la he mandado escribir el nombre de todos los empleados para hacer el sorteo.

—Eso es capaz de hacerlo —susurro para mí, pero por la cara que pone, me ha escuchado perfectamente.

—¿Por qué nadie me dijo que no sabe hacer la O con canuto? ¿Y cómo sigue trabajando para nosotros? —me mira inquiriendo la verdad.

—Pues...

—Sé sincera, por favor.

—Es la sobrina de Reme de Recursos Humanos y le hace la pelota a Martínez hasta conseguir que su trabajo lo haga otro —digo del tirón y sin una pizca de remordimiento. —Siempre está navegando por internet o haciéndose *selfies* que sube a su perfil.

—Ambos le han cubierto las espaldas —da un mordisco a su bocadillo y decido hacer lo mismo para no echar más leña al fuego.

—Ahora me explico muchas cosas —sacude su cabeza y me mira. —Se ha pasado toda la mañana para hacer ese simple trabajo. Primero hizo una lista de todos. Me lo trajo toda orgullosa, pero cuando vio mi cara de pasmo y que le tendía de nuevo la lista, le cambió la cara. Y más aún, cuando le dije que cómo se podía hacer el sorteo si era una lista y no papeles sueltos para que la gente pudiera cogerlos.

Me río porque eso es algo muy de Pilar. Seguro que el documento tendría hasta faltas de ortografía.

—Sí, riéte, porque la segunda vez que vino, solo había escrito los nombres. Sin apellidos.

En ese momento suelto una carcajada y me tengo que agarrar el estómago de la risa floja que me ha entrado. Cuando miro hacia Miguel, veo que él tiene una sonrisa de oreja a oreja y también empieza a reírse.

—No entiende mi cabreo cuando le devuelvo los papeles y le digo muy serio que qué Marta es la del papel, o Pepe. Me los coje con rabia y con la cara roja de vergüenza, se vuelve a ir...

Lo que hubiera dado para poder verlo. Me imagino el cabreo que tendría Miguel, pero la situación es para partirse de la risa. Si un niño de primaria lo hubiera hecho a la primera.

—... y como no me fío, al rato bajo y me la encuentro con todas las chicas alrededor suyo intentando averiguar cuál es el puesto de cada uno.

Las lágrimas surcan mis mejillas. Es algo surrealista y por desgracia es real del todo, y eso lo hace desternillante.

Miguel tampoco ha parado de reír y esa alegría se refleja en su mirada.

—No sé cómo lo consigues, pero me has quitado el enfado que me había provocado su ineptitud.

—Es que me lo he imaginado y seguro que te estaba palpitando la vena del cuello mientras ella enrojecía de vergüenza. ¿Salió corriendo de tu despacho? —pregunto pícara.

—Tú eres una bruja.

—Nooooo, que va. Solo que te conozco un poco y no te gusta la incompetencia —sonrío.

—Es que Tere y tú habéis dejado el listón muy alto.

Ese último comentario me deja anonadada. El que me haya comparado con Tere, que lleva con él desde el principio y es perfecta en su trabajo, es todo un logro para mí, dado que solo llevo trabajando con él poco más de una semana.

Bajo la mirada y sigo comiendo, dando por terminada su explicación, porque sin darme cuenta he estado ligando con mi jefe y es algo que no puedo permitirme. Ha sido inconscientemente, lo juro, pero ha calentado mi interior con sus palabras y las miradas que me ha estado echando.

Terminamos de comer en silencio que no llega a ser incómodo del todo. Noto su mirada sobre mí y me gustaría poder hacer lo mismo, pero tengo que conformarme con momentos furtivos.

Le tiendo la mano con la palma hacia arriba a la vez que levanto la vista hacia su rostro.

—Me debes algo.

Deja la cerveza que estaba bebiendo y vuelve a sacar el papel que me mostró antes. Cuando parece que lo va a dejar en la palma, lo coge entre dos dedos.

—¿Quieres mi ayuda? Porque yo la tuya sí.

Trago con dificultad porque lo ha dicho con voz enronquecida y ha sido como una caricia que ha erizado toda mi piel. Además, sus ojos parecen devorarme. Conozco ese tipo de mirada. Está cargada de deseo y promesas como las que veo en mis rollos, pero hay algo más tras ella que no logro identificar.

—Está bien, pero no quiero saber quién te ha tocado a ti ni intentarás averiguar cuál es el mío. Solo sabremos si es hombre o mujer, ¿hay trato?

Cambia de mano el papel y atrapa la mía con fuerza, sellando el pacto. Cuando el apretón termina, las yemas de sus dedos acarician mi piel lanzándome descargas de placer.

Capítulo 9

Isa y Javi



Tanto a Javi como a mí, nos ha asombrado que Miguel haya aparecido con la excusa de que Rocío supiera quién le había tocado en el amigo invisible.

Ambos habíamos supuesto que el primer paso lo daría en la cena, pero, al parecer, los sueños con Rocío que hemos evocado en él han hecho que ahora esté con ella.

Ha sido un mazazo descubrir el sufrimiento que supone para Rocío recordar nuestra tradición, pero por mucho que le duela para ella es una manera de volver a sentirnos a su lado. Lo que no se puede imaginar es lo cerca que nos tiene ahora.

El tonto entre ambos es más que obvio, pero noto cómo Rocío aún tiene cierto reparo con Miguel. No está segura de que realmente él quiera tener algo con ella, aunque está loca por sus huesos. Su relación con los hombres se basa en usarlos y no dejarles acercarse lo suficiente para que la vuelvan a hacer daño. Si a eso le sumamos su miedo a perder el trabajo si no sale bien, comprendo que le cueste dar un paso hacia él.

—Tenemos que hacer que confíe en él —la voz de Javi me saca de mis pensamientos. —Por mucho que yo le influya haciendo que sueñe con ella, si no pone de su parte, no adelantamos nada.

—Tiene miedo.

—Ya lo sé, pero cada vez nos queda menos tiempo.

—Pero hemos avanzado mucho, Javi. Mírala. Después de lo que ha sufrido hoy, solo quiere estar con él.

Lo que dice Isa es cierto. Los veo paseando por los distintos puestos y con cada roce accidental entre ambos parece como si les recorriera una descarga eléctrica. Hasta un tonto vería la tensión que existe entre ambos.

No le he dicho nada a Isa, pero Miguel me gusta mucho para Rocío. Cada vez que he escuchado sus pensamientos o me he metido en sus sueños, no he sentido ningún sentimiento sucio hacia ella. Al contrario, un instinto protector se ha ido desarrollando con el paso de los días y cada vez quiere pasar más tiempo con ella.

Es el tipo de hombre que un padre querría para su hija.

—Míralos. Parecen dos adolescentes echando miraditas de reojo al otro —dice entusiasmada Isa.

—Me recuerda a nosotros. Y como sean así, tardarán mucho tiempo en decidirse.

—Pues tienes razón —contesta perdiendo parte de su alegría.

—Hay que ponerse las pilas, cariño. Dejemos de observar y pongámonos manos a la obra.

Nos colocamos al lado de Rocío y notamos ese nerviosismo que se instala en el estómago cuando estamos junto a la persona que nos gusta, pero no lo sabe.

Los sueños que ha tenido con Miguel no han sido suficientes, por lo que le transmitiremos nuestros pensamientos, igual que hizo Isa el primer día que volvimos a verla.

Así, Isa va a estar pensando en que Miguel es el hombre de su vida. Yo, por mi parte, me dedico a que entienda que el amor es lo más importante en nuestra vida, y que es mejor arrepentirse de haber amado que de haber dejado pasar la oportunidad de vivirlo.

Y eso es lo que ha hecho todos estos años. Ha creado una burbuja a su alrededor protegiendo su corazón y sus sentimientos, pero al mismo tiempo, no le ha permitido vivir plenamente. Lo único que ha hecho es sobrevivir y malgastar su tiempo.

Ambas ideas van calando en su pensamiento. Dentro de ella se está librando una lucha entre lo que es conocido y cómodo para ella, y el futuro que está ante sus manos y que puede tener si se lanza a por ello.

Tenemos que ser insistentes, porque una de cualidades de Rocío es que es muy persistente y la idea de estar sola y el miedo a que afecte a su trabajo, están muy arraigadas en ella.

En eso es más parecida a mí que a Javi. Él siempre ha sido más impulsivo que yo, que siempre he meditado y sopesado las consecuencias que pueden tener cualquier decisión que ha tomado.

Por eso, los pensamientos que ha introducido Javi sobre su soledad y el no haber realmente vivido, son tan importantes. Son la consecuencia de haberse cerrado al amor para no sufrir.

Parece que sus cavilaciones van por ese derrotero. Seguir sola en una vida que realmente no le gusta y no quiere o permitir que Miguel la conozca y arriesgarse a abrir su corazón, del que ya es dueño.

Se queda mirándolo y piensa que en este mes ha conseguido más que en todo el tiempo que le conoce. Ahora trabajan juntos y, por insistencia de Miguel, van y vuelven juntos a casa.

Y él está aquí con ella, en lugar de estar trabajando o descansando. Ha preferido pasar su tiempo con ella en lugar de hacer cualquier otra cosa.

—¿Lo has notado? —pregunto a Javi un poco nerviosa— ¿Es un atisbo de esperanza?

—Se está dando cuenta de muchas cosas, Isa. Pero no la abrumemos más, dejemos que vaya interiorizando todos esos sentimientos.

Parece como si Miguel tuviera un sexto sentido porque, como si intuyera que Rocío está más receptiva que días anteriores, se va acercando cada vez más y provoca más roces entre sus

manos. Hay un momento, en que un grupo de adolescentes pasan a su lado arrollando todo lo que se pone por su camino, y Miguel coge a Rocío protegiéndola y ya no la suelta.

Al final, Rocío decide no comprar nada y Miguel tampoco ha visto nada que le llame la atención. Así que le propone dirigirse hacia el Teatro Real, porque allí hay varios puestos de complementos donde puede encontrar algo para su amigo invisible. Rocío, que ha abierto a escondidas el papel que le dio Miguel, ya sabe que es él para quien tiene que buscar un regalo.

En el corto trayecto hasta su nuevo destino, no le suelta la mano en ningún momento. Es más, hay ocasiones en que la acaricia suavemente, provocando que Rocío se estremezca.

Las emociones de mi hija están a flor de piel. Entre las ideas que hemos implantado en su cabeza y que a cada segundo que pasan, se convierten en su único pensamiento, la cercanía de Miguel y sus propios sentimientos, hace que poco a poco vaya creciendo en ella la posibilidad de poder ser feliz junto a él.

Miro a mi mujer sonriendo y la abrazo. Hemos avanzado mucho en este último par de horas, más de lo que me imaginé cuando empezó el día.

Sin que Rocío se dé cuenta, Miguel va comprando distintas joyas que ella ha estado mirando con admiración pero que no se ha atrevido a comprar. Ese gesto le ha encantado a Isa que se pone a palmotear como una niña pequeña.

La noche empieza a caer y al mismo tiempo la temperatura, pero ellos no parecen darse cuenta. Es como si hubiesen creado una burbuja a su alrededor y el resto del mundo no existiese, solo ellos dos.

Miguel la vuelve a coger de la mano y pasean hasta la Plaza de España. Se les hace un poco complicado el paseo porque las calles están llenas de gente que vuelve a sus casas, o van de compras o se dirigen a las numerosas cenas que se celebrarán en el día de hoy.

No la suelta en ningún momento como hacía Javi conmigo y con Rocío cuando salíamos a dar una vuelta. La protege en todo momento con su cuerpo y eso es una de las cosas que valoro en un hombre, una de las cosas que me enamoró de Javi.

—¿Por qué será que él me recuerda mucho a ti? —me recuesto sobre mi marido sin dejar de mirarlos.

—Dicen que, inconscientemente, buscamos en nuestra pareja similitudes con nuestros padres. Aunque yo soy infinitamente más guapo que él.

Me carcajeo porque a Javi no le hace falta tener abuela. Es cierto que para mí es el más guapo, pero no estoy segura de que Rocío sea de mi mismo parecer.

Miguel mira al reloj y le dice a Rocío que es hora de volver si quieren llegar a tiempo a su cena. Suben con esfuerzo por Gran Vía hasta llegar a la zona de Tudescos. Ha sido previsor y aparcó en coche en uno de los parkings que hay por la zona.

Volver a casa va a ser también una odisea, pues Madrid se convierte en un caos en estas fechas, pero a él no parece importarle. Al contrario, disfruta de cada segundo que pasa con Rocío.

Hablan de muchas cosas y de ninguna en particular. Simplemente están a gusto juntos y cualquier tema del que hablen es para ellos un descubrimiento sobre el otro.

Miguel le pregunta por el último libro que ha leído porque ya sabía de la pasión de Rocío por la lectura y ella intenta evitar la respuesta. Pero Miguel insiste y Rocío acaba capitulando.

—“Peligro ¡locas a bordo!” de Elisabeth Gilmore —dice en bajito como si le diera vergüenza.

—¿Y de qué va? Es por si me gusta tu resumen y me lo cojo.

—¿Te gusta la comedia romántica? —él asiente y Rocío toma aire. —Allá va: una despedida de soltera en un crucero con 11 mujeres a cada cual más loca y con un sentido del humor y una ironía que hace que no pares de reír durante toda la historia. No te digo más porque si no te la spoileo y no la leerás.

—Si me dices que es bueno, me lo leeré.

—Te vas a reír mucho. Elisabeth tiene una ironía muy fina.

—¿Y qué más me recomiendas? —pregunta interesado, ya que Rocío parece que ha perdido el miedo a lo que él piense sobre sus gustos en la lectura.

—Pues he empezado el último libro de la saga de Carolina McLeod que se desarrolla en la Edad Media y que te entremezcla a los escoceses con los vikingos y la mitología nórdica.

A partir de ese momento se desata un toma y daca entre los libros que han leído cada uno y lo que le recomienda al otro. Miguel es más de novela policíaca y de intriga, pero lee casi todos los géneros, mientras que Rocío devora todo lo que cae de romántica en sus manos.

Parece una contradicción. Ella que reniega del amor, lee solo libros de esa temática. Hasta su subconsciente la va indicando lo que le falta a su vida y que ella ha ido rellenando con la lectura.

A Miguel cada vez le atrae más mi hija. Es un dado con muchas caras y quiere conocer todas y cada una de ellas. Porque las que ha visto le han ido atrayendo irremediablemente hacia ella y quiere conocerla más ahora que ha conseguido que se relaje junto a él.

Rocío no se ha dado cuenta, pero ha dejado bajar un poco las defensas que ha construido a lo largo de los años y ha permitido que Miguel entrara en su mundo y en su corazón.

Ella aún no se ha dado cuenta, pero él es su otra mitad. Ha luchado contra sus sentimientos, pero no entiende que contra al corazón no se puede ganar. Pero para eso están sus padres aquí. Para que se dé cuenta de lo que realmente es importante y se deje llevar por sus sentimientos de una vez por todas.

Tiene que volver a creer en ella misma. Tiene que creer en el amor.

Simplemente tiene que creer.

Capítulo 10

Miguel



Verla a través de la ventanilla del coche vestida con esos pantalones de cuero negro que se pegan a sus piernas como una segunda piel, me deja sin aliento, pero cuando entra en el coche y se quita el abrigo mostrando una camiseta negra de escote asimétrico y transparencias en la zona del abdomen, termina por rematarme.

Trago con dificultad y subo mi mirada a su rostro. Hoy se ha maquillado con esmero resaltando sus ojos con un ahumado negro y pintando sus pestañas. Ahí es donde se dirige primero mi mirada, para luego resbalar a sus labios rojos y jugosos que piden ser devorados.

Silbo con admiración, porque es la primera vez que la veo resaltar su belleza y provocarme una erección que hace que me revuelva incómodo en mi asiento.

—¿Eres Rocío o un ángel caído del cielo? —suelto sin cortarme un pelo.

Me mira con ojos pillos a la par que sus mejillas van cogiendo un color rosado. Desde que decidí seguirla y saber algo más de ella, me encanta este juego de seducción que nos traemos y que la sonroja. Sé que ella es más desinhibida, pero estoy seguro de que le da miedo tener algo conmigo por las consecuencias que pueda conllevar.

—Hoy me has hecho ver que había abandonado muchas cosas, y una de ellas era el que antes me gustaba cuidarme y sentirme guapa. Además, luego tengo que ir a trabajar.

—¿No te quedas toda la noche? —mi voz denota cierto tono de reproche porque no quiero que vaya a trabajar y deje de pasar tiempo conmigo.

—Hoy es uno de los días fuertes y Paco no puede prescindir de nadie. Solo porque era amigo de mis padres y me conoce desde niña, me permite llegar más tarde.

No quiero dar la sensación de estar desesperado por estar junto a ella, así que lo dejo estar. Me centro en conducir y 20 minutos después llegamos al restaurante donde se celebra la cena de

navidad de la empresa.

Esta tarde conseguí que aceptara que nos vieran llegar juntos. Quiero ir dejando claro que hay algo entre los dos, aunque por ahora no hayamos tenido más que tonto por parte de ambos.

Después del día de hoy y las miradas que a escondidas nos echamos desde que trabajamos juntos, sé que algo va a pasar entre nosotros y voy a poner todo mi empeño en que ocurra lo más rápido posible. Algo en mi interior me lo está pidiendo cada minuto que pasa, cada vez con más intensidad.

Ya somos la comidilla del trabajo por llegar e irnos juntos todos los días. Pilar se ha encargado de ello como si de esa manera fuese a conseguir ella el puesto de Rocío. Lo que no sabe es que está en mi punto de mira y voy a hacer todo lo posible para que deje de trabajar en la empresa.

Consigo aparcar bastante cerca del restaurante y andamos con tranquilidad hasta que vemos viniendo en nuestra dirección a Pilar y dos de sus amigas. Va riendo hasta que nos ve y nos mira con odio para luego poner una sonrisa falsa en su cara. Cree que no me he dado cuenta, pero han sido suficientes un par de segundos para ver que harían cualquier cosa por hacernos daño.

—Hombre, si es la pareja de moda —nos suelta con cierto retintín, pero con cara de no haber roto un plato.

—Desde luego que sí, ¿o no ves el buen equipo que formamos? —suelta con descaro Rocío.

Su contestación la ha dejado cortada, pero sin confirmar realmente que estamos juntos. Ha sido muy lista a la hora de elegir las palabras.

Se agarra de mi brazo y entramos en el restaurante dejándolas paralizadas.

—Espero que no te haya molestado que haya insinuado que hay algo entre nosotros —susurra para que nadie más nos escuche.

—¿Y qué habría de malo que tuviéramos algo?

Es ahora su turno de quedarse callada y con los ojos como platos por lo que implican mis palabras, sin embargo, se recompone rápidamente e intenta apartar su mano de mi antebrazo, pero no se lo permito. Ha salido de ella el acercarse a mí y no voy a separarme de ella.

Evito estar mucho rato con algunos de los otros jefes porque no quiero tener una nueva conversación sobre las últimas decisiones tomadas que les afectan en su forma de trabajar. Rocío ya las conoce, pero no las luchas internas de poder que ha habido.

Durante la cena, Pilar no para de lanzarle puñales con la mirada ya que nos hemos sentado al lado de mi tío, el cual está más que atento a las palabras de Rocío, y ella está en la otra punta de la mesa al lado de la gente del almacén y los comerciales. De reojo he observado que las únicas con las que habla son sus amigas. El resto pasa de lo que dice, incluso le dan la espalda evitando cualquier interacción con ella.

Reme está observándola y la mira con severidad y cuando se da cuenta de que la estoy examinando, baja los ojos y se pone a conversar con su compañero de la derecha. Siento que va a dar problemas, por ella y por Pilar, porque es una persona bastante rencorosa y no le gusta que le lleven la contraria.

Rocío tampoco se ha perdido la escena y veo que se preocupa. Le aprieto la rodilla intentando transmitirle tranquilidad y que nadie más lo vea, pero pega un pequeño respingo sobre su silla y me mira con severidad.

—No lo tomes mal. Es solo para tranquilizarte. Deja a Reme en mis manos —le digo en voz baja para que nadie más pueda escucharnos.

Poco después mi tío se levanta y empieza a dar su discurso. Que si este ha sido el mejor año de la empresa, que si está muy orgulloso de nosotros, que si tenemos que seguir en esta línea, pero con nuevas mejoras, lo que hace que varios jefes de departamento se revuelvan incómodos en sus sillas.

Y, para terminar, que este año habrá una prima extra por el trabajo tan bueno realizado, ganándose con ello una ovación, gritos de “olé nuestro jefe” y brindis entre los compañeros.

Ya hay algunos que han bebido de más y quieren animar la fiesta después del regalo de mi tío. Rocío solo ha probado agua durante toda la cena y no sé si es porque no le gusta el alcohol o porque va a trabajar esta noche. Me acerco a la barra y me pido un gin—tonic y me arriesgo pidiendo un mojito para Rocío.

La busco por la sala y no está donde hemos cenado. Paseo hablando con unos y con otros hasta que la encuentro en la zona de los baños. Y veo que Pilar se acerca a ella y no con muy buenas intenciones.

—Me estás tocando mucho las narices, Rocío. Ese puesto es mío y ya me lo estás devolviendo —la coge por el brazo reteniéndola. —Y no pienses que alguien como Miguel podría tener algo contigo, con lo desastrosa que eres.

—Déjame en paz, Pilar. Con tus palabras y tu comportamiento lo único que haces es ponerte en evidencia —intenta zafarse, pero su agarre es fuerte.

—Aquí la única que lo haces eres tú, sentándote con los jefes y comiéndole con la mirada. Pareces desesperada porque te hagan caso y sabes perfectamente que nadie querría algo con alguien como tú.

—No Pilar. Estás completamente equivocada —cojo la mano que la retiene y se la quito con fuerza. —Eres el tipo de persona venenosa con la que nadie quiere juntarse. Amenazas y retuerces las palabras a tu conveniencia, malmetes y provocas enfrentamientos. Eres egoísta, superficial y vanidosa —la miro con todo el desprecio del que soy capaz. —Y como trabajadora dejas mucho que desear. Con este currículum lo extraño es que alguien te aprecie de verdad.

Le doy su bebida a Rocío y nos alejamos de ella dejándola furiosa y completamente avergonzada, ya que todos los que están alrededor nuestro han escuchado mis palabras.

—Gracias por tus palabras, pero soy capaz de defenderme yo sola.

—No lo dudo, pero ya era hora de que alguien más le dijera unas cuantas verdades.

Los siguientes minutos los pasamos en un silencio un tanto incómodo. A Rocío no le gustan los enfrentamientos y esta noche ya ha tenido varios. Bebe de su copa para evitar hablar y no quiero que lo que ha pasado enturbie un día tan especial.

—Sabes, le gustas mucho a Tere —empiezo a decir sin mirarla a los ojos. —Eres trabajadora, concienzuda e intentas que todos se sientan bien a tu alrededor. Pero eso yo no lo sabía. Lo he descubierto estos días —doy un trago y constato que tengo toda su atención. —Cuando bajé a buscar su sustituta, tenía dos nombres, aunque uno era el que más números tenía para suplirla. Y cuando vi cómo erais ambas, no dudé de la elección. No había color entre tú y Pilar.

—¿Tu elección era entre las dos? —pregunta con timidez.

—Sí, así era.

—¿Y qué fue exactamente lo que te hizo elegirme a mí en lugar de ella?

—Buscaba a alguien implicada en la empresa. El que no hiciera caso a Martínez ya me dio una pista de cómo era. Y al ver su cara y sus gestos al verse rechazada, entendí que había elegido bien. Ella solo mira por sí misma y envidia lo que no tiene.

—Así que lo que te he dicho esta tarde...

—Era lo que aún no sabía de ella. Primero la conocí como persona y ya sé cómo es como trabajadora. Y en ambos casos no es alguien de fiar para que siga en la empresa. Ella se ha acomodado mientras que tú has luchado por mejorar —me mira extrañada por mis palabras, por lo que le doy una explicación. —Sé por Reme que has terminado tu carrera y que has pedido más responsabilidades, aunque no te las fueran dando. Eras tú la que hacías los informes, no Pilar.

Me mira y asiente con la cabeza.

—Gracias por la oportunidad que me estás dando. No te voy a defraudar.

—De eso estoy seguro. Y por lo que digan los demás, no te preocupes. Eso queda en mis manos. Yo protejo a los míos.

Parece que mis palabras la dejan más tranquila. No se ha dado cuenta del trasfondo de estas, pero no tardará mucho en comprenderlas.

—Yo me tengo que ir ya —y termina de golpe su copa y mira su reloj. —De hecho, hace mucho que me tendría que haber ido. Paco me va a matar.

—Deja que te acompañe.

—No, Miguel. Tienes que estar hasta el final, que por eso eres jefe —dice con recochineo.

—¿Me dejas con estas fieras? —apoyo una mano en mi pecho haciéndome el ofendido.

—Tú puedes con ellas, domador. Despídeme del jefe. Si lo hago yo...

—Ya lo sé, llegarás mucho más tarde —se da la vuelta sin despedirse de mí. —Te veo a la salida.

La veo coger su abrigo e irse hacia la entrada del restaurante como si no me hubiese escuchado. Con su marcha se me han quitado las ganas de seguir aquí, pero como me ha recordado, es una de las obligaciones de ser jefe. Me acerco hasta donde está mi tío con alguno de los comerciales y me integro en la conversación.

Estoy de espaldas a la improvisada pista de baile, cuando siento que un cuerpo se contonea al ritmo de la música contra el mío. Me tenso automáticamente y me giro para mirar a quién se le ha ocurrido semejante estupidez.

Pilar está bastante borracha y su baile, o lo que quiera que sea, parece más un ofrecimiento que otra cosa.

—Venga, Miguel. Tu guardaespaldas se ha ido y ya puedes venir conmigo —intenta hacer un guiño, pero se le queda el ojo cerrado. —Te vas a divertir mucho, te lo prometo.

Aparto de mí sus manos, que intentan acariciar mi torso, pero vuelve a intentarlo de nuevo.

—Para ya, Pilar. Deja de dar el espectáculo —digo apartándola con algo de fuerza haciendo que trastabilie.

La música ha parado y todo el mundo nos está mirando. Sus amigas vienen corriendo e intentan llevársela, pero Pilar se resiste.

—El lunes la quiero a primera hora en mi despacho, señorita —la voz de mi tío es heladora y no da lugar a réplica. —Ahora quitarla de mi vista y que no vuelva —mira al resto de los empleados. —Olvidar este desafortunado incidente y seguir disfrutando de la noche, por favor. Esta fiesta es por y para vosotros.

A las chicas les cuesta un poco llevarse a Pilar, pero cinco minutos después todo ha vuelto a ser como antes su lamentable exhibición.

Mi tío intenta disimular su enfado y para quien no le conozca realmente, parece que ya lo ha olvidado. Pero no es así. Reme se le acerca e intenta mediar por Pilar, pero mi tío corta toda conversación.

—No es el lugar ni el momento, Reme. El lunes te espero después de hablar con esa chica.

Voy a la barra y le pido su whisky preferido. Yo me pido una tónica porque tengo que conducir y no quiero ni tener un accidente ni que me pongan una multa.

Nos tomamos nuestras bebidas en silencio, pero con la mirada nos decimos todo. Mañana nos tocará una conversación que no le va a traer nada bueno ni a Pilar ni a Reme.

Un mensaje entra en mi móvil. Alguien ha grabado la escena y me la ha enviado.

Capítulo 11

Rocío



El taxi me deja en la entrada del *Eros*, que a estas horas debe de estar bastante lleno a juzgar por los grupos de jóvenes que se agolpan en las cercanías.

No hago caso a las miradas lascivas de algunos que están haciendo cola para entrar y doy un beso a Marcos. Muchas noches es nuestro ángel de la guarda, ese que nos quita a los babosos de en medio y se espera hasta que la última de nosotras deja el local y monta en el taxi que nos ha pedido.

Si supieran que realmente es un pedazo de pan que está loco por su marido y haría cualquier cosa que éste le pidiera, no le mirarían con el respeto y temor con el que lo hacen. Y es que es una mole de puro músculo y mirada acerada, que se transforma en un tierno oso de peluche con la voz de su chico.

Entro en el local y voy directa hacia la barra para poder entrar en la parte de atrás donde está el almacén, los vestuarios, una pequeña sala de descanso, el despacho de Paco y la puerta de acceso por donde debería de haber entrado y que usamos para recibir los pedidos y para fumar.

Paco me mira molesto, pero no me dice nada. Llego más de una hora tarde, pero por primera vez en mi vida, hubiera puesto una excusa para no ir a trabajar y pasarlo con Miguel.

Sacudo la cabeza y abandono mis pensamientos por Miguel para centrarme en empezar con mi trabajo. Voy a los vestuarios y me cambio poniéndome la camiseta que es el uniforme para las camareras.

Las horas se pasan entre copas e intentos de ligoteo de varios chicos, pero hoy no tengo ganas de liarme con nadie. Las horas pasadas con Miguel paseando por Madrid y luego en la cena, hacen que no le haga caso alguno a ninguno de los que intentan entrarme. De hecho, desde que trabajo para él no me atrae nada la idea de liarme con ningún hombre. Miguel se ha colado en mi piel e inunda mis pensamientos.

Hay uno especialmente insistente que me recuerda un poco a Miguel, solo que éste es un poco más bajo y se lo tiene bastante creído. Cree que me está haciendo un favor y eso no lo soporto en un hombre.

Queda menos de una hora para el cierre y la gente ya está bastante bebida. Hay una chica que no para de insinuarle a un grupo y eso que está con un chico. Se va a montar pelea, por lo que le digo a Paco lo que está pasando y, con disimulo, se acerca a esa zona para evitar que haya bronca.

Con bastante tacto invita a una copa al grupo de chicos, haciendo así que no se enteren de que echa del local a la chica y a su pareja. Cuando todo vuelve a estar en calma, se acerca a la barra y sigue sirviendo copas como si no hubiera pasado nada.

Media hora antes del cierre dejo de servir bebidas y ayudo al resto a ir recogiendo las copas casi vacías, poniendo un par de lavavajillas que terminarán para cuando se cierre definitivamente.

A las seis y media está todo recogido y preparado para un nuevo día. Paco también ha cuadrado la caja y está repartiendo las pocas propinas que han dejado esta noche.

—¿Qué tal el día de hoy?

—Mucho mejor de lo que me esperaba, en verdad.

Paco sabe lo especial que es el día de hoy y que me cuesta horrores volver a la normalidad, pero Miguel ha conseguido que este día fuese distinto y con menos tristeza que años anteriores.

—¿Y eso? —pregunta interesado.

—Pues comenzó como todos los años, pero cuando iba a comer apareció mi jefe y nos pasamos juntos el resto de la tarde. Mientras pasaron esas horas, los recuerdos no fueron dolorosos. Al contrario, he disfrutado como cuando ellos vivían y ha hecho que tenga nuevos recuerdos. Recuerdos alegres.

—¿Tu jefe? —pregunta con interés.

—Pues sí. ¿Y sabes lo mejor de todo? —niega con la cabeza e insta a que continúe. —Creo que realmente le gusto. Y él también me gusta mucho a mí.

—Ten cuidado, niña. No arriesgues ese trabajo que tanto te ha costado tener y mejorar —es un buen consejo, pero...

—Lo sé. Pero ahora estoy más preparada y tengo mucha más experiencia. Y, no sé, creo que ya me he flagelado bastante en estos años y que merezco ser feliz, ¿no crees?

No es capaz de refutar mis palabras, ya que siempre me está diciendo que vivir solo por el trabajo no me dará la felicidad y sí que lo hará alguien con quien comparta mi vida.

Nos despedimos y voy a hacer lo mismo con Marcos, pero me ofrece un cigarrillo y nos quedamos charlando y fumando mientras espero al taxi que me llevará a casa, cuando veo que un coche se acerca.

¡No me lo puedo creer! Al final sí que eran ciertas sus palabras.

Al llegar a nuestra altura, la ventanilla del coche desciende y asoma la cabeza de Miguel.

—¿Te acerco a casa?

—¿Te está molestando este tipo, Rocío? —la postura de Marcos es protectora y está mirando con cara de pocos amigos a Miguel.

—Tranquilo, Marcos. Es mi otro jefe.

Le doy un abrazo y un beso en la mejilla y me vuelvo hacia el coche de Miguel. Cuando abro la puerta del copiloto, una caricia de calor recorre mi cuerpo ya que tiene la calefacción puesta. Ya sé que no es por mí, pero el detalle se lo agradezco con una enorme sonrisa.

—¿Cómo es que has venido? Te hacía en tu casa ya dormido —me abrocho el cinturón y me mira con una expresión extraña. Está sonriendo, pero no llega del todo a sus ojos. —Venga suelta que es lo que te preocupa.

—¿Por qué piensas que algo lo hace? —pregunta intrigado.

—Después de estos días trabajando juntos, puedo más o menos descifrar tus estados de humor. Y algo ha pasado que te preocupa.

Parece que se piensa la respuesta unos segundos y hace un amago de contármelo, pero cierra la boca y sigue conduciendo. Si no me lo quiere contar, no es problema mío. No debe de tener la confianza suficiente para hacerlo. Total, solo llevamos trabajando juntos menos de dos semanas. Pero después de esta tarde y de las confidencias que hemos compartido, he supuesto que lo haría.

Queda poco para llegar a casa y, de repente, aparca y me mira un tanto serio.

—No pienses que no te lo quería contar. Lo que no quería era hacerlo mientras conducía.

Intento poner cara de póker y que no refleje lo ansiosa que estoy por saber qué es lo que le ha alterado de esa manera, pero no debo de ser buena jugadora porque una pequeña sonrisa aparece y del mismo modo desaparece.

—Cuando te fuiste pasó una escena bastante desagradable que hizo que la cena ya no fuese tan...

—... ¿divertida? ¿distendida?

—Sí, puede decirse así. Se escuchaban risas, había gente bailando y bebiendo y parecía que todo el mundo se lo estaba pasando bien.

—Pero...

—Pilar la lio y bien liada —levanto una ceja porque ella es muy capaz de hacerlo. —Se emborrachó hasta tal punto que, delante de todo el mundo, se puso a restregarse contra mí haciendo como que bailaba. No contenta, se me ofreció con un descaró... Y todo delante de Luis.

—¿Delante del jefe? Sí que tenía que estar borracha, porque ella siempre se cuida de hacer algo mal delante de ningún jefe.

—No he podido hablar con Luis, pero creo que el lunes la despedirá. No puede consentir un comportamiento así. Además, Reme vino en su defensa, pero no quiso hablar con ella.

Se queda en silencio y sopeso lo que me acaba de contar que me ha dejado preocupada.

—Creo que se cree intocable por Reme. Sus malos gestos, la manera en que me estaba chantajeando, cómo manipula a Martínez, eso no lo hace nadie salvo que se esté completamente seguro de que no pueda perder lo que tiene.

—No sé qué tendrá y, efectivamente, tiene que estar muy segura de su posición para haberme provocado e insinuado de esa manera delante de Luis —me coge una mano. —Olvidémonos de ellas, ¿qué tal ha sido el resto de tu noche?

—Uff, mucho trabajo. Parecía que todo el mundo había salido hoy con ganas de emborracharse.

No hemos parado en toda la noche.

—¿Estás muy cansada?

Hasta que no me lo pregunta no me doy cuenta de que sí que lo estoy. Ha sido un día de muchas emociones y las he compartido con él. Es la primera vez, desde que fallecieron mis padres, que este día no se ha llenado de recuerdos tristes y añoranzas de momentos pasados. Ahora tengo una bolsa llena de risas de confidencias y miradas cómplices. No sé cómo lo hace, pero cuando estamos juntos pienso que todo es posible.

—Bastante, ha sido un día muy largo.

—Había pensado en tomarnos un chocolate con churros, pero mejor te llevo a casa, que estás agotada.

No sé si es el calorcito que desprende a calefacción, o que estoy realmente cansada, pero los ojos se me están cerrando.

En nada llegamos a casa y aparca delante de mi portal. Insiste en acompañarme hasta mi piso con la excusa de que es un caballero. Estoy tan cansada que no quiero discutir, pero eso mismo me lo podría decir cada día que me trae a casa al terminar de trabajar y nunca ha hecho.

Abro la puerta de mi piso y me giro para despedirme.

—Gracias por traerme y acompañarme —me sale una sonrisa cansada.

—Descansa, Rocío. Esta noche me pasaré por el *Eros*.

Y según termina de hablar, acaricia mi mejilla con tal delicadeza, que hace que me estremezca. Su pulgar se queda quieto rozando mi labio inferior y mi cuerpo responde a su caricia abriendo mis labios. Aprovecha ese instante de aturdimiento para depositar un leve beso en mi boca. La sensación de sus labios sobre los míos me vuelve loca y le acaricio suavemente con mi lengua. Sé que no debo continuar, pero ahora mismo solo me importa lo que él me está haciendo sentir.

Su lengua invade mi boca y desata un fuego que no he notado al besar a nadie. Profundiza el beso y jadeo en sus labios necesitando de su aliento para poder respirar. Me sujeto en sus hombros porque, como sigamos así, siento que mis piernas no me van a poder sujetar. Él reacciona haciendo que sus brazos me rodeen y me peguen a él.

No sé el tiempo que nos pasamos devorándonos el uno al otro. Solo sé que no quiero estar en ningún otro lugar.

Poco a poco, reduce la intensidad del beso, separa su boca de mis labios y con la respiración agitada, apoya su frente en la mía.

—Eres toda una tentación, peque. Pero por mucho que quiera seguir con este beso y lo que conlleva, estás agotada. Y quiero que estés en plena forma. Descansa todo lo que puedas hoy, porque cuando salgamos del *Eros* te prometo que no vas a descansar nada.

Capítulo 12

Miguel



Me ha costado horrores dejar a Rocío en su casa.

Solo quería rozar sus labios y por fin conocer a qué sabían. Todo el día he soñado con besarla y cuando la punta de su lengua ha acariciado los míos, me ha sido imposible contenerme y he tenido que saborearla.

Y ha sido como tocar el cielo.

Su manera de responder a mis besos, cómo bebía de mi aliento y sus manos acariciando mi cuello y hombros, me ha demostrado que no estoy equivocado y ella siente lo mismo que yo. No quiero ni pensar lo que voy a sentir cuando mi piel acaricie la suya y mi polla se hunda en su humedad. ¡Me va a dar un infarto!

¡Quién me lo iba a decir cuando busqué a la sustituta de Tere!

Esa chica que parecía tímida y acomplejada ha resultado ser todo un hallazgo. Como diría mi tío, un diamante en bruto al que le falta pulir para que reluzca aún más.

No solo es un hacha en su trabajo, con una mente privilegiada para resolver cualquier escollo al que se encuentre, sino que con solo una mirada o un susurro es capaz de volver mi mundo al revés. Estoy convencido de que haría lo que fuera por ella, incluso ponerle el mundo a sus pies.

Llego a mi piso y me doy una ducha fría a ver si así consigo bajar la erección que se ha mantenido tras ese tórrido y húmedo beso. Pero las gotas de agua lo que consiguen es inflamarme más, pensando que son los dedos de Rocío acariciando mi cuerpo.

Así que, como un adolescente con las hormonas bailando por su sangre, me agarro la polla y empiezo a subir y bajar por ella, pensando que no es mi mano sino la de Rocío la que me está dando placer.

Me la imagino de rodillas ante mí, con su lengua recorriendo las venas de mi tallo hasta que se la

mete en su boca y sus labios van moviéndose hasta casi engullirla. La imagen en mi mente parece tan real que en poco tiempo mi mano va adquiriendo su máxima velocidad sin cruzar la línea del dolor, pero provocándome el máximo placer y eyaculo sin control sobre los azulejos de la ducha gruñendo como un poseso.

Termino de ducharme un poco más relajado y con una toalla en mi cintura me voy a la cocina y me preparo un café bien cargado porque tengo que estar bien despierto para la conversación que tengo pendiente con mi tío.

Me pongo unos vaqueros y un polo y vuelvo a salir de casa. Hago el camino de todos los días al trabajo, pero me desvío un poco antes para entrar en la zona residencial donde vive con mi tía.

Conchi es la hermana de mi padre, pero nunca me he llevado bien con ella. Quizás porque soy muy parecido a mi padre, y mis recuerdos de ellos dos eran que siempre estaban a la gresca por cualquier motivo. Nuestros caracteres chocan a la mínima y por eso intento que tengamos la menor relación posible.

Sin embargo, con Luis siempre he tenido un trato fluido. Siempre me ha escuchado y me ha apoyado en todas mis decisiones, incluso me tapaba cuando no obedecía a mis padres para evitar que me castigaran.

Llego a su chalé y aparco en la calle. Estoy bajando del coche cuando me entra una llamada en el móvil. Miro a la pantalla y veo que es él.

—No hace falta que me despiertes. Estoy delante de tu puerta —según le cuelgo esta se abre.

Me recibe con un abrazo ya que no podemos hacerlo en el trabajo. Es lo que tiene mantener en secreto que soy su sobrino y uno de los dueños de la empresa.

Al principio no lo entendía, pero según pasaron los meses y vi cómo eran cada uno de ellos, comprendí que lo hacía para que me ganara su respeto y poder conocerlos sin que mi apellido ejerciera ningún tipo de influencia. Ya sabía cuáles eran sus puntos débiles y quiénes darían problemas en el futuro cuando empezara la transición entre mi tío y yo.

—Vamos a esperar a tu tía. Esto es algo que tenemos que hablarlo todos.

Si metía a mi tía por medio, es que esto era mucho más grave de lo que parece a simple vista.

—Pues entonces déjame que me tome un café. Necesito la cafeína para poder tener un par de palabras con la tía —salgo hacia la cocina y me sirvo una taza de la cafetera que había en el fuego.

Parece que mi tía no tiene mucha prisa en bajar y mantener una conversación conmigo, porque ya voy por el tercer café y me da que podré tomarme alguno más.

Salgo al porche y me enciendo un cigarrillo. Esto seguro que el olor hace que baje cuanto antes mi tía. Es de la liga antitabaco y estará encantada de echarme alguno de sus sermones y miradas asesinas.

Dicho y hecho.

Ha sido apagar la colilla y aparecer mi tía en la puerta de la cocina. La tiro a la basura sabiendo que le molesta, por el olor que va a dejar en la cocina, y le doy un beso en la mejilla, provocando que arrugue su nariz por haber olido el humo en mi piel.

—Podías haberte contenido, Miguel. Sabes que odio el tabaco —su mirada de reproche me resbala. Hace mucho tiempo que no provoca ningún efecto en mí.

—Es lo que ocurre cuando a uno le hacen esperar más de lo normal. Que antes de pegar dos gritos, prefiero fumar un cigarrillo —le replico para que se sienta culpable. —No todo el mundo puede tener todo el tiempo para hacer lo que le dé la gana.

Y así son las conversaciones con mi tía. Todo son recriminaciones e insinuaciones veladas, con la intención de provocar y molestar al otro. Y parece que mi último comentario ha dolido, porque su mirada se endurece y aprieta la mandíbula.

—Si tanta prisa tienes, comencemos cuanto antes —y sale de la cocina dirigiéndose al salón.

—No es prisa tía. Es cansancio. Llevo más de 24 horas despierto.

—¿Aún no has dormido? —pregunta extrañado mi tío. —Me dijiste que no tardarías en volver a casa cuando yo me fui.

—Y esa era la intención —lo que no le había dicho es que iba a salir de nuevo para buscar a Rocío— pero se complicó la noche y solo he estado en casa para darme una ducha y cambiarme de ropa.

Mi tía no espera a que nos sentemos para comenzar a hablar.

—Luis me ha comentado que hubo un problema anoche. Espero que no hayas dado pie para que esa chica se comportase como lo hizo —dice ácidamente mi tía.

—No sé por qué piensas así —alza una ceja cuestionándome —pero en la vida he hecho dicho algo para que Pilar se lanzase sobre mí como lo hizo. Al contrario, sólo ha recibido cortes por mi parte por su comportamiento.

—Conchi, no sé qué está pasando por tu cabeza para soltar algo tan desafortunado, porque sabes que Miguel siempre ha sido un modelo que seguir. El problema es ella por si no lo sabías, esposa.

Un incómodo silencio se instala en el salón y me da la sensación de que me he perdido algo de suma importancia, porque no comprendo los comentarios de mi tía. Cierto que no nos llevamos bien, pero este tipo de ataque no es propio de ella.

—Anoche me llamó Reme para decirme el bochornoso espectáculo que montaste y cómo Pilar solo quiso bailar contigo.

—Me parece que estás mal informada, tía —esa última palabra la digo con total desprecio y como si fuese un cuchillo clavándose en su pecho. —Y viniendo de Reme no me extraña. Creo que no te ha contado realmente cómo fue la historia —saco el móvil de mi abrigo, busco en él el vídeo que me enviaron y se lo tiendo. —Creo que una imagen vale más que mil palabras.

Durante unos minutos solo se escucha el sonido del vídeo del bochornoso espectáculo de Pilar. Sus ojos se han ido empuñeciendo y un rictus desagradable se instala en su rostro.

—Esa chica se me ofreció delante de toda la empresa y yo solo la rechacé. Como has podido oír de su propia boca, se cree que quiero tener algo con ella. Nada más lejos de la realidad.

—Y luego Reme vino a intentar calmar los ánimos, pero era algo tarde ya —termina mi tío.

—Debéis de estar confundidos —no es capaz de dar su brazo a torcer.

—No Conchi. La confundida eres tú. No sé quién se cree Reme, pero he descubierto que ha ido contratando a gente que no era la más adecuada para su puesto —mi tío al parecer ha estado investigando. —Gente de su familia o de su entorno. Y todos ellos cobrando sueldos más altos de los que les corresponden. ¿Puedes explicar por qué?

—Esa chica es su sobrina, que se dedica a amenazar a otros compañeros para que hagan su trabajo —aclaro a mi tía. —Está enrabiada porque no ha sido la elegida para sustituir a Tere. Y así es como lo paga.

—¿Dices que es su sobrina? —pregunta con un deje de temor en la voz.

—Sí tía. Es algo que ella ha dicho en la empresa y se ha vanagloriado de ello —respondo con severidad.

—¡Dios! No puede ser —su fachada amenazadora se desmorona y tapa su rostro con las manos.

—¿Qué pasa, Conchi? —pregunta mi tío a la par que se acerca a ella.

Mi tía se queda callada y durante un par de minutos solo se escuchan nuestras respiraciones, hasta que alza la cabeza y nos mira apesadumbrada.

—Esto que os voy a contar solo lo sabemos cuatro personas, o eso creía hasta hace un momento —me mira fijamente y comienza a hablar. —Cuando tú tenías unos diez años tus padres pasaron por una época muy mala. Tu madre se sentía abandonada por culpa del trabajo de tu padre, pensaba que había otra mujer y se planteó si era mejor divorciarse —ahora entiendo lo triste que estaba mi madre esas vacaciones y que yo achacé a que no estaba papá con nosotros. —Decidió darle un tiempo y os fuisteis todo el verano con tus abuelos. De esa manera quería protegerte y esperaba que no te enterases de sus peleas. También quería que mi hermano recapacitara —hace una pausa y pasa su mirada de mí a mi tío. —Por aquel entonces tuviste aquella lesión en la espalda y no podías ir a trabajar, por lo que mi hermano y yo decidimos que mientras durase tu convalecencia yo fuese a la empresa.

—Recuerdo ese verano y lo mal que volvías cada día a casa —confirma mi tío.

—Nunca me ha gustado el trabajo en la empresa, pero la habían levantado mis padres y me sentía responsable, por lo que tocaba arrimar el hombro —toma aliento y me mira con pena y sé que no me va a gustar lo que va a decir. —Allí descubrí que tu padre estaba tonteando con una empleada y que los temores de tu madre eran más que reales. Cuando me enteré, le pedí que terminara con lo que tuviese y cuidara de su mujer y su hijo. Me juró que solo habían estado juntos en un par de ocasiones y que no volvería a ocurrir...

No puedo creer lo que está contando mi tía, porque mi padre adoraba a mi madre y besaba el suelo por donde pisaba.

—...Habían planeado pasar unos días de vacaciones juntos y la llamó para decirle que no iba a ir y que lo que fuese que tuviesen se había terminado. Ella se enfadó, gritó, lloró y suplicó, pero tu padre se mantuvo inamovible. Y lo sé, porque yo estaba escuchando esa llamada —se levanta y se sienta a mi lado, cogiéndome la mano, un gesto de cariño que no recuerdo haber tenido en muchos años. —Decidimos que lo mejor era que no siguiera trabajando para la empresa y le pidió a la anterior jefa de Recursos Humanos que fuera preparando su finiquito. Cuando volvió de sus vacaciones y le entregaron la carta de despido, subió al despacho de tu padre completamente encolerizada exigiéndole que le devolviera su trabajo o se arrepentiría. Entré en el despacho, porque se oía en toda la planta, y le dije que o paraba o llamaba a la seguridad del edificio para que la echara. Me miró con odio y empezó a decir que no podíamos despedirla, porque estaba embarazada de tu padre. En ese punto de la conversación, tu padre había pasado del asombro inicial a enfurecerse de tal modo que pensé que podría hacer cualquier cosa. Llamó a la seguridad del edificio y se encaró hacia ella con voz colérica diciéndole que era imposible, porque las dos veces que estuvieron juntos lo hicieron con protección. No era estúpido y no

quería pegarle nada a su esposa y por eso tomó precauciones, además de que quería evitar cualquier embarazo no deseado. Le dijo que se buscara a otro pringado que la creyese, porque con él había pinchado en hueso. Fue entonces cuando llegaron los de seguridad y, mientras la sacaban casi a rastras, nos amenazó a que nos atuviéramos a las consecuencias. Y nunca más la volvimos a ver ni la volvimos a mencionar.

Yo me he ido quedando blanco como el yeso según iba avanzando la confesión de mi tía. No me puedo creer que mi padre fuese infiel a mi madre. Hasta llego a creer que es algo que se está inventando mi tía solamente para hacerme daño, porque, aunque es cierto que ese verano lo pasamos solos mi madre y yo, los recuerdos que tengo es de los tres juntos en casa, compartiendo todo el tiempo libre de mi padre.

—Sé que no me crees, porque tampoco te he dado motivos todos estos años. Desde aquel día, me alejé de tu padre porque por un calentón estuvo a punto de tirar todo por la borda. Y tú te pareces tanto a él, que me duele cada vez que te veo, porque ahora no puedo pedirle perdón por haberme alejado. Por eso he sido siempre tan fría y distante contigo. Y no sabes cómo me arrepiento de ello, Miguel.

—Tu padre me lo contó cuando volví a la empresa a trabajar —es el momento de asombrarnos, tanto mi tía como yo. —Estaba muy arrepentido y los remordimientos le reconcomían. Una noche, al terminar el trabajo me lo encontré muy abatido y nos fuimos a cenar y tomar algo para intentar animarle, y fue cuando me lo confesó. Hablamos durante horas y cuando nos despedimos, volví a ver al hombre decidido que no se dejaba amilanar por nada. Ese día fue en punto de inflexión en su matrimonio. Se dio cuenta de lo que podía perder y luchó por el perdón de tu madre, ya que se lo contó todo. Ella se hizo de rogar, pero tu padre fue perseverante y dejó de obsesionarse por la empresa para cuidar a su mujer, a su familia. Desde entonces fueron muy felices. Hasta el día que murieron.

La cabeza me va a explotar.

Entre la confesión de mi tía y la confirmación de mi tío, más todo lo que estoy viviendo con Rocío, mi cabeza es un polvorín a punto de estallar. Es demasiada información para asimilar y con el sueño que tengo, temo que pueda tomar cualquier decisión errónea.

—¿Tú sabías que Reme era familia de esa mujer? —pregunto preocupado a mi tía.

—Sí. Ella me había contado que tenía una hermanastra más pequeña que ella y que no se llevaban bien porque decía que era una alocada que sólo sabía dar disgustos. Pero ese día nos rogó que no la echáramos, que ella era su hermana y que necesitaba ese empleo —me aprieta la mano dando fuerza a sus palabras. —Y creí a tu padre cuando dijo que era imposible que estuviese embarazada de él.

—Veo que está abrumado y no has descansado. Estás agotado y con la cabeza bullendo de demasiada información. ¿Por qué no te echas en la habitación de invitados y te despertamos a la hora de comer? —mi tío me coge del brazo y me levanta llevándome hacia las escaleras. —Luego con la mente fresca y descansada, podremos tomar decisiones.

No es lo que más me gusta, pero tengo muchas posibilidades de tener un accidente si voy a mi casa, porque no estaría pendiente de la carretera. Acepto la propuesta de mi tío, y con pasos cansados, subo la escalera y al llegar a la habitación me tumbo, intentando no pensar en nada de lo ocurrido en la última hora.

No sé cómo, pero consigo dormirme y mi último pensamiento es para Rocío y en cómo me

hubiera gustado estar con ella en lugar de haber descubierto esa parte de la vida de mis padres.

Capítulo 13

Rocío



Entro en casa atontada por sus besos. Sería una hipócrita si dijera que no lo deseaba, pero ¿y si sale algo mal? Me juego el trabajo y no es algo que me guste mucho. Pero lo más importante para mí es sufrir como lo hizo mi padre.

Una vocecilla interior empieza a susurrarme que no puedo quedarme paralizada ante la posibilidad de ser feliz, porque es posible que ese tren no vuelva a pasar y lo pierda.

Ahora que he saboreado sus besos, sus labios sobre los míos, solo quiero sentirlos todos los días. Es algo que no he sentido con nadie y quiero más, creo que me he convertido en adicta de sus besos.

Entro en mi helada habitación y voy corriendo a poner la calefacción. Mientras se calienta voy a la cocina a prepararme un chocolate caliente que me ayude a conciliar el sueño y, sobre todo, que me baje el calentón que me ha provocado Miguel.

Echo la vista atrás y si alguien me hubiera dicho que Miguel se interesaría por mí y que buscaría mi compañía, me hubieses carcajeado en su cara.

Pero ahora es real.

Ha pasado todo muy rápido para mí. Hace dos semanas que mi vida ha ido cambiando y en el centro de todos esos cambios ha estado él. Ahora voy animada y con alegría al trabajo. Y no solo porque Miguel y yo vayamos juntos en su coche, sino que por fin disfruto de cada minuto trabajado. No puedo evitar seguir sintiendo temor porque esto cambie si lo que está surgiendo entre nosotros no sale bien, pero cada segundo que pasa ganan más terreno mis sentimientos hacia Miguel que los miedos que se han instalado en mí todos estos años.

Miguel se ha ido metiendo bajo mi piel no solo por su manera de interesarse por mí, de hacerme sentir especial, sino porque me hace sentir protegida y con la sensación que junto a él no me van

a hacer daño.

Lavo la taza y me voy rápido a la habitación. Ahora ya está calentita y es todo un gusto meterme bajo el edredón. Los ojos se me cierran y la sonrisa de Miguel es lo último que veo antes de dormirme.

A las cuatro me despierto totalmente descansada y relajada y me hago un poco de pasta rehogada. Como ya no leo como antes, uso a *Alexa* para que lo haga por mí mientras cocino, y así disfrutar de mi pasión. Elijo entre los libros que ya me he descargado y me decanto por la tercera parte de una historia de vikingos y highlanders. Ya me había leído las dos novelas anteriores y sé que esta parte también me va a encantar. Carolina es muy buena metiéndote en la piel de sus personajes.

Mientras como, voy recorriendo las tierras escocesas y escandinavas y con esta historia la tarde se me pasa volando. Tan absorbente es, que no he pensado en Miguel en toda la tarde y ya es la hora de ir a trabajar.

Me preparo con más esmero que de costumbre para enfatizar mis curvas y resaltar mis labios. Me pongo unos leggins de cuero porque ayer me gané muchas miradas hambrientas de Miguel al llevar unos parecidos, pero que no se pegan a mis curvas como los de hoy. Lo completo con mi mejor conjunto de ropa interior que hace más rotundo a mi pecho. Maquillo mis ojos y los labios en rojo que piden que los devoren. Hoy voy pidiendo guerra.

No suelo ir con la camiseta del *Eros*, porque prefiero cambiarme allí. Sin embargo, hoy sé que no lo haré cuando termine porque Miguel no querrá esperar más para los planes que tenga.

Compruebo que está todo recogido y limpio y coloco un par de condones debajo de la almohada, por si acaso.

Me abrigo bien y salgo camino del *Eros*. Marcos ya está cuando llego y me saluda con un guiño. Me dice que por ahora está muy tranquilo, pero que tiene pinta de que vaya a ser una noche movidita.

Y tiene razón. A las 11 está todo el local a reventar de gente con ganas de pasarlo bien y el par de reservados ya han sido ocupados por grupos de habituales.

Las horas se pasan con rapidez y cerca de las tres empiezo a sentirme inquieta. Quedan menos de tres horas para el cierre y aún no ha venido. Miro a una de mis compañeras y le hago un gesto para que me cubra.

Me voy a la sala de descanso y me enciendo un cigarrillo. Me siento abatida y decepcionada por haber puesto mis esperanzas en lo que me dijo Miguel. Había creído en sus palabras y toda la noche he estado mirando hacia la puerta, pero ninguno de los que entraba era el hombre que está ocupando mis pensamientos.

Estoy mirando el móvil por si me ha puesto un mensaje, cuando la cabeza de Paco se cuela por la puerta.

—Tienes a alguien preguntando por ti —me mira con una sonrisa picarona y termina de abrir toda la puerta.

En ella se encuentra Miguel con cara compungida y más nervioso que nunca. No sabe mantener quietas las manos ni los pies y parece que le ha dado el baile de San Vito.

—¿Puedo pasar? —no parece el hombre seguro que controla todo a su alrededor.

Le hago un ademán con la cabeza y pasa cerrando la puerta tras de sí. El simple hecho de verle

me ha dado un subidón. No tenía que haberme llevado por mis prejuicios y haber confiado más en él y en su palabra.

—¿Estás muy enfadada? —pregunta mientras se acerca con cautela.

—No, no lo estoy —y es cierto. Ahora estoy entre expectante por estar con él y curiosa por saber qué es lo que le ha pasado para no haber podido venir antes.

—Siento llegar tan tarde y no haberte llamado para decírtelo, pero me ha surgido un problema familiar que hasta ahora no se ha podido resolver.

—No me tienes que dar explicaciones, Miguel, de verdad. Tú y yo no tenemos nada —intento no dejar ver cuánto me interesa saber qué le ha pasado.

—En eso estás equivocada, Rocío. Entre tú y yo existe un lazo, aunque te niegues a creer en él.

—¿Y qué lazo es ese? Si puede saberse.

—Uno que va creciendo por momentos y que nos va a llevar a estar juntos. ¿No me digas que tú no lo has sentido?

—Eso es muy profundo y trascendental para esta hora de la noche.

—Puede ser, pero es la verdad.

Me quita el cigarrillo de los dedos y le da una calada.

—Podías haberme pedido uno.

—Podía, pero, aunque suene manido, prefería compartir el tuyo.

Y con esas palabras me desarma. No sé si el pensará lo mismo que yo, pero que sus labios rocen donde han estado los míos, es algo muy íntimo. Casi tanto como los besos que me ha dado esa mañana.

Me lo tiende y no dudo en hacer lo mismo. Quiero hacerle ver que yo también lo acepto. Lo apago sin dejar de mirarle y me coje de la mano para levantarme del sofá y acercarme a él.

—Lo digo en serio. Siento no haberte llamado, Rocío —pega mi cuerpo al suyo y empiezo a reaccionar a su contacto.

—Estás aquí y es lo que cuenta.

Parece comprender que estoy siendo totalmente sincera y que no le doy importancia al hecho de que haya llegado tan tarde.

—¿Cuánto tiempo tienes de descanso? —susurra en mis labios.

—No el suficiente para lo que tienes en mente.

—Pero sí para darte una muestra de lo que te espera.

Y empieza a besarme con lentitud como cuando estás saboreando un buen vino. Se toma su tiempo y va encendiendo poco a poco mis sentidos y mi cuerpo. Es el tipo de beso que te va volviendo loca y que chamusca tus neuronas hasta convertirlas en ceniza, hasta que quedas completamente a su merced, y no te importa nada más que seguir sintiendo sus besos.

No me doy cuenta de nada a mi alrededor, pues estoy centrada en esos labios que ya han humedecido mi ropa interior, cuando ésta desaparece. No sé en qué momento me ha tumbado en el sofá y bajado los leggings y mi ropa interior, dejándome medio desnuda entre sus brazos. Sus labios abandonan los míos y la neblina de placer que ha tejido su boca desaparece un poco para

verle entre mis piernas soplando la humedad que él ha provocado.

Me mira con una sonrisa que promete locuras, y sus labios y lengua comienzan una danza que consiguen que no pare de gemir y retorcerme en busca de más placer.

No puede ser tan jodidamente perfecto y que esa perfección la aplique en darme uno de los mejores cunnilingus de mi vida, porque parece saber qué hacer en cada momento para seguir volviéndome loca.

Con un movimiento de su lengua en mi clítoris consigue que multitud de luces iluminen mi visión y un grito de placer rompa el silencio de la habitación. Su movimiento ya no es tan insistente, pero no deja de moverse para alargar el orgasmo que me está consumiendo.

Me ha dejado desmadejada sobre el sofá, porque mis piernas no me habrían sostenido y la postura no era la mejor para poder ejercer mejor su magia. Una sonrisa bobalicona se me ha formado en la cara y cuando consigo centrar mi vista, está mirándome con una sonrisa de satisfacción.

—No teníamos tiempo para más, pero te prometo más de estos cuando lleguemos a tu casa, peque —se incorpora y deja un cariñoso beso en mi nariz, mientras sube con delicadeza mi ropa interior acariciándome por el camino.

Él se ha quedado con un calentón de narices. Lo puedo ver por lo abultado que está su paquete y por la cara de deseo hambriento que me está regalando. Normalmente, todos mis líos piden que les corresponda en la misma medida, pero él no.

Sabe que no podría hacerlo en el poco tiempo que debe de quedarme hasta volver tras la barra, y aún con el dolor de huevos que debe tener, lo único que hace es devorarme con una mirada llena de promesas.

Cuando consigo recuperarme y terminar de vestirme, me acerco a él y le doy un leve beso en los labios, mientras acaricio con suavidad su paquete.

—Ven, que te invito a una copa para que el tiempo se te haga más corto hasta que salga. Te prometo que valdrá la pena la espera.

Cogidos de la mano entramos en la zona de la barra. Paco me guiña el ojo y me sonrío con socarronería mientras le tiende un botellín a Miguel. Le llevo al extremo de la barra para que pueda salir y el par de horas que quedan hasta la hora del cierre nos la pasamos tirándonos miradas cargadas de promesas.

A la hora del cierre, Paco se lo lleva a la zona de descanso y me apuro para poder terminar lo antes posible. Alguna de mis compañeras se ha acercado y ha intentado averiguar quién es ese hombre que me está esperando. Con una sonrisa he seguido con lo mío y se ha ido sin sonsacarme nada.

No me apetece compartir lo que por ahora existe entre ambos. Quiero que, de momento, quede entre nosotros dos. Sí que me han visto ligar con algún cliente, pero nunca que uno de ellos se quede a esperarme.

Vuelven ambos y se comportan como si fuesen los mejores amigos, con palmadas en la espalda y miradas cómplices. Paco cumple con su ritual de todos los días y pone la música de *Queen* en su móvil. Estos minutos es otra forma que tengo de recordar a mis padres. Los tres eran amigos y grandes forofos de este grupo al que, desde siempre, recuerdo estar escuchando en casa.

Está sonando *Somebody to love* ^[4], cuando de repente me veo elevada y puesto boca abajo en

cuestión de segundos. Miguel me ha cogido como un saco de patatas y me ha cargado sobre su hombro. Lo que puedo ver es su espalda y su prieto culo. Intento elevar la cabeza y me retuerzo como una anguila para que me suelte, pero lo único que gano es una fuerte palmada en el culo. Me quedo sorprendida por su reacción y por la de los demás, porque le han animado y jaleado con silbidos y aplausos. Incluso Marcos le ayuda también manteniendo la puerta abierta.

Ahora entiendo qué han hecho el rato que han estado en la parte de atrás del *Eros*. Han debido de tramarlo juntos, pues el coche de Miguel se encuentra aparcado delante del local, con el motor en marcha y la calefacción puesta.

Me mete dentro y se gira para darle un apretón de manos a Marcos, que me mira con una risita y me vocaliza un “disfruta”.

Capítulo 14

Miguel



Después de un día con tantos secretos sacados a la luz y decisiones que van a afectar al futuro de la empresa, lo que más quería en el mundo era estar con Rocío.

Me he pasado toda la tarde hablando con mis tíos y haciendo averiguaciones sobre Reme y Pilar. Y lo que hemos descubierto, no me ha gustado nada. Tiene más ramificaciones de lo que habíamos pensado al principio. Después de cenar he ido corriendo a mi casa a ducharme y cambiarme de ropa y cumplir la promesa que le hice por la mañana a Rocío.

Tengo ganas de compartir con ella todo lo que he descubierto y que nos concierne a los dos, pero es demasiado pronto y puedo asustarla. Es como un pajarillo que se acerca a tu mano a comer, pero cualquier movimiento puede hacerla volar y no volver a verla.

Cuando he llegado y no la he visto me he asustado por si la había pasado algo. Me acerco a Paco y pregunto por ella. Me mira de arriba abajo, calibrando si contestarme o no.

—Está en su descanso. ¿Y quién pregunta por ella?

—Soy Miguel, su jefe en *Dealio* —le tiendo la mano y me la aprieta con fuerza y decisión.

—Saldrá en unos minutos, si quieres tómate algo mientras la esperas.

—¿Es posible que entre a hablar con ella? —no he terminado de preguntárselo cuando se ha envarado.

—¿Qué es lo que realmente quieres de ella? —pregunta del mismo modo que haría un padre.

—Había quedado con ella, pero llego tarde. En realidad, muy tarde —decido que es mejor ser sincero ante este hombre. —Quiero disculparme con ella.

—Pero eso no es lo único, ¿verdad?

—Tú la conoces desde siempre, eso me lo ha dicho ella. Y yo quiero conocerla más.

Sopesa si dejarme pasar o no, hasta que sube una trampilla y me deja pasar tras la barra.

—Si la haces daño, te mato —susurra cuando paso a su lado.

—No quiero hacerle daño. Al contrario, me cortaría un brazo antes de hacerlo. Solo quiero hacerla feliz.

Parece que le gusta mi respuesta y me lleva por una zona llena de cajas llenas de bebidas hasta llegar a una puerta. Todo lo duro que ha sido su pose estos minutos desaparece cuando su cabeza se cuelga en la habitación al abrir la puerta.

—Yo ya te he ayudado. Ahora te toca a ti —y desaparece por el pasillo que hemos recorrido.

La veo sentada en un sofá, fumándose un cigarrillo y con no muy buena cara. No quiero pensar que haya sido yo el que ha provocado esa sensación en ella. La fortaleza que he tenido mientras hablaba con Paco ha desaparecido para convertirme en un adolescente nervioso.

Al final Rocío me lo ha puesto fácil. No me ha recriminado mi tardanza y eso me da alguna esperanza de que la noche termine como le prometí por la mañana.

El fuego de nuestros cuerpos y miradas y el no levantar barreras ante mí, consigue que me arriesgue y la bese.

Y ya no puedo parar.

Esos labios van a ser mi perdición, porque es tocarlos y olvidarme del resto del mundo, salvo de su sabor y calidez.

Reacciona a mis besos y caricias y decido dar un paso más. Ella está envuelta en la niebla que están creando mis labios y me deja hacer a mi antojo. Quiero verla retorcerse de placer y gemir, anhelando más.

La deposito en el sofá donde estaba sentada y decido cambiar unos labios por otros. Sin darle tiempo a cambiar de opinión, le bajo los ajustados pantalones y su ropa interior al mismo tiempo, y veo el tesoro que anhelo probar.

Le doy unos segundos por si quiere echarse atrás, pero al ver su mirada enturbiada por el deseo y sus labios abiertos intentando hacer llegar aire a sus pulmones, y continúo con mi asalto.

Ya están resbaladizos y mi lengua los empapan aún más. La degusto a placer, moviendo en círculos la punta de mi lengua sobre su clítoris, lamiendo todos sus pliegues, soplando hasta hacerla erizarse.

Su sabor picante me vuelve loco y no paro hasta conseguir que los gemidos que inundan la pequeña sala sean lo único que escuchen nuestros corazones. Cuando está a punto de romperse, mi lengua decide volverla loca en su centro del placer y no paro para que su éxtasis se prolongue en el tiempo. No me importa si estoy más duro que una roca y a punto de estallar bajo el apretado pantalón. Este momento es sólo para Rocío.

Cuando consigue volver a la realidad, la sonrisa de felicidad que se dibuja en la cara es la mejor de las recompensas. Y esa no tardará en llegar, si la promesa que sale de sus labios la cumple esta noche.

La dejo volver a trabajar y Paco se pasa el resto de la noche conmigo. Veo que su actitud hacia mí ha cambiado. El ver la cara de felicidad en Rocío ha hecho que me gane un aliado en mi plan de que esta mujer deje caer sus defensas y caiga en mis brazos. Y no pienso soltarla en la vida.

Me aconseja que con ella tengo que ser firme y no darle ningún motivo para que se eche atrás.

De él es la idea de sacarla en mis hombros, de no darle oportunidad de rechazarme. Habla con la mole de la entrada y me pide las llaves del coche. Ellos se encargan de todo y yo solo tengo que cogerla y salir del *Eros*.

La sorprende mientras una canción de Queen suena y el estribillo nos viene que ni pintado al dedo.

Somebody (somebody)

Ooh, somebody (please)

Can anybody find me

Somebody to love?

Yo ya la he encontrado, pero ¿se dará cuenta ella de que también lo está buscando y que lo ha encontrado?

Ella intenta zafarse contorsionándose lo poco que la postura le permite y me doy el gusto de darle un azote un poco más fuerte de lo normal, indicándole que el que manda soy yo y que no tiene nada que hacer.

En la entrada del *Eros* ya está mi coche y la dejo en el asiento del copiloto mientras corro a meterme dentro y que no le dé tiempo a salir. Conduzco con cuidado sin dejar de observarla por el rabillo del ojo. Se ha pasado todo el camino en silencio y ahora no sé si le habrá sentado bien que la haya sacado de esa manera.

No hay tráfico y en menos de diez minutos estamos entrando en su calle y a unos 100 metros de su casa encuentro un sitio. Doy gracias a los hados que se han puesto de mi parte, pues esta zona es complicada de narices para encontrar aparcamiento.

Saco la llave del contacto y me giro para poder contemplarla a gusto. Me la como con la mirada y noto cómo se está conteniendo, hasta que se acerca a mi cara y susurra con la voz enronquecida.

—Si tanta prisa tenías para que estuviéramos juntos, solo tenías que pedírmelo.

—Pues coge tus cosas y vamos a tu casa. Este no es el mejor sitio para todo lo que voy a hacerte.

Salgo del coche y cuando voy a su encuentro le abrocho el anorak que lleva y no puede resistirme a volver a probar sus labios. Solo quiero probarlos un momento antes de poder disfrutarlos en su casa, pero ella no tiene las mismas intenciones. Torna el beso hambriento, una lucha de espadas entre nuestras lenguas en la que no hay ningún perdedor, salvo nuestra cordura.

Entre jadeos y gemidos rompo el beso y tiro de ella hacia su portal. El dolor de mi entrepierna ya casi es inaguantable y necesito acariciar su cuerpo con el mío, inundar su sexo con el mío, llenarla de tal manera que no tenga dudas de que soy para ella como ella es para mí. Le quito las llaves que lleva en el bolso y como un troglodita la vuelvo a coger sobre mi hombro y no espero al ascensor, sino que subo las escaleras como un demente. Abro la puerta de su casa y noto que está helada, y ni con esas se baja el calentón que esta mujer provoca en mí.

—¿El dormitorio? —pregunto ansioso por llegar a su habitación y dejarla en la cama.

—La única puerta que está cerrada —jadea mientras la alzo sobre mi hombro y su cabeza choca contra mi trasero.

La abro haciendo malabares y la intento depositar en el suelo, pero Rocío tiene otros planes. Se ha agarrado al bolsillo de mi pantalón y está tirando hacia abajo de él, lo que hace que pierda el

equilibrio y acabemos los dos tirados encima de su cama.

Riendo salta como puede de la cama y se acerca a un pequeño radiador para encenderlo.

—Creo que nos ayudará a entrar en calor.

Se acerca a la cama y con movimientos sensuales empieza a desabrocharse el abrigo. Salto de la cama y también me quito la cazadora que llevo puesta.

Mi mirada va hacia sus pechos que se yerguen inhiestos tras la camiseta, ya no sé si por el frío que hace en su cuarto o por la excitación del momento, pero parecen dos puntas de flecha que apuntan directamente a mi entrepierna.

Sin dejar de mirarme sigue quitándose prendas hasta quedarse en ropa interior. Yo me he quedado embobado siguiendo cada uno de sus sensuales movimientos, acariciando con mi mirada cada una de las curvas que me va mostrando.

No tiene el cuerpo de una modelo.

No.

Tiene un cuerpo hecho para pecar. Con pechos a los que atormentar durante horas, una cintura y unas caderas a la que agarrarse y nunca soltar y unas piernas para que rodeen mi cuerpo y no lo abandonen.

¡Joder!

Es mejor que en mis sueños y la tengo toda para mí.

Mis ojos siguen devorándola y con movimientos algo torpes y rápidos me quedo en calzoncillos, que lo único que hacen es delatar mi creciente excitación.

Rocío me come con la mirada y se relame como un gato ante un plato de leche. Muerde su labio inferior con deseo y provoca que mi entrepierna se remueva inquieta.

Ha llegado la hora de cumplir con mi promesa.

Capítulo 15

Rocío



Miguel ha estado llevando el mando toda la noche y creo que va siendo hora de que sea yo quien lo tome ahora.

Me ha dejado impactada con la manera de traerme a casa. Nunca le creí capaz de sacarme como un saco de patatas y menos aún, que eso llegara a excitarme de la manera que ha hecho.

Ese lado oscuro y salvaje me ha puesto como una moto y estoy deseando descubrir qué más esconde el objeto de mi deseo.

Le he dejado un poco descolocado cuando he empezado a desnudarme, pero ver su mirada hambrienta y lujuriosa, me ha espoleado para moverme con más sensualidad.

Hasta ahora las miradas de mis parejas de cama eran apreciativas, pero nunca con el ansia y deseo que veo en la de Miguel. Me hace sentir poderosa, deseada y algo más que aún no consigo descifrar.

No sé si es el radiador o el calor que desprenden nuestros cuerpos, pero pequeñas gotas de sudor empiezan a recorrer nuestras pieles, y aún no nos hemos tocado. Nos vamos a consumir por combustión instantánea y solo nos hemos mirado.

Muerdo mi labio retrasando el momento porque ver a Miguel solo con unos calzoncillos, es todo un espectáculo. Su pectoral casi no lo podré abarcar con mis manos y su abdomen no es del todo una tableta de chocolate, pero sí tiene sus músculos lo suficientemente marcados como para poder ser recorridos por mi lengua en cada uno de sus montículos.

Este momento es un sueño hecho realidad. Tener a Miguel en mi cuarto, casi desnudo y comiéndome con la mirada, prometiéndome con sus ojos que no va a dejar un centímetro de mi cuerpo sin explorar, está volviendo de gelatina mis huesos.

Como si leyera mi mente, Miguel se acerca y me abraza pegando su torso al mío y su erección a

mi vientre, evitando que haga el mayor de los ridículos si cayese al suelo. Pero no solo me siento sostenida ahora, sino que sus brazos y su mirada me prometen que nunca me van a soltar y dejar que caiga, que siempre estará ahí y no volveré a sentirme sola.

¿Cómo una simple mirada y el roce de la piel pueden transmitir tanto?

¿Cómo puede derribar todas mis defensas en solo un segundo?

¿Cómo he podido ser tan estúpida y haberme negado esto todos estos años?

Es lo último que consigo hilar en mi mente, pues cuando sus labios rozan los míos, todo pensamiento coherente sale por la ventana y solo consigo sentir.

Sus labios son exigentes, duros, abrasadores. Ya no es el hombre tierno que me ha robado el corazón y los sentidos. Ahora reclama una entrega total, una respuesta que no soy capaz de negar.

Mientras saquea mi boca, sus manos recorren mi cuerpo a su antojo y en pocos segundos se deshace de las prendas que aún acariciaban nuestras pieles. Ya no hay nada que nos separe y la anticipación por lo que voy a sentir recorre cada centímetro de mi piel.

Me tumba en la cama y se acomoda entre mis piernas que se abren más que gustosas para sentir cómo acaricia mis más que mojados labios. Rozo su costado y un jadeo brota de sus labios haciendo que se separen de los míos.

—No sigas, peque o acabaré antes de empezar. Llevo toda la noche conteniéndome y no me lo estás poniendo fácil.

Por lo visto, no soy la única que está al borde del precipicio.

—Quédate quieta —coge mis manos y las sube hasta que rozan el cabecero. —No las bajas por mucho que quieras y la recompensa será... Mejor me lo dices tú después.

Sus labios recorren mi cuerpo dejando un reguero de fuego allí por donde tocan: mis mejillas, mi cuello, la delicada piel de mi lóbulo, para volver a bajar por el cuello. Se demora un rato adorando el triángulo que forman mis clavículas y finalmente llega a mis pechos. Allí se da un banquete y yo solo puedo agarrarme como puedo a las sábanas y no acariciarle como mi cuerpo me grita.

Los minutos parecen horas y segundos al mismo tiempo, mientras yo me hundo en un orgasmo que, sin saberlo, será el primero de varios durante la noche. Nunca un hombre ha sido tan generoso y tan diestro que con solo sus labios en mis pechos haya conseguido que me corriera con tanta virulencia.

No se queda contento y baja por mi estómago, mientras sus dedos siguen castigando mis hinchados pechos. La punta de su lengua se mueve haciendo dibujos por mi piel, prolongando mi orgasmo.

Se para y me mira y sospecho que está sopesando su siguiente movimiento. Yo estoy desesperada por sentirle completamente y le suplico que no me torture más.

Parece apiadarse de mí y poniéndose al alcance de mis labios, me coge por una nalga y entra con contundencia.

Yo ya no puedo cumplir con su petición y enrosco mis piernas en su cadera mientras mis manos vuelan por su espalda, desesperada por hacerle sentir mínimamente lo que él está provocando en mí.

Las llamas que ha ido generando se han convertido en un fuego incontrolable: cada parte de él que toco quema y lo mismo debe pasarle a él. Su boca arrasa la mía y su cadera entra y sale de mí con contundencia haciendo que nuestros cuerpos estén brillantes y sudorosos.

Tengo que recuperar algo el control y hacer que sea él el que lo pierda, así que sin que lo espere, nos giramos y le dejo debajo de mí. No le doy opción a que vuelva a tomar las riendas y empiezo a elevarme y a bajar por su miembro con una torturante lentitud que, aunque le martirice a él, yo también lo sufro.

Ver sus rasgos recorridos por el placer y que sea yo la que se lo está dando es un punto extra para el mío propio. Aumento el ritmo de mis movimientos y él se agarra con fuerza a mi trasero, dándome un azote que, aunque provoca un poco de picor, lo que hace es animarme a cabalgarle con mayor ímpetu y que vuelva a llegar a un segundo orgasmo.

Me alza y es él el que comienza con un desquiciante movimiento de pelvis, que me hace gritar de placer. Se incorpora y me eleva y baja por su polla mientras devora mis pechos.

¡Dios!

¿Es que este hombre es una máquina del sexo? Cualquier otro, a estas alturas se hubiera corrido, sin embargo, él parece que acaba de empezar.

Me abrazo a su cuello y acaricio su pelo intentando llenar mis pulmones con aire, aferrándome a él como si fuera el salvavidas para un naufrago, pero él no me da tregua. Sus labios y dientes torturan mis pechos y sus manos se aferran a mis caderas y me eleva como si fuera una muñequita.

Oleadas de placer siguen recorriendo mi cuerpo y noto cómo Miguel intenta contenerse, ralentizando sus movimientos.

—Déjate llevar y vuela conmigo —le pido besando suavemente sus labios.

Me mira con pasión y transforma el beso en una danza de lenguas y labios. Pierde el control y, como le he pedido, se deja llevar. Nuestros movimientos son frenéticos y finalmente él con un gruñido y yo con un gemido, nos abandonamos a un demoledor orgasmo.

Me dejo caer sobre él agotada y completamente satisfecha. Me duelen hasta las pestañas de, puedo decirlo ya, la mejor sesión de sexo de mi vida. No sé si es por lo magnífico que es Miguel en la cama o si es porque es la primera vez que no follo, sino que hago el amor y he entregado mi corazón en cada uno de mis besos, de mis caricias, de mis movimientos, pero me siento plena.

Se tumba en el colchón y me lleva con él, tapándonos con el edredón. Nuestras respiraciones poco a poco recuperan su normalidad y con una sonrisa en la cara, me quedo dormida.

Me despierto varias horas después, pues la luz de la mañana entra a raudales por la ventana. Él también se ha quedado dormido y me tiene abrazada como si temiese que me fuese a escapar.

Ahora puedo observarle sin temor a ser descubierta. Densas pestañas me ocultan sus ojos negros y el comienzo de una barba empieza a negrear sus mejillas y mentón. Sus labios ya no están hinchados por los besos compartidos. Son adictivos y excitantes y sabe usarlos con una maestría tal, que hace que me olvide de todo lo que ocurre a mi alrededor. Me llaman como una sirena a un navegante, pero me resisto para no despertarle y vuelvo a apoyar mi cabeza en su pecho.

Poco a poco su respiración va cambiando, ya no es tan profunda, y poco después sus párpados se abren, y al verme, una sonrisa se instala en su cara.

—Buenos días, peque —dice con voz ronca.

—Ummm —no me apetece hablar, solo quedarme entre sus brazos, calentita por el calor que expide su piel.

—¿Eres de esas personas que no hablan cuando se despiertan?

—Ummm.

—¿Sólo sabes decir eso? —una risa reverbera en su pecho.

—Ummm.

Ahora sí que se ríe con ganas, pero no me importa. Esta sensación de paz y lasitud es maravillosa. Son pocas las ocasiones que las he sentido y nunca la he compartido con nadie. Con Miguel están sucediendo muchas primeras veces y todas ellas están siendo maravillosas.

Mi mente se queda colgada pensando en lo mismo.

¿Primera vez? ¿Primera vez?

Me incorporo asustada y Miguel deja de reír.

—No hemos usado protección —susurro con voz temblorosa.

—Yo estoy sano y espero que tú también —coje mi cara entre sus manos y con sus pulgares me acaricia lentamente intentando calmarme. —Ha sido un despiste y no volverá a ocurrir. Pero si te quedas más tranquila, nos vamos ahora al hospital y pedimos la pastilla del día después.

Me pierdo en sus oscuros ojos y veo sinceridad en ellos. Medito sus palabras unos segundos e intento recordar qué día me tiene que venir la regla.

—Tiene que bajarme en un par de días, así que casi no hay opciones de que me quede embarazada —me encuentro azorada por hablar de posibles bebés.

—Entonces no es problema —me dice tranquilizador. Me abraza fuerte a él y empieza a acariciarme para aquietar mi inquietud.

Nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Todo está yendo muy rápido, sin embargo, lo siento como correcto, como si todas las piezas del puzle que es mi vida empezasen a encajar.

Capítulo 16

Miguel



Cuando Rocío me ha hecho ver que lo habíamos hecho sin protección, mi corazón ha dado un brinco. No me he sentido asustado, al contrario, la imagen de un bebé mío en los brazos de Rocío ha pasado por mi cabeza y me ha gustado. Pero ella sí que parece temerosa.

Le doy la opción de pararlo todo, pero en el fondo de mi corazón espero que no quiera. Ni lo acepta ni lo rechaza, lo deja pasar y pienso que, ojalá, se haya equivocado en sus cuentas. No insisto más con el tema y la abrazo, reconfortándola.

Las últimas 48 horas han sido de acoso y derribo de sus barreras y no quiero que se sienta presionada y todo lo que hemos avanzado no sirva para nada. Poco a poco sus músculos se destensan y vuelve a relajarse.

—Sabes, al final tenías razón. El que no me dejases tocarte ha hecho que sintiera todas y cada una de tus caricias, de tus besos. La recompensa ha sido perfecta —mientras aumenta mi ego con sus palabras, se dedica a acariciar levemente mi pecho, y provocan que vuelvan a despertar con fuerza mis ganas de entrar en ella de nuevo.

Mi pene empieza a crecer y roza el interior de sus muslos. Levanta su cabeza y su mirada es pícara. Se mueve lentamente acariciándola, incitándola. Está jugando con fuego y ambos nos vamos a quemar.

La tumbo sobre el colchón y ahora soy yo el que se mueve juguetón sobre su sexo, rozando sus labios pero sin adentrarme en ellos. Doy gracias a Dios por haber puesto en mi camino una mujer que despierta todos mis deseos y que responde en igual medida, pues no tarda en humedecerse.

Me levanto y la cojo en brazos. Ella, al ver mis intenciones, me dice que busque debajo de la almohada, que no podemos tentar de nuevo a la suerte. Me la vuelvo a cargar en el hombro como hace unas horas, y haciendo malabares tanteo debajo de la almohada hasta encontrar un par de paquetitos.

—Le has cogido gusto a esta forma de cogerme —se ríe mientras intenta pellizcarme el culo.

—Estate quieta o nos caeremos los dos —le doy una cachetada que provoca un gemido más de placer que de dolor. Veo como se ha quedado la marca de mi mano en ese culo y me encantaría volverlo sonrosado, pero no sé si Rocío me lo permitirá. Es algo que iré descubriendo poco a poco.

Entro en el pequeño baño y la dejo sobre el retrete. Voy a la pequeña ducha y abro el grifo. Me giro para volver a abrazarla, pero me sorprende estando de rodillas frente a mí, relamiendo sus labios.

Acoge entre sus labios a mi necesitada polla y comienza un baile entre su lengua y sus labios por toda su longitud. Tengo que agarrarme a la pared por la impresión y por las oleadas de placer que me recorren desde la punta de mi sexo a todas y cada una de mis terminaciones nerviosas.

Ver su boca engulléndome entero hace que casi me corra, pero aprieto los dientes y aguanto, igual que ha hecho ella en nuestros encuentros. Sus ojos libidinosos prenden los míos y están llenos de promesas.

Es la cosa más hermosa que he visto, lujuria en estado puro y toda ella solo para mí, solo para nuestro propio placer. Cuando estoy a punto de llegar al punto de no retorno, la tomo de los brazos y la elevo para saborear mi propio sabor en sus labios. Aún tengo agarrados en una mano los condones que cogí antes, e intento abrir uno, pero estoy temblando y no atino a romper el plástico.

Sin dejar de besarme, me quita de las manos el paquetito y lo saca con facilidad. Lo pone en la punta y se separa un poco. Me mira a los ojos y con la respiración entrecortada, va bajando lentamente sus dedos hasta desenrollarlo completamente.

Entro de espaldas en la ducha y ella me sigue. El agua resbala por mi espalda y el vapor nos rodea. Ahora es mi ocasión de adorarla y dejarla al borde del precipicio. Me giro y la aprisiono entre mi cuerpo y la pared y dejo que mis manos vuelen por su cuerpo tejiendo hilos de placer allí por donde tocan.

No la beso, pero nuestros alientos se entremezclan, nuestros ojos se encadenan y consigo que vaya estremeciéndose con mis caricias. Al llegar a su clítoris este ya está hinchado y su sexo húmedo y ávido de mí. Meto un dedo y hago círculos en su interior. Su boca se abre y jadea, y se aferra a mis hombros.

Prosigo con movimientos premeditadamente lentos provocando su placer, que es el mío también, pues mi polla cada vez está más dura y reclama que su humedad la bañe. Ahora son dos los dedos que bailan en su interior mientras el pulgar juega con su clítoris.

Sus gemidos y su errática respiración junto con el estremecimiento que la recorre de pies a cabeza es una victoria para mí. Sus paredes empiezan a contraerse y con un movimiento veloz, saco mis dedos, la alzo sobre mi polla y la empalo.

Se desata el caos entre los dos. Nos besamos, me clava sus uñas en la espalda, mientras es mi sexo el que se clava una y otra vez en ella. No voy a poder aguantar mucho y ella tampoco. Grita en mi boca cuando el orgasmo la arrasa y yo la sigo poco después.

Boqueo en busca de oxígeno y poco a poco la voy dejando apoyada en el suelo. Esta mujer es mi perdición, porque da lo mismo lo que haga que ya me tiene a sus pies. No me importa haber caído bajo su embrujo. Ahora tengo que conseguir que sea ella la que caiga bajo el mío.

Dejo un reguero de livianos besos por su cuello hasta llegar a sus labios. Solo quiero disfrutar de esa boca que se ha convertido en uno de mis placeres favoritos. El beso es lento, húmedo, abrasador.

Sin dejar esos labios que me vuelven loco, busco a tientas el gel ya que no me resisto en enjabonarla y acariciar todos y cada uno de los rincones de su cuerpo. Quiero que se deshaga en orgasmos, que anhele todas las partes de mi cuerpo, que se encadene a mí, que me entregue su corazón como yo se lo entrego a ella.

Después de una ducha larga, muy larga, en la que la he vuelto loca y saciada, la seco con mimo, casi con adoración y ella se deja hacer, pues está agotada. La dejo en la cama y me pongo la ropa.

Es salir de la habitación en busca del desayuno y quedarme congelado. En la habitación y luego en la ducha se está calentito, pero el resto del apartamento es una nevera.

Miro sorprendido los escasos muebles y la nula decoración navideña. Es como si nadie viviese en ella. La cocina, al menos está surtida de comida y preparo unos sándwiches, porque tampoco es que sepa cocinar.

Llevo todo a la habitación y me quedo embobado mirándola mientras duerme de nuevo. Los rizos enmarcan su cara y vista así parece casi una niña, no una mujer con todas las letras de la palabra. Sus pestañas hacen destacar las pecas que tiene en la nariz y en los pómulos y sus labios, hinchados después de tantos besos, me llaman como el canto de una sirena.

Le toco suavemente el muslo y me mira con ojos somnolientos.

—Sé que me prometiste que no descansaría, pero en serio, si no duermo algo mañana no seré capaz de hacer nada en el trabajo.

—Come algo y luego te propongo un cambio.

Me mira interrogante y luego a la bandeja que he dejado a los pies de la cama. Decide hacerme caso y comemos en silencio los sándwiches.

—Tu dirás qué quieres proponerme —se sienta a lo indio y me mira expectante.

—No te lo tomes a mal, pero aunque me encanta tu habitación, el resto de la casa está, digamos, ...

—¿Congelada? ¿Como si estuvieras en el polo norte? Lo sé, pero con lo que ha subido la luz, o pago el alquiler o la calefacción. Así que prefiero tener un techo. El frío lo combato con ropa.

—Tú que la tienes, pero yo no. Así que lo que te propongo es que cojas lo que te vayas a poner mañana, te vengas a mi casa y pasemos el resto del día allí, calentitos —le digo con voz ronca.

Parpadea confusa y cuando parece que va a replicarme, le doy nuevas razones para venirse a mi casa.

—Mañana te prometo un buen desayuno, una ducha conjunta y que puedas dormir un poco más, pero no por ese orden.

—Si le añades una sesión de cine, soy toda tuya. No puedo negarme a pasar una noche calentita —dice juguetona— y menos si es en tu compañía.

Ahora el noqueado soy yo. ¿Dónde está la Rocío que conozco? Esta nueva versión resuelta y sin miedos a saltar al vacío me está dejando loco.

—Hecho. Ya no te puedes echar atrás —consigo decir para que no vea cómo me ha dejado.

Salta de la cama desnuda y va al armario, donde elige unos vaqueros, un jersey de cuello alto y botas. Las deja encima de la cama y vuelve a buscar un vestido de punto. Va a la cómoda y coje un conjunto de ropa interior y unas medias tupidas.

Yo estoy atontado viéndola moverse desnuda por la habitación totalmente desinhibida. La boca se me reseca cuando empieza a vestirse. No lleva ropa interior.

—Cierra la boca, Miguel. Los dos sabemos que no me va a durar mucho rato puesta —me guiña un ojo y termina por romperme totalmente los esquemas. —Mientras recojo esto un poco, coje unos condones del cajón superior de la mesita de noche. Más vale prevenir que curar.

Como un autómata la obedezco. No pensaba que me podía asombrar más.

Craso error.

Al abrir el cajón me encuentro con una caja de condones y con varios juguetes. Un succionador, un vibrador, unas esposas, lubricante... Se me reseca la garganta pensando en el uso que podemos hacer juntos. No me lo pienso y cojo todo.

Mientras hace la cama, meto todos los juguetes en la bolsa donde ha metido su ropa y pongo cara de inocente.

Cinco minutos después estamos saliendo de su casa y nos metemos en mi coche. Conduzco con cuidado porque esta zona está llena de gente que va a divertirse a las Mágicas Navidades de nuestra ciudad.

—¿Te apetece que vayamos una tarde? —me mira sin comprender qué le estoy preguntando. — A las navidades de aquí.

—Te soy sincera. Nunca he estado.

¿Va a seguir asombrándome a cada instante? ¿Cómo es posible que no haya ido en su vida?

—¿Y eso? —pregunto intrigado.

—Los primeros años no me llamó la atención. Luego murieron mis padres y no tenía ganas de conocerlo.

—Pero, podías ir con tus amigos.

—Ya. Pero los perdí, como pasó con mis padres —la tristeza y la añoranza se ha instalado en ella.

Ahora entiendo muchas cosas. Pero ahora estoy con ella. Y me prometo a mí mismo que voy a conseguir que no se vuelva a sentir sola.

Capítulo 17

Rocío



Sé que Miguel se ha impactado con mis palabras. No es que sea como el Grinch, que odia la Navidad. Es que esta época se me hace muy cuesta arriba estando sola.

—Yo adoraba la Navidad —empiezo a abrir mi corazón a Miguel. —Todos los años la esperaba con ansia, porque, junto a las vacaciones y los regalos, eran días en los que mis padres estaban especialmente contentos y felices. Los villancicos sonaban a todas horas y la casa olía a galletas o a bizcocho —no puedo mirarle a la cara porque no puedo ni quiero ver su compasión por la pobre huérfana. —Las últimas que pasamos juntos me convencieron para ir a las fiestas, pero mi padre pilló una gripe y no pudimos ir al final. Luego mi madre enfermó y en apenas tres meses murió, y unos meses después fue mi padre el que me dejó. No pudo aguantar su vida sin ella y yo dejé la mía por cuidarles. Perdí a mis amigos, no fui a la universidad y maduré en muy poco tiempo, el justo para saber que tenía que trabajar en lo que fuera si quería tener un techo donde dormir y comida que llevar a la boca —su mano se ha posado en mi rodilla y me la aprieta. Me atrevo a mirarle y solo veo a alguien que no me está juzgando y que deja que abra mi corazón. — Ese año no tenía ganas ni tiempo para celebrarlas. Y luego, ya no me apetecía. Estaba sola y no tenía con quién celebrarla. Solo me trae tristeza por lo que perdí. Pero como pudiste comprobar, me permito un día al año en el que rememoro lo que hacíamos todos y cada uno de los años. Es lo único que me permito hacer en las navidades.

El silencio se adueña del coche. No es incómodo, al contrario, para mí ha sido liberador. Salvo Paco, no he tenido a nadie a quien contar lo triste y solitaria que es mi vida.

Hasta ahora.

Llegamos a una de las zonas residenciales de Torrejón y Miguel dirige el coche hacia el garaje de un edificio de cuatro alturas. Cogemos el ascensor y, cómo no, nos dirigimos al ático.

Cuando abre la puerta de su casa, el calor nos da la bienvenida. Su casa es muy acogedora: un

salón con unos sofás que invitan a sentarse con un buen libro o a ver la gigantesca televisión, es lo primero que veo. Me fijo que en una esquina hay un gran árbol de Navidad y en una mesita baja un nacimiento. En el lado contrario hay una mesa de comedor para seis personas y que está al lado de una cocina equipada con todo tipo de electrodomésticos y que parecen no haber sido usados nunca. Al fondo hay tres puertas y tal y como me muestra una da un despacho, la otra a un dormitorio y la última a un baño completo. Al lado de la cocina hay unas escaleras que dan al piso superior donde está su dormitorio con un baño incorporado y una enorme terraza.

Dejamos mis cosas en su habitación y bajamos a la cocina a tomar algo para beber. Con un par de cervezas, me coge de la mano y me lleva al salón.

—Gracias por haberme contado cómo ha sido tu vida hasta ahora. El que tengas la confianza suficiente en mí para abrir tu corazón, es algo muy importante para mí —deja su botellín en la mesita baja que tiene delante de los sofás y coge mi cara con ambas manos. —Sé que es una putada que te quedaras sola tan joven. Yo también sé lo que es no tener a los padres. Pero estoy convencido que, tanto los tuyos como los míos, querrían que fuésemos felices. Y tú no lo has sido. Te has quedado anclada en un lugar donde no te pueden hacer daño y tampoco avanzas para salir de él —bajo la mirada porque tiene razón y me avergüenza ser tan cobarde. —Pero ahora estoy aquí. Ya sé que es muy pronto y que ha ido todo muy deprisa, pero ya no estás sola. Solo tienes que coger mi mano y dejarte llevar. No te dejaré caer.

Levanto mi mirada y veo que está completamente serio. Suelto el aire lentamente y me abrazo a él. Miguel me ha hecho ver lo necesitada de cariño que estoy y él me lo está brindando.

Mis ojos se llenan de lágrimas y en silencio caen por mis mejillas. Con ellas se van mis miedos, mi tristeza, mi soledad. No sé qué tiene este hombre, pero ha conseguido en pocos días lo que yo no he logrado en todos estos años.

Volver a creer.

El abrazo dura. Es de los que cierran heridas y te reconfortan, de esos que sanan y pareces una persona nueva.

Me aparto un poco y miro esos ojos a través de las lágrimas que aún siguen brotando de mis ojos.

—Aquí tienes mi mano —susurro aceptando su propuesta y dando un salto de fe.

Me la coge y se recuesta en el sofá apoyando mi cabeza en su pecho. Ya ha quedado todo dicho. Es un pacto entre los dos, algo que nunca pensé que sucedería, pero que ahora me da la vida. Ya no veo tan frío y gris mi futuro, ni tan solitario ni cuadriculado.

Desde que Miguel ha entrado en mi vida, esta se ha llenado de luz y alegría. No sé qué va a pasar dentro de un rato porque no sé por dónde va a salir para asombrarme. Porque lo hace constantemente.

Las sombras han cubierto el salón y solo está iluminado por las luces de las farolas que entran por el ventanal. Como si lo hubiera conjurado, las luces del árbol comienzan a danzar.

—Mañana, vamos a darle un toque festivo a tu apartamento, no es negociable. Tienes que volver a sentir la Navidad y yo voy a enseñártelo de nuevo.

—No vas a desistir, ¿verdad? —levanto la cabeza y miro a sus ojos.

—Ya has dado el primer paso, que es el más difícil. Ahora todo viene rodado —me acaricia la punta de la nariz como si fuera una niña pequeña. —Como te dije, solo tienes que dejarte llevar.

—El nacimiento ya lo tengo. Es de las pocas cosas que conservo de mis padres.

—Genial, pero te falta un árbol —le miro como si estuviera loco, si en mi apartamento casi hay que entrar de costado. —Uno pequeñito que puedas poner en esa mesa de estudio —sonríe ladeadamente y soy incapaz de negarme.

Hasta eso ha conseguido cambiar.

Voy a celebrar la Navidad.

Capítulo 18

Miguel



Hoy está siendo un día de muchas victorias para ambos, aunque Rocío no se lo pueda creer. Me da que piensa que ha ido cediendo en algunas ocasiones, pero la verdad es que ha ganado.

Ha ganado a alguien que la escucha y quiere acompañarla en todo momento. Pero también ha ganado volver a vivir la vida. Ha vencido a esa soledad autoimpuesta y a sus prejuicios sobre el amor.

Y lo que le voy a dar ahora es una muestra de lo que se ha perdido hasta este momento. No fanfarroneaba cuando le dije que este día no la iba a dejar descansar. Y creo que lo he cumplido.

Tanto su cuerpo como su mente están agotados después de un día de tantas emociones, y aún queda esta noche y el amanecer de mañana. Esos serán los primeros, pero no quiero que se quede ahí.

Buscaré la manera de que pase todo su tiempo conmigo, a ser posible en mi casa. Pero si tengo que estar en la suya no me negaré, aunque tengo que encontrar la forma de que vea que no es el mejor sitio para estar juntos.

Pongo la última película de Indiana Jones que ya han subido a una de las plataformas a la que estoy suscrito y le pregunto si quiere palomitas.

—Prefiero seguir así entre tus brazos. Hacía muchos años que no disfrutaba de una película, un sofá y unos abrazos.

Cuando me lo dice, me doy cuenta de que se ha perdido muchas cosas que doy por sentado y que para lo que para mí es algo corriente, para ella es algo novedoso.

Su mano se dedica a acariciar levemente mi pecho y eso va poniéndome cardíaco. No lo hace intencionadamente, no obstante, no puedo evitar reaccionar ante su toque. Le cojo la mano para controlar la situación y así poder darle esta nueva experiencia.

Yo ya había visto la película, por lo que planeo mis próximos pasos. Un baño relajante mientras traen la cena, volver a dejarla loca y dormir algo para que mañana no seamos unos zombis en la oficina. Con todo organizado sigo disfrutando de la película y de tener simplemente a mi lado a Rocío.

Termina la película y cuando le propongo el plan, me mira encantada y sonrío como una niña pequeña. ¡Cómo con tan poco se puede hacer feliz a una persona!

La dejo relajarse y miro entre los distintos folletos de comida a domicilio que tengo en la nevera. No sé por cual decidirme y tras varios minutos, llamo a un japonés. La idea de unirme a Rocío en la bañera ha ido ganando puntos según me la he imaginado desnuda con gotas de agua recorriendo su piel y que me gustaría ser yo, así que es más que probable que la cena se quede fría, y la japonesa no necesita que la comamos según la traigan.

Veinte minutos después ya he dejado la comida en la cocina y corro hacia mi habitación mientras voy quitándome la ropa intentando no caerme. Cuando entro en el baño ya estoy desnudo y me encuentro con la imagen de Rocío con los ojos cerrados y completamente relajada.

Ha debido oírme porque abre lentamente los ojos, me sonrío y se echa hacia delante para dejarme sitio a su espalda. No me lo pienso dos veces y me coloco tras ella. En cuanto mi espalda toca la bañera se recuesta sobre mi pecho y enlaza sus manos con las mías, rodeando su cuerpo.

—¿Sabes? No eres para nada como te había imaginado.

—¿Y cómo me habías imaginado? —pregunto intrigado mientras mi pulgar acaricia su abdomen.

—No sé, ¿chico de un polvo y después, si te he visto no me acuerdo? —gira su cabeza hasta que su mirada se clava en la mía. —Nunca nadie ha tenido tanta paciencia ni ha sido tan perseverante conmigo. Nadie se ha preocupado en saber nada sobre mí, ni en hacerme ver que podía tener más que con lo que me había conformado —suelta mi mano y delinea suavemente mi mentón. —Nadie se había ganado mi confianza. Y todo eso lo has conseguido en solo unas semanas.

Su sinceridad me abruma y consigue desarmarme. Las ganas de hundirme en ella se han transformado en necesidad urgente de abrazarla y hacerla sentir querida.

Muevo mi cabeza y deposito un beso en la palma de la mano que me está acariciando. Soy incapaz de hablar en este momento y trago con dificultad esa bola de sentimientos que se ha quedado trabada en mi garganta.

No me había imaginado que esas palabras pudieran significar tanto para mí. Desde que fallecieron mis padres, todo mi mundo había girado alrededor de mi trabajo y el legado de mi padre, preocupado porque la empresa creciese y que la gente que trabaja para nosotros y sus familias siguiesen teniendo una tranquilidad y estabilidad en sus vidas. Pero ahora, desde que Rocío ha entrado en mi vida, mi mayor preocupación es que sea feliz y que yo sea quien se la proporcione. Y el haberme ganado su confianza, es la mayor responsabilidad a la que me puedo enfrentar ahora, porque sé lo difícil que es para Rocío entregársela a alguien.

Parpadeo rápido para evitar las lágrimas que se están formando, pero Rocío lo ve y me acaricia suavemente. La abrazo en silencio varios minutos y, cuando consigo controlarme de nuevo, me levanto y la alzo para sacarla de la bañera sin que se resbale. Cojo una de las toallas y voy secándola con cuidado y mimo y Rocío se deja hacer. Luego cojo una de mis camisetas y se la doy mientras bajo a por la cena.

Sé que le había prometido un fin de semana de sexo salvaje y loco, pero estoy convencido de que ella ahora apreciará más un abrazo y cariño, nuestras pieles rozándose, pero sin ningún matiz

sexual. Lo que necesitamos ahora es unirnos como pareja.

Me dedico a darle de cenar y la siento sonreír como una niña pequeña la noche de Reyes. No sabe qué más va a sucederle, pero lo espera ansiosa y feliz.

Dejo los envases de la cena en el suelo y me dedico toda la noche a tenerla abrazada. El simple roce de su piel, aunque me excita sobremanera, consigue que sea consciente de que por primera vez en años tengo a mi alcance ser feliz y solamente lo consigo con la mujer que duerme confiada en mis brazos.

El despertar me saca una sonrisa que no se va a eliminar todo el día. Ver el rostro de hadita con sus pecas rodeando sus pómulos y nariz y sus ojos brillantes cuando los abre, se va a convertir en el mayor de mis placeres.

La ducha, aunque quería portarme como un caballero al final se nos ha ido de las manos, pero no voy a negar que ha sido la manera más caliente de empezar la mañana.

Sabemos que vamos a dar de qué hablar cuando vuelvan a vernos llegar juntos a la empresa, pero después de este fin de semana, por mí pueden decir misa. No lo cambio por nada.

Cuando llegamos a la empresa, Pilar me está esperando y cuando ve que Rocío me acompaña, le cambia la cara por un segundo. Muda de parecer compungida a una expresión de inquina para tornar de nuevo y simular arrepentimiento. Porque es eso lo que hace, simular.

—No digas nada que pueda empeorar lo que hiciste el viernes. Ve inmediatamente a ver a Luis.

Soy frío y seco y no le doy opción a que diga ninguna palabra. No quiero volver a encontrármela en la vida y no quiero que esté cerca de Rocío nunca más.

Intento que Pilar no emponzoñe lo bien que ha empezado el día y en cuanto llegamos a mi despacho, tiro de Rocío, cierro la puerta y la beso hasta que los dos estamos jadeantes y a punto de pasar la línea de no retorno.

—¿Cómo sabías que era esto lo que necesitaba? —pregunta sobre mis labios.

—Porque yo también lo necesitaba.

Nos quedamos un rato abrazados, simplemente sintiendo al otro. Sin tener que decirnos nada, cada uno va a su mesa y empezamos a trabajar. A lo largo de la mañana no dejamos de lanzarnos miradas cargadas de deseo.

—¿Sabes? Ayer nos quedamos sin usar lo que cogiste en mi casa —dice como si tal cosa mientras me deja un informe que le había pedido.

Parpadeo aturdido porque no creía que me hubiese pillado y quería ser yo el que se lo hubiese propuesto. Miro el reloj, pero aún quedan unas cuantas horas hasta que podamos salir.

—Eres una bruja, ¡mira que decírmelo justamente ahora! —contesto frustrado mientras me remuevo en el asiento porque solo de imaginarme jugando con ella, mi polla se ha convertido en piedra.

—¡Cómo si no lo hubieras pensado tú! —me guiña el ojo mirando hacia mi entrepierna.

No puedo contestarle, pues entra mi tío. Se nos queda mirando a uno a otro y sonríe con socarronería.

—Ahora comprendo que no durmieras el viernes —Rocío comienza a enrojecer. —Necesito que dejes todo y te pongas a revisar estos expedientes.

Deja varias carpetas en mi mesa.

—Rocío, cierra la puerta por favor —le pide mi tío y al momento se aleja para dejarnos solos.

—Quédate, por favor. Creo que nos puedes ayudar —miro a mi tío y tras unos segundos, accede.

Comienza contándonos que ya ha despedido a Pilar, no solo por cómo se comportó en la cena de la empresa, sino también por incumplimiento de sus obligaciones laborales. Le ha mostrado multitud de correos en los que se le pedían diversos trabajos y cómo se los reenviaba a Rocío, que era la que finalmente los hacía.

—No le ha quedado más remedio que reconocer que no había hecho ninguno de ellos. Para evitar problemas, lo he tramitado como un despido improcedente, pero con la indemnización mínima que le corresponde. Le he dicho que mantenga la boca cerrada o entonces el despido sería procedente, con todo lo que conlleva.

—¿Crees que nos dará problemas? —pregunto extrañado por lo indulgente que ha sido.

—Espero que no, porque de lo contrario, iré a por ella por su incompetencia y mal hacer en su puesto de trabajo. Pero eso no me preocupa ahora —nos mira y hace lo mismo con los expedientes. —Aquí están todos los trabajadores que ha ido contratando Reme a lo largo de los años sin que yo le diese el visto bueno.

Voy abriendo cada uno de ellos y descubro que algunos están en el departamento de contabilidad y ahí saltan mis alarmas. Se los paso a Rocío que se queda mirándolos detenidamente.

—Quiero que reviséis principalmente sus contratos y, con mucho detenimiento, sus nóminas. Creo que ahí puede haber algún tipo de fraude. De sus correos y su trabajo ya se está encargando el Jefe de IT.

—Pero ellos solos no pueden hacer nada. Necesitan del permiso y firma del director financiero —apostilla Rocío. —Sin su visto bueno, no se pueden realizar los pagos.

Miro a mi tío y está sopesando lo que le acaba de explicar Rocío. En eso no habíamos caído el sábado. Solo quedamos en ver quiénes eran las personas que había contratado Reme sin preguntarnos previamente.

—Esto es más extenso de lo que creíamos al principio. Juan es muy amigo de Reme, si me entendéis. ¡Joder! —exclama furioso.

—¿Puede darnos toda la información de Reme y Juan? Mejor en papel, para no dejar ningún tipo de rastro —solicita Rocío. —Esta noche podemos revisar todo y mañana ir directos a lo que nos interese.

—Es como Tere, ¿verdad? —pregunta con admiración.

—No sabes cómo. Es muy buena haciendo su trabajo y sé que en esto se dejará la piel.

—Muy bien. Confío en tu criterio.

—Solo una cosa. Ahora que estamos los tres, creo que es mejor dejar las cosas claras —miro a Rocío y le cojo la mano. —Estamos comenzando algo y no quiero malentendidos.

—Me alegro mucho, chico. Ya iba siendo hora.

Rocío se ha quedado sin habla y me mira asustada.

—Siéntate pequeña, que parece que te va a dar algo —la cojo y se deja llevar hasta una de las sillas que hay delante de mi escritorio. Me pongo en cuclillas y le cojo la cara para que solamente

me mire a mí. —No se lo he comentado al jefe, se lo he dicho a mi tío —abre los ojos como platos ante mi confesión— que, cuando ha entrado, se ha dado cuenta de que hay algo entre nosotros.

—Entonces, tú también eres dueño de la empresa. Eres...

—...el otro socio mayoritario, sí. Y nadie más lo sabe, y así debe seguir.

Me mira confundida pero no dice nada.

—Os dejo a solas. Llámame si encontráis algo —me aprieta el hombro. —Bienvenida a la familia, Rocío.

Nos deja a solas y cierra la puerta con cuidado. Dejo que procese toda la información de los últimos minutos.

—Cuando empecé a trabajar aquí no quería que me miraran como si no me mereciera el puesto. Había estudiado mucho y mi tío me había tenido al tanto de todo lo que se hacía en la empresa para que nada me viniera de nuevas —Rocío estaba atenta a todas y cada una de mis palabras. — Como no tenía los mismos apellidos de mi tío y al ser los míos tan comunes, no sospecharon nada ni ataron cabos pensando en mi padre. Además, me mantuve bastante distanciado de mi tío y no dejamos ver el tipo de relación que nos une.

—Eso te ha permitido poder conocer a todos sin la presión de ser su jefe, ¿verdad? —es muy lista, porque ha deducido otro de los motivos para no decir quién era realmente.

—Sí. Todos han sido más libres de mostrarme sus verdaderos pensamientos.

—¿Y por qué me lo cuentas? Solo llevo trabajando contigo ¿cuánto? ¿dos semanas?

—No es el tiempo que llevemos trabajando juntos. Quería que me conocieras a mí y no a lo que seré en un futuro próximo. Eso te hubiera alejado de mí. Además, tú has confiado en mí y yo hago lo mismo. Tú me has contado tus mayores temores y yo te cuento mi mayor secreto. Con lo que acabas de descubrir podrías retrasar mucho nuestros planes si lo cuentas a la persona equivocada.

—Sabes que no haría eso.

—Lo sé y por eso confío en ti. No solo como empleada de *Dealio* sino como mi pareja.

—¿Somos pareja? —pregunta asombrada en un susurro.

—Desde el mismo instante en que nuestros labios se rozaron, aunque ninguno de los dos lo supiera en ese preciso momento.

Enrojece de gusto por la vehemencia de mis palabras y me dedica una sonrisa que ilumina todo el despacho.

—Vamos jefe —se levanta y vuelve a ser la mujer profesional que controla todo a su alrededor.

—Terminemos con lo que queda de trabajo para ponernos a buscar lo que tu tío nos ha pedido.

Capítulo 19

Rocío



La confianza que han depositado Luis y Miguel sobre mis hombros es enorme. No tengo los contactos ni fuentes dentro de la empresa, pero puede ser que, al no estar influenciada por nadie, pueda ayudarles mejor.

No podemos hacerlo en la empresa, porque es fácil que lo puedan descubrir, así que el portátil de Luis será nuestra herramienta, pues nadie es capaz de dudar de su profesionalidad y fidelidad hacia la empresa.

Sé que Miguel quería comprar algo que decorase mi casa, pero en ella no vamos a estar tan a gusto investigando, por lo que si puedo evitarme el ir al chino de la esquina y comprar el dichoso abeto que quiere Miguel, haré lo que sea.

Cuando llegamos a mi casa, me pide que coja ropa para varios días, ya que no está dispuesto a vivir en el polo norte teniendo la comodidad de su casa. Yo tampoco lo voy a negar. Pasar del frío helador de mi apartamento a la calidez y bienestar de su casa es todo un lujo y un regalo. Y voy a aprovecharme todo lo que pueda.

Cojo un poco de todo. Ropa interior, pijamas, chándals y ropa para toda la semana. Menos mal que con poco me apañé, si no hubiera necesitado una maleta para llevar todo. Cuando abro la puerta para bajarlo a su coche, me lo encuentro llevando un pequeño abeto con luces incorporadas que coloca al lado de mi portátil.

—Sé que no te apetece celebrar la navidad, pero deja que vaya poco a poco calando en ti, y puede que vuelvas a disfrutarla como cuando vivían tus padres y no estabas sola. Ahora me tienes a mí —mientras me echaba el discurso se acercó a mí y me abrazó. Por primera vez no me siento sola en estas fiestas.

Cuando llegamos a su casa, lo primero que hace es dejarme espacio en sus cajones y armario para mi ropa. Me está poniendo las cosas lo más fácil posible, ya que llevo muchos años

viviendo sola a mi aire y sin que nadie interfiriera en mi día a día.

Me dedico a curiosear en su cocina y despensa y no tiene apenas nada de nada. Le pido que hiciera algo de compra pues quiero cocinar para él después de ofrecerme su casa y todo lo que él tiene. Es lo menos que podía hacer. Y seguro que su estómago lo agradecerá después de vivir a base de comida precocinada.

Una tortilla de patatas con una ensalada de cena es más que suficiente por el momento. Mientras, él va abriendo documentos, algo que podría hacer yo, y los va estudiando con detenimiento. Tras la cena les echaré un vistazo por si se le ha escapado algo de lo que está imprimiendo.

Aunque he venido para ayudarlo con la investigación, parece que estábamos viviendo juntos y no se me hace extraño. Es como si todo fuese natural y fluido entre nosotros y esta situación fuese la que tenía que existir.

Deja a un lado los documentos y se acerca a mi lado, echándome una mano con lo que estoy cocinando.

—He sacado toda la información de los amigos de Reme, de ella y de Juan y los he clasificado. Después de cenar nos ponemos a estudiarlos ¿te parece? —me informa mientras sus manos en mis caderas me acercan a él.

—Pues coge platos y cubiertos que vamos a cenar ya —quito sus manos de mi cuerpo y para que no se mosquee le beso en la punta de la nariz. —Cuanto antes comencemos, antes terminaremos.

Se gira para acercarse a uno de los muebles, coger lo que le he pedido y encaminarse al salón. No obstante, no tarda nada en volver a mi lado y coger mi rostro para darme un beso que deja mis piernas como mantequilla líquida, hasta el punto de tener que sujetarme a la encimera o estaría en ese momento en el suelo.

Cuando sus labios se separan de los míos se da cuenta de lo que su beso ha provocado en mí y una sonrisa pícaro se forma en su rostro mientras sale de la cocina silbando.

Tardo un par de minutos en recomponerme y llevo nuestra cena hasta la mesita de su salón. Ha recogido los papeles y los ha dejado en distintos montones en el suelo.

Mientras picoteo con desgana algo de comida, no paro de echarle miraditas a los montones que tengo cerca de mí. El más cercano es la información de Reme y veo que lleva trabajando para la empresa unos 25 años y lo que gana al mes es un pastizal.

Miguel me mira, esconde una sonrisa y sigue comiendo.

—¿Tanto quieres trabajar que se te ha quitado el hambre y no quieres parar de mirar hacia los papeles en lugar de hablar conmigo? Pensaba que yo era más atractivo que ellos.

Ups. Me ha pillado. ¡Y yo que pensaba que había sido discreta! Avergonzada, bajo los ojos y me meto un trozo de tortilla. De repente, comienzo a escuchar una risa suave y al levantar los ojos, se convierten en carcajadas.

—No te puedes imaginar lo maravillosa que te ves ahora. El rubor está comenzando a dar color a tus mejillas y resalta tus pecas.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunto mortificada una vez que consigo tragar lo que mastico.

—No, peque. Me gusta esta manera de ser que tienes. Esta manera de buscar soluciones para protegerme —deja de reír y sin dejar de lucir una sonrisa iluminadora, me mira con dulzura. —Estás tan ansiosa por investigar que hasta prefieres dejar de comer. No te das cuenta, pero esto

me encanta de ti.

Suelta su tenedor, aleja su plato de comida y coje una de las pilas de documentos y la pone delante de nosotros.

—¿Por qué no hacemos ambas cosas a la vez? Podemos coger fuerzas al mismo tiempo que empezamos a investigar —le miro y me guiña un ojo a la vez que pincha un poco de ensalada y me la da.

Estoy un poco avergonzada, pero su sonrisa me calma. Le doy un pico y cojo los papeles y empiezo a revisar y analizar datos.

Ambos nos sumergimos en la tarea que tenemos delante. Subrayo datos asombrándome y enojándome por lo que, poco a poco, voy descubriendo. Un par de horas después levanto la vista de la montaña de papeles que tenemos delante y le miro muy seria.

—¿Podemos ver las nóminas de todos los empleados desde que Reme se convirtió en la responsable de personal? Hay algo que no me cuadra.

Llama a su tío para pedirle esa información y un rato después nos llega un correo con gran parte de lo que le pedimos.

—Solo tenemos las de los últimos años. Sin embargo, mañana podremos tener el resto.

No me ha preguntado para qué los quiero y me sorprende y encanta la confianza que tiene en mí para dejarme ver esta información tan personal.

Voy pasando rápido por los archivos hasta llegar a uno en concreto. Apunto un dato y vuelvo a pasar por los archivos. Así van pasando los minutos, entre buscar en los archivos y apuntar datos concretos, hasta tener una idea bastante precisa de lo que está pasando.

Me masajeo las sienes y miro preocupada a Miguel. Por lo que he podido vislumbrar, hay una trama que ha ido desfalcando poco a poco los saldos de la empresa. Y es algo que afecta, de momento, a dos directivos de la empresa.

—Lo tengo y es peor de lo que me podía imaginar —hago una pausa y suelto aire lentamente. — Pero para saber el alcance real, necesitamos todos los presupuestos de todos los departamentos de todos los años.

—¿Qué es lo que está pasando? —me demanda con preocupación.

—Grosso modo, Reme ha firmado nóminas mucho más altas que las que corresponderían a la categoría profesional de sus amigos, de Juan y de ella. Y Juan las ha autorizado sin poner ninguna pega. También he comprobado que cobran dietas exageradas tanto ella como Juan.

Según he ido hablando la cara de Miguel ha demudado, mientras iba comprendiendo lo que implicaban mis palabras.

Decenas de miles de euros al mes. Una verdadera fortuna a lo largo de los años. Todo ocurriendo delante de sus ojos y sin darse cuenta.

Miguel se mesa el cabello con un punto de desesperación mientras da vueltas por el salón como un león enjaulado. Me levanto y le abrazo intentando calmarle.

—¿Por qué han hecho esto? ¿Qué hemos hecho para que nos roben?... —le silencio con un beso.

—Sé que es difícil ahora, pero no pienses en los porqués —le cojo el rostro con las manos y hago que me mire a los ojos. —Tienes que estar centrado, pensar con frialdad y hablar con tu tío mañana. No es necesario que lo sepa hoy.

Le cojo de la mano y lo llevo hasta nuestra habitación.

—Acuéstate, que yo voy a recoger el salón y cuando vuelva te voy a dar un masaje para que te relajes un poco.

Me hace caso y en pocos minutos estoy de vuelta. Miguel está tumbado en la cama con un brazo tapando sus ojos. No puedo llegar a imaginar todos los pensamientos y sentimientos que le rondan, pero me hago el propósito de ayudarle en todo lo que pueda y que su mundo vuelva a la normalidad. Él me ha ayudado más de lo que se puede imaginar y ahora es mi turno.

Se deja hacer sin oponer resistencia. Su cuerpo está tensionado y me cuesta bastante tiempo conseguir que se relaje. Pasan los minutos y me doy cuenta, por su respiración, que se está durmiendo. Apago la luz y me tumbo a su lado. Va a ser una noche muy larga porque mi cabeza va a mil, pensando en todo lo que tendremos que hacer los próximos días y el sueño me ha abandonado.

La mañana llega demasiado pronto y, sin embargo, se me ha hecho eterna. Con los primeros rayos de sol entrando por la habitación, Miguel se mueve hasta que quedamos cara a cara, me abraza y esconde su cara en mi cuello.

—Gracias, Rocío.

No son necesarias más palabras. Y nunca han representado tanto para mí.

Nos quedamos así varios minutos, disfrutando del momento y pasando los últimos segundos de tranquilidad. Levanta la cabeza y me da un beso tierno. Eso es el pistoletazo de salida para ponernos en marcha.

Llegamos al trabajo juntos, pero nos separamos para ir él al despacho de su tío y yo a mi mesa. Me pongo a ver mails y contestar llamadas. Pasan más de dos horas hasta que Luis me llama para ir a su despacho.

Nada más entrar me da un USB.

—Aquí tienes toda la información que me pedisteis y en los próximos días te daré todos los presupuestos de los distintos departamentos. Pero no podéis hacerlo aquí —mira más allá de mí y al girarme veo a Miguel. —Por eso, os vais a tomar la semana que viene de vacaciones

Pensándolo bien, es la coartada más sencilla para poder analizar toda la información y dar las pruebas a Luis y Miguel.

—Y ahora vamos a juntarnos y abrir los regalos del amigo invisible. Hay que transmitir normalidad.

Capítulo 20

Isa y Javi



Ya estamos de vuelta a la casa de Miguel tras un día bastante tenso.

Rocío ha tenido que disimular todo el rato. Por un lado, para que nadie se diera cuenta de la relación que hay entre ella y Miguel. Por otro, para que Reme y Juan siguiesen tranquilos en su creencia de que no habían sido descubiertos.

El único momento en que han podido relajarse un poco ha sido mientras abrían sus regalos. A Rocío le han encantado los pendientes con forma de atrapasueños que ha recibido. Los ha estado acariciando como si fueran lo más preciado del mundo hasta que se ha quitado los que llevaba y se los ha puesto. Ha mirado a Miguel y le ha echado una pequeña sonrisita. Ha esperado que él abriera el suyo y casi suelta una carcajada cuando ha visto la cara que Miguel ha puesto cuando lo ha abierto: el libro que ella estaba leyendo y había comentado con él y que había conseguido que se lo dedicara la autora. Al ver esa portada, ha abierto los ojos de asombro y ha tenido que esconderlo detrás de él cuando los que estaban cerca de él han querido ver su título.

Ambos han vuelto a sus trabajos y se han estado lanzando miradas sensuales, pero se han comportado profesionalmente. Ahora en la casa dejan a un lado su actuación y se besan. Miro hacia otro lado, porque no puedo soportarlo. Sin embargo, Isa parece que ya no se siente tan incómoda con sus muestras de efecto porque sí está mirándolos.

—Javi, no te molestes. Ya no es una niña, sino una mujer.

—Lo sé, pero para mí siempre será mi niña...

Sí, siempre será nuestra niña, pero tenemos que dejar de verla como tal. Yo lo he hecho, sólo falta que Javi lo haga también.

Se van a la habitación y unos minutos después aparecen vestidos con ropa cómoda y los brazos cargados con un par de ordenadores, cuadernos y bolis. Se ponen a trabajar y parece que hoy van

más rápido, ahora que saben qué tienen que buscar.

Las horas pasan y piden algo de cena. Hoy han conseguido dejar a un lado su trabajo y comen tranquilamente, pero sin dejar de acariciarse.

—¿Qué vas a hacer en las fiestas? —pregunta casualmente Miguel.

Rocío levanta la vista hacia Miguel y sus ojos se entristecen.

—Supongo que lo que todos los años —su voz apenas es un susurro. —Ir al *Eros*, dormir...

—Podrías venir a casa de mis tíos a comer —deja su petición en el aire.

Esas palabras han dejado muda a Rocío. Y, sin embargo, puedo oír una multitud de pensamientos rondar su cabeza sopesando pros y contras.

—Me encantaría ir, pero sabes tan bien como yo, que no sería lo mejor. Ayer le dijiste a tu tío que estamos juntos y, aunque se lo ha tomado bien, es muy pronto para eso —su voz suena triste y con un punto de añoranza. —Son fiestas familiares y yo soy una extraña. Además, tengo que trabajar todos los días en el *Eros* y voy a acabar hecha polvo.

La coge en sus brazos y la coloca en su regazo, acariciándola. Es consciente de la pena y la tristeza que la ha inundado e intenta reconfortarla.

—Lo siento. Soy un idiota —le coge el rostro con ambas manos y le acaricia las mejillas con cariño. —Tienes razón en todo. En la precipitación, en tu trabajo... No me he parado en pensar en nada —baja la cabeza apesadumbrado—, solo en pasar todo mi tiempo contigo.

Se quedan unos minutos en silencio, ella azorada por los sentimientos que bullen en ella, él compungido por haberla llevado al extremo.

Rocío le tiene saltando del deseo más abrumador a la necesidad imperiosa de darle cariño y mimos y no sabe cuál de esas dos facetas le gusta más. Estar con ella es vivir en una continua montaña rusa de emociones y quiere tener todos los boletos para no bajarse nunca de ella.

Puede sonar muy sensiblero, pero todos esos sentimientos son los que despierta y alimenta Rocío, y no le importa. Está completamente pillado por ella. Sabe lo que es el enamoramiento, pero con Rocío todo se ha magnificado y ahora está completamente convencido de que lo que siente por Rocío es realmente el amor.

Rocío levanta la cabeza y le mira con intensidad. Se ha dado cuenta de que ya no solo le gusta Miguel. Se ha enamorado de él de maneras que nunca ha imaginado antes. Él le está dando cariño y apoyo. La respeta y, al mismo tiempo, le está haciendo ver que hay mucho más que lo que ella se ha permitido vivir, sacándola de su zona de confort.

—Puede que no podamos compartir estos días de manera tradicional —dice Rocío cuando se recupera—, pero hay otras formas de hacerlo. Podemos compatibilizar tu manera de disfrutar estos días con la mía.

—¿En qué has pensado?

—No puedo dejar de trabajar en el *Eros* —comienza con convicción. —Le debo mucho a Paco y no puedo dejarle en la estacada. Y tenemos que desenmascarar a Reme y a Juan. Como decía mi madre, primero la obligación y luego la devoción. También... —le mira como buscando su aprobación— podemos comer con tus tíos en algún restaurante que les guste y... —una sonrisa se forma lentamente en su cara— coger unas entradas e ir a ver las navidades de aquí. Tenemos tiempo para hacer todo.

Miguel la abraza más fuerte apretando su mejilla en la cabeza de Rocío.

—¿Has escuchado sus pensamientos, Javi? —Isa está dando saltitos de alegría. —Está enamorada de él y ya se atreve a admitirlo.

—Tenemos que prepararnos para volver en cualquier momento —siento romper este momento de felicidad, pero ya me dijeron que, si conseguíamos cumplir con nuestra misión, volveríamos de inmediato.

Abrazo a Isa como Miguel hace con Rocío. Mi mirada va desde mi mujer hasta mi hija. Quiero que nuestra misión se cumpla, pero no quiero dejar a mi hija tan pronto. Tan centrado estoy en reconfortar a Isa que no me he dado cuenta de que Rocío y Miguel están recogiendo los restos de la cena.

No trabajan más por hoy y se van al dormitorio. Ambos están inusualmente callados. Ya en la cama, Miguel la abraza a él y la acaricia tiernamente.

—¿Qué te parece si mañana después de trabajar vamos a tu casa? Sé que casi te he secuestrado y no te queda ropa.

Rocío asiente con la cabeza.

—Pero antes de volver, ¿qué tal si disfrutamos un poco? —Rocío levanta la cabeza y le mira confundida. —Tengo entradas para las Navidades Mágicas. Será nuestro momento de relajarnos antes de lo que se nos viene encima.

Rocío le sonríe y le da un pico en los labios.

—Y si a Paco no le importa, trabajaré algo mientras estás en el *Eros* y todas las noches volveremos juntos aquí. En cuanto a mis tíos, hablaré con ellos para quedar un día de la semana que viene para que te conozcan, bueno solo mi tía. ¿Te gusta el plan?

Rocío lo mira, asiente y vuelve a besarle. Poco a poco va tornándose más intenso y no quiero ver cómo termina. Mientras voy saliendo de la habitación escucho a Miguel.

—Será mejor que paremos, que me pierdo y no me encuentro.

No escucho nada más, por lo que supongo se ponen a dormir.

El día siguiente es un calco de cualquier día de trabajo. Actúan profesionalmente pero no pueden evitar lanzarse miraditas de vez en cuando.

Al llegar la tarde, van a la casa de Rocío. Allí se cambia, coje algo más de ropa y le da un repaso al piso, mientras Miguel va a la suya a cambiarse de ropa. Hasta le da tiempo a mirar en su móvil algún regalo para él.

Poco después la llama Miguel y baja corriendo para encontrarle aparcado delante de su casa.

—¡Qué suerte has tenido! —exclama tirándose a sus brazos.

Sin soltarla, coge la pequeña bolsa que ha bajado Rocío y la mete en el maletero. Cogidos de la mano van caminando por las calles hasta llegar a una entrada. Miguel enseña sus entradas y pasan sin problemas.

La sonrisa de Rocío reluce más que los miles de luces que hay en el recinto. Mira todo con ojos de niña. No puedo negar que nos pasa lo mismo a Javi y a mí. Las sonrisas y las miradas de asombro son lo que predominan en nosotros.

Miguel está disfrutando tanto o más que Rocío, viéndola descubrir todos y cada uno de los

pequeños detalles. Pasean por la zona de los dinosaurios, el cielo de mariposas, el belén gigante. Se hacen fotos divertidas con un enorme muñeco de nieve y ven abrazados un espectáculo de luces. Luego suben a una enorme noria desde donde divisan toda la ciudad. Aunque hay mucho ruido con las musiquitas de las atracciones, lo que realmente se escucha son las risas de los niños y de los que no son tan niños.

Comen en uno de los *foodtrucks* que hay y observan atentamente a un soplador de vidrio en acción. Aunque parece que han pasado solo unos minutos, lo cierto es que la medianoche se acerca rápidamente.

Miguel quiere comprarle algo en uno de los puestos de artesanía, pero Rocío tira de él para seguir mirando más puestos.

—No quiero nada, Miguel. Ya me lo has regalado todo hoy. Me has hecho reencontrar a la niña que había en mí y que adoraba la navidad.

Capítulo 21

Rocío



Después de una tarde maravillosa, voy al trabajo con una sonrisa en la cara. De hecho, no se me ha quitado desde ayer. Miguel tenía razón. Puedo volver a disfrutar de las fiestas.

Estar con él está siendo sanador en muchos aspectos. Su confianza, su cariño, sus actos, todo está haciendo que vuelva a soñar y a ser la Rocío que era antes de la muerte de mis padres. Ya no me da miedo ni tristeza mi vida. Ahora veo todo de colores claros en vez del gris que me dominaba.

Con esta alegría e ilusión le digo a Miguel que tengo que irme un rato a comprar. Quiero, dentro de mis modestas posibilidades, encontrar regalos para Papá Noel y Reyes. Me doy una vuelta por las tiendas del Parque Corredor y acabo encontrando unos vaqueros y una camisa que le sentarán muy bien y que podrá usar fuera del trabajo y que yo disfrutaré mirando cómo le quedan. También le cojo su colonia favorita y el último regalo hago que lo envíen al *Eros* para que Paco lo reciba en mi nombre. A él y a mis compañeras también les he cogido un pequeño detalle. Pero serán para Reyes.

Con todo ya en mi poder, cojo un autobús y en pocos minutos estoy llegando a casa. Envuelvo los regalos y los guardo para que no estén a la vista de Miguel. Cojo unas camisetas y un par de vaqueros y le llamo. Unos minutos después me recoge y vamos a comer una hamburguesa.

Hablamos de los planes para los próximos días. Yo trabajo las próximas tres noches, por lo que solo podré echar una mano unas pocas horas cada día. Lo bueno es que Miguel podrá trabajar algo más cada día en el *Eros*. Una vez que pase la navidad podremos avanzar más rápidamente. Ya sabemos lo que buscar y Luis nos dará lo que nos falta para saber el alcance real del dinero defraudado.

Volvemos a la casa de Miguel y nos ponemos manos a la obra. Son un par de horas productivas hasta que tengo que irme a trabajar. Miguel coje su portátil y me acompaña.

Al llegar al *Eros*, saludamos a Marcos y al entrar busco a Paco. Le cuento nuestra idea para que

Miguel pueda trabajar un rato. No le parece mal e incluso le dice a Miguel que ya forma parte de la familia del *Eros*.

La noche comienza tranquila. Parece que la gente se está reservando para la noche del domingo. A las 3 solo hay una docena de clientes, por lo que Paco me manda a casa a descansar.

Nos despedimos de todos y nos vamos a casa. Rápidamente nos vamos a la cama y nos ponemos a dormir.

Tengo un sueño de lo más placentero, Miguel me está acariciando, provocando escalofríos de placer. Me penetra suavemente mientras besa mi cuello. Mi respiración se va volviendo cada vez más errática y jadeos de placer salen de mi boca.

Me despierto cuando siento una humedad en mi cuello. Mi sueño caliente no era tal. Miguel me estaba excitando y lo ha conseguido. Estamos en la posición de la cucharita y su pene está moviéndose peligrosamente entre mis nalgas. Ha subido una de mis piernas para tener mejor acceso y su mano se mueve entre mis pechos y mi sexo.

Me arqueo buscándole y me penetra. Se mueve lento y profundo de una manera maravillosamente enloquecedora. Empieza a acariciarme mi clítoris y eso me indica que le queda poco para llegar. Siempre que está cerca lo hace para que lleguemos juntos. Pocas embestidas después hemos llegado los dos al clímax.

—Esta es la mejor manera de comenzar el día —le digo cuando consigo normalizar mi respiración y latidos.

—Es la mejor manera de pasar el tiempo juntos —me rectifica con una sonrisa satisfecha en la cara.

Nos duchamos y bajamos a preparar el desayuno. Media hora después nos ponemos a trabajar. Avanzamos lentamente, pero de manera segura.

Segura... segura...

—Miguel, ¡lo hemos vuelto a hacer sin protección! —susurro con la cara como la tiza.

Es tocarme y olvidarme de todo.

Me coge las manos y se acucilla a mi lado.

—¿Quieres que vayamos a la farmacia?

Asiento ligeramente y me levanta. El camino a la farmacia es como un borrón. Me deja en el coche y se encarga de todo. Volvemos a casa y me da la pastilla con un vaso de agua. Me la tomo como un autómatas.

Me coge en sus brazos y me lleva al sofá. Me acuna y me habla, pero no entiendo lo que dice. En mi cabeza solo está la posibilidad de que me haya podido quedar embarazada. No puedo tenerlo ahora. Aún no sé qué tipo de relación tenemos juntos ni si estoy preparada para tenerlo.

Estos pensamientos pasean por mi mente en bucle.

No sé el tiempo que ha pasado hasta que he podido empezar a reaccionar. Noto las caricias calmantes de Miguel y sus besos en mi coronilla. Muevo mi cabeza buscando su mirada y veo reflejada su preocupación.

—Lo siento, peque.

—Yo también siento haberte preocupado. No sé qué me ha pasado.

Me abrazo a él, necesitando su fortaleza.

—No es que no quiera niños —comienzo con miedo. —Los quiero, pero no ahora. No llevamos ni un mes juntos y nunca hemos hablado de esto.

—No me importaría tener un hijo contigo —me mira con ternura. —Ya tendremos ocasión de tenerlo.

Seguimos un rato abrazados, apoyándonos mutuamente. Nunca he tenido una relación antes. Nunca me he tenido que preocupar por quedarme embarazada. Nunca he perdido la cabeza de esta manera cada vez que alguien me toca.

—Creo que lo mejor será que empiece a tomar la píldora. Así si volvemos a perder la cabeza, al menos estaremos protegidos.

Mi voz rompe el cómodo silencio en el que nos hemos sumergido.

—Yo me encargo de buscar un médico. Si tienes que esperar a tener una cita con la Seguridad Social, nos podemos hacer viejos.

Me río porque tiene más razón que un santo.

El teléfono de Miguel suena y me levanto de su regazo. Miro la hora y me queda un poco más de una hora para tener que ir al *Eros*. Me giro para mirar a Miguel y le veo dirigirse a su portátil.

Aprovecho para subir al dormitorio y cambiarme a mi ropa de trabajo. Unos vaqueros ajustados y una camiseta un tanto provocativa, no por lo que enseña sino por lo que insinúa. Tengo el rostro como el de un muerto, por lo que hoy me toca esmerarme un poco y maquillarme más de lo normal.

Bajo y todavía sigue al teléfono. Me guiña un ojo y suelta un silbido mudo. Cuelga la llamada, me persigue y me coge por la cintura.

—Peque, los chicos van a pasarse esta noche por el *Eros*, pero eso ya no me importa. No me voy a separar de ti en toda la noche.

Le sonrío y le doy un beso.

—Yo voy a tener que apartar a las chicas de tu lado. No sé si te has dado cuenta, pero te comen con la mirada.

—El que te come con la mirada soy yo. Y si me dejas, también con la boca.

Dicho y hecho. Su boca devora la mía y durante unos minutos es de lo único de lo que nos preocupamos.

Esta noche es más divertida. Los amigos de Miguel no paran de meterle puyas sobre lo pillado que está conmigo y tratan de hacerle de rabiar intentando ligar conmigo. Pero pronto me abandonan y se van con un par de chicas.

El día de Nochebuena es más de lo mismo, pero sin el drama de un posible embarazo. Pasamos la mayor parte del día trabajando y adelantamos bastante. La diferencia radica en que me deja bastante antes en el *Eros*, ya que cenamos algo juntos antes de abrir y él se va a casa de sus tíos.

Pasada la medianoche le veo entrar y mi corazón se revoluciona. Me estoy volviendo una adicta a él y ni siquiera soy capaz de aguantar unas pocas horas sin él.

Se acerca a la barra, me coge del cuello y me da un beso que provoca silbidos entre los que están esperando a ser servidos. Ha marcado territorio y a mí no me importa. Al contrario, me ha

puesto.

Hoy no podemos irnos antes. Todo el mundo tiene ganas de pasárselo bien. Las horas pasan, la gente bebe como cosacos y yo estoy deseando irme a casa. A Miguel se le escapa un bostezo y tengo que contenerme para no hacer lo mismo.

A las siete llegamos a casa destrozados, pero antes de meternos en la cama a dormir le doy sus regalos. Él tiene la misma idea y me entrega un paquete.

Espero a abrirlo hasta ver si le gustan o no y por la cara que pone, es que sí. Se desnuda y se lo prueba y le quedan como un guante. La camisa se ajusta a su pecho y los pantalones a sus muslos y como añadido, le hacen un culo impresionante.

Abro mi paquete y me encuentro con un bolso, cartera y monedero a juego de una marca que solo veía en los escaparates y no podía permitirme. Me lo como a besos porque me encanta mi regalo.

Nos vamos a la cama y no dejo de mirar mi bolso nuevo hasta que poco a poco se me cierran los párpados y me quedo dormida.

Los siguientes días son como el día de la marmota. Levantarse, desayunar, ver multitud de archivos, hacer tablas de datos, pedir para comer y vuelta a trabajar hasta la hora de cenar.

Para el jueves ya tenemos todo y la magnitud del desfalco es muy superior a lo que habíamos pensado al principio. Miguel pasa el viernes y el sábado con su tío y su abogado y no nos vemos apenas. Yo trato de trabajar en el *Eros*, pero ya no es lo mismo sin Miguel cerca de mí. Solo espero que pueda sacar un poco de tiempo y podamos tomarnos las uvas juntos, aunque luego se vuelva a ir.

No paro de mirar hacia la puerta esperando verle entrar, pero a las doce menos cinco pierdo toda esperanza. Pongo buena cara para que no vean lo mal que me siento y cojo mis uvas.

Me estoy aguantando las ganas de llorar, cuando me abrazan por la espalda. Distinguiría esos brazos en cualquier parte. Es Miguel y ha cumplido su promesa de empezar el año juntos.

Me giro, le abrazo y permito que una lágrima rueda por mi mejilla. Me da igual los cuartos y las uvas. Solo me importa estar junto a él.

Por cada campanada Miguel me da un beso y va limpiando las lágrimas que van cayendo de mis ojos. Cuando acaban y todo el mundo se pone a gritar, me coge de la mano y nos escabullimos a la sala de descanso. Me besa apasionadamente y casi no tengo aire para respirar.

Cuando nos separamos estamos jadeantes.

—Feliz Año, Rocío. No hay nada que me separe de ti.

Capítulo 22

Miguel



Estoy nervioso. No puedo evitarlo.

Ayer fuimos, junto con nuestro abogado, a poner tanto una denuncia como una demanda contra Reme, Juan y todos los empleados que nos han estafado a lo largo de los años. No es plato de buen gusto ir a la policía ni al juzgado, pero es la manera de defendernos.

Mi tío está devastado y furioso por todo lo descubierto. No es solo el dinero que nos han robado. Son las mentiras y los años de confiar en las personas equivocadas lo que le ha dejado tan mal.

Tuvimos que aparentar delante de todos y que no descubriesen lo que está realmente pasando. Mientras Rocío y yo hemos recabado todos los datos y las pruebas de sus delitos, mi tío se ha encargado de buscar sustitutos para todos ellos. De momento, él asumirá las funciones de Juan y ha convencido a una antigua empleada para que sustituya a Reme. Los demás puestos se irán completando poco a poco.

Vamos a aprovechar la reunión de comienzo de año para nombrarme como nuevo Director General. No era el momento, pero hemos tenido que adelantarlo como consecuencia de todo lo descubierto. Y también será el momento de descubrir el fraude que la empresa ha sufrido.

Hemos cubierto todos los imprevistos. Hemos contratado seguridad para escoltarlos a todos fuera de la empresa. Mientras estemos en la reunión, se van a revocar todos sus permisos y accesos a cualquier tipo de información de la empresa. La trampa se va cerniendo sobre ellos y no se lo esperan.

Cuando entro en la sala de reuniones todos están ya sentados. Hemos pedido que Rocío se una a nosotros y nos ayude con la presentación que hemos preparado. No la miran mal, pero sus expresiones denotan confusión porque esperaban a Tere. Reme es la única que no se inmuta ya que sabe que Tere está de baja médica.

—Ya que estamos todos, empecemos —dice con solemnidad mi tío. —Este año va a ser muy importante para todos. Tenemos una expansión que completar, con muchos retos que enfrentar y es necesario que todos vayamos en la misma dirección —mientras va hablando no ha dejado de mirar a todos y cada uno de los presentes. —Por eso, es el momento de que savia nueva lidere la empresa. Sabéis que la amo como si fuera mía, pero no lo es. Es de mi mujer y de su difunto hermano. Y es hora de que mi sobrino tome el relevo —alza su mano hacia mí. —Miguel, ven.

Las caras de los presentes denotan confusión, incredulidad y, en algunos casos, rabia. Todos aquellos que no estaban de acuerdo con mis ideas son los que ahora muestran su desagrado por la idea de un nuevo jefe. Los ignoro, me levanto y me dirijo hacia mi tío. Cuando llego a su lado me da un abrazo y me mira con orgullo.

—Como bien ha dicho mi tío, ha llegado la hora del relevo. No nos dejará porque lleva esta empresa en sus venas y todos podremos contar con su dilatada experiencia. Todos tenemos que dar gracias por haber tenido una persona tan entregada e íntegra como comandante de esta nave. Y yo espero estar a tu altura, tío.

Hago una pequeña pausa y voy mirando uno a uno dejando que el peso de mis últimas palabras cale en ellos. Algunos las aprueban, otros siguen expectantes y los menos, siguen molestos por mi nombramiento.

—La integridad y la excelencia es algo que tenemos que buscar y exigir. Y para nuestra desgracia esto es algo que no se está cumpliendo —miro hacia Rocío y hago una pequeña señal. —Sabéis que llevo ya varios años trabajando aquí y confiaba en todas y cada una de las personas que trabajan para nosotros. Pero ya no lo hago —Rocío ha puesto una presentación en el proyector y en él se están reproduciendo una serie de cuadros donde se muestran los desvíos en las nóminas de todos los implicados. —La traición y el ansia de dinero ha manchado esta empresa y antes de que se esparza por el resto de los trabajadores, hay que eliminarla.

Reme y Juan se remueven incómodos en sus asientos y los demás van prestando cada vez más atención a las hojas de la presentación.

—Como podéis ver, desde hace bastantes años se ha estado estafando dinero a la empresa por medio de las nóminas. Reme ha ido beneficiando a algunos en la empresa. ¿Cómo? Primero empezó con ella, equiparando su sueldo al del resto de responsables, cuando eso no venía determinado por su ascenso. Como nadie se dio cuenta, su avaricia continuó. Añadió dietas por reuniones y desplazamientos inexistentes, e incluso se adjudicaba el 50% del bonus aprobado para su departamento. El resto del bonus lo repartía entre sus subordinados —la he estado mirando fijamente mientras hablaba y parece que intenta escabullirse. —No te muevas Reme que aún no he terminado. Y mejor sigue callada como lo has hecho hasta ahora —traslado mi mirada de ella a Juan. —Tú sola no podías hacerlo, necesitabas la ayuda de quién controlaba el dinero. Y ahí es cuando entras tú, Juan. Ella aprobaba las nóminas y tú aprobabas los pagos. Cientos de miles de euros robados y estafados a la empresa a lo largo de los años. Supongo que, por avaricia, porque es la única explicación posible que se me ocurre ya que pagamos muy bien.

La sala se queda en silencio, digiriendo las pruebas que he mostrado. Todos miran alternativamente a Reme y a Juan. Incredulidad y desaprobación por un lado mezclándose con el resentimiento e ira que emanan Reme y Juan tras verse descubiertos.

Miro a Rocío y apaga la pantalla. Luego me acerco a mi tío que mira a los hombres de seguridad que hemos contratado solo por hoy.

—Estáis despedidos con efecto inmediato, así como todos los que se han beneficiado de vuestro

fraude. Vosotros como ejecutores y ellos, no solo por este asunto, sino también por la multitud de quejas y mala praxis en su trabajo que fue ocultada por ti, Reme. Todos despidos procedentes sin posibilidad de tener ningún tipo de indemnización —hago un asentimiento de cabeza y dos de los de seguridad se ponen tras ellos. El resto han ido a por los demás implicados. —Recoged vuestras cosas y marcharos. Próximamente recibiréis las demandas que os hemos interpuesto.

Ambos se levantan y evitan que les toquen los de seguridad. En sus miradas se refleja odio y resentimiento.

—Nos quitasteis lo que más quería —escupe con odio Reme. —Vosotros sois los que matasteis a mi hermana. El dinero ha sido poco en comparación con lo que os merecéis.

—Nosotros no hicimos nada, fue ella intentando colar un bebé a mi cuñado cuando no era de él. Ella se lo buscó todo —le replica fieramente mi tío.

—Mi padre sabía que no era suyo, que lo único que perseguía era su dinero —le repliqué fríamente.

—Era mía, tu padre era solo el tonto al que sacar dinero —nos mira con desdén Juan.

Ahora todo tiene sentido. La pareja y la hermana perdida. La venganza contra quienes supuestamente la hicieron daño.

—Os habéis vengado durante años, pero la verdad acaba saliendo a la luz y también destruye vuestra vida. ¿Os ha merecido la pena? ¿Qué pensará tu familia, Juan? ¿Y qué pensará Pilar por su futuro destruido?

Ya se estaban yendo, pero han escuchado mis últimas palabras, porque sus hombros han descendido en señal de derrota. Su salida ha marcado el fin de la reunión y también el comienzo de los cuchicheos que se extenderán por la empresa como la pólvora.

Mi tío, Rocío y yo nos vamos juntos a su despacho. Nos dejamos caer en los sillones, desapareciendo toda la tensión de, al menos, mi cuerpo. Ahora que la adrenalina que me llevaba manteniendo todos estos días ha desaparecido noto el cansancio y sueño acumulado. Imagino que a mi tío y Rocío les pasa lo mismo, porque durante muchos minutos lo único que se escucha en el despacho son nuestras respiraciones.

—Chicos, —la voz de mi tío rompe el silencio— iros a casa y descansad. Coged fuerzas y volved después de Reyes. Yo me encargo de todo.

Miro a Rocío y puedo ver que está agotada. Ha trabajado tanto como yo además de sus noches en Eros. Se merece un descanso más que yo y además podemos pasar más tiempo juntos sin tener que preocuparnos más por descubrir todo lo que pasaba en la empresa. Solo tiempo para nosotros.

—Me parece más que bien —me levanto y me acerco a Rocío para sacarla de aquí. —Nos vemos el lunes.

Vamos a mi despacho, recogemos nuestras cosas y no nos despedimos de nadie. En el coche Rocío se queda dormida y aunque sé que tendríamos que pasar por su casa, conduzco directamente a la mía.

La medio despierto para no tener que llevarla en brazos y en cuanto llegamos a la habitación, caemos rendidos en la cama.

Capítulo 23

Rocío



Me despierto a media tarde y veo a mi lado a Miguel que sigue durmiendo como un bebé.

Está como en una niebla lo que pasó después de salir de *Dealio*. El viaje fue un borrón y no recuerdo cómo conseguí llegar a la cama. Ni siquiera me quité los zapatos ni la ropa con la que fui al trabajo. Sin hacer ruido me cambio de ropa y me pongo unos pantalones deportivos y una sudadera.

Mi estómago empieza a gruñir y bajo a la cocina a preparar unos sándwiches mixtos calientes y cuando los tengo hechos, subo de nuevo para comer en la cama. Despierto a Miguel con besos y caricias, pero no voy más lejos porque no me apetece comerlos fríos.

Comemos entre sonrisas y miradas incitantes que van calentando la habitación. Cuando termino, dejo mi plato a un lado y salto de la cama hacia el baño.

Cuando llegué a esta casa y saqué mis cosas, vi mis juguetes en la mochila. Yo no los había cogido y me gustó la idea de utilizarlos juntos en el futuro. Los guardé en el cajón que me dejó y los olvidé. Pero hoy creo que es el momento de que juguemos juntos. No tenemos preocupaciones y la confianza que tengo con él es completa, así como mis sentimientos por él.

Con una sonrisa pícara los cojo y me acerco hasta Miguel, pero no está en la habitación ni tampoco los platos. Oigo sus pasos subiendo la escalera y cuando entra, lleva algo escondido tras su espalda.

Mira a la almohada y ve las esposas y mi vibrador. Se echa a reír y saca un bote de nata.

—Parece que los dos hemos tenido la misma idea.

Salto de la cama a sus brazos y mis labios chocan con los suyos. Me encanta besarle, cómo su lengua juega con la mía, entrelazándose. Estos besos que me hacen perder la cabeza y solo sentir.

Me coge los brazos y los alza para rápidamente quitarme la sudadera.

—Déjalos en alto —ordena con voz ronca.

Me baja los pantalones y la ropa interior en un mismo gesto y me deja sobre la cama. Se quita su ropa rápidamente y aprovecho para desabrocharme el sujetador.

—Estas nos vendrán bien ahora —una sonrisa ladina se forma en sus labios mientras balancea las esposas ante mi cara.

Me gira, coge mis brazos y me esposa las muñecas a la espalda. Vuelve a girarme y pone sus rodillas a ambos lados de mi cintura.

—Esta es una noche que ninguno olvidaremos.

La promesa de sus palabras provoca un escalofrío de placer que recorre mi columna.

Coge el bote de nata, lo agita y empieza a expandirla por mi cuerpo haciendo dibujos arabescos. Mi nariz, mis labios, mis brazos, mis muslos, mis pechos, mi sexo quedan embadurnados. Su frescor comienza a ponerme la piel de gallina, pero es su lengua limpiando mi piel la que me hace temblar.

Se toma su tiempo y me va volviendo cada vez más frenética. Se recrea con mis pezones tras limpiarlos. Los chupa, los estira y hasta los muerde. Esa pequeña dosis de dolor también lleva un gran placer que se va acumulando en mi sexo.

Gemidos llenan el dormitorio y mi respiración se va haciendo cada vez más irregular. Y no es hasta que llega a mi sexo que no llega el primer grito. Su lengua lame mis labios y sus manos abren mis piernas para facilitarle el acceso.

Me retuerzo de placer, le suplico que pare y entre dentro de mí, pero no me hace caso. Al contrario, su boca se vuelve más exigente sobre mi clítoris y sus dedos comienzan a entrar dentro de mí. Se mueven lentamente al principio, para ir adquiriendo un ritmo enloquecedor. Grito su nombre cuando el orgasmo me llega y no para hasta que me quedo completamente laxa.

Abre el cajón de su mesilla de noche, saca un condón, lo rasga y se lo pone. Se arrodilla en la cama, me levanta las piernas y entra en mí. Comienza a moverse lentamente, haciendo que le sienta completamente. Se está conteniendo y me vuelve a poner loca. Se agacha para darme un beso y al mismo tiempo coger el vibrador.

¡Dios! No sé si voy a poder aguantarlo.

Se incorpora y sonrío de tal manera que me funde el cerebro. Enciende el vibrador y lo pasa por uno de mis pezones. Su movimiento no tarda en ponerlo erecto y hacerme jadear de placer. Lo mueve alternativamente de uno a otro y yo muerdo mi labio para evitar gritar por el placer que estoy sintiendo.

Sus caderas empiezan a moverse con más rapidez y profundidad, provocando que en su cuerpo empiecen a formarse gotas de sudor. El vibrador pasea por mi estómago y llega hasta mi pubis.

—Acompáñame, peque —jadea Miguel.

Baja el vibrador hasta mi clítoris y junto a sus envites, consiguen que grite mientras me corra como nunca lo había hecho antes. Él también lo hace al mismo tiempo y cae exhausto sobre mí.

Nuestras respiraciones son erráticas y lo que más me gustaría en el mundo ahora sería abrazarle.

—Quítame las esposas, por favor —le imploro. —Necesito tocarte.

—¿Dónde está la llave?

—Tienen un botón, no hace falta llave.

Tantea las esposas y da con el botón. Lo pulsa y en cuanto noto que se suelta, lo abrazo con fuerza y le acaricio el cabello. Gira su cabeza y me da un suave beso.

—Vamos a la ducha. Estamos muy pringosos.

La ducha se convierte en una sesión de caricias, besos y mimos. Este hombre es maravilloso. Es listo, amable, cariñoso y un amante de primera.

Después de secarnos, nos metemos en la cama y nos quedamos dormidos abrazados.

Nos levantamos tarde y me visto con más cuidado de lo normal ya que hoy voy a conocer a su tía. Me pongo un vestido con unas botas altas y me maquillo ligeramente. Miguel opta por unos chinos con un jersey y una camisa casual.

Conduce a un restaurante en la carretera de Colmenar y al llegar ya están allí sus tíos. Luis, aunque va de sport, se ve tan distinguido como siempre y a su lado está una mujer que irradia elegancia aun vistiendo un sencillo vestido.

Me siento un poco cohibida por el sitio y la situación, pero para mi sorpresa, su tía se muestra muy cordial y cariñosa conmigo.

—Soy Conchi y tú tienes que ser la mujer que nos ha ayudado a descubrir a los ladrones de la empresa y que además ha robado el corazón de mi sobrino —me dice mientras me da un par de besos. —A lo primero tengo que darte las gracias y por lo segundo, veo que mi sobrino tiene buen gusto.

Mis mejillas se enrojecen ante sus palabras, Miguel mira asombrado a su tía y Luis me da un abrazo.

—Si no lo veo, no lo creo —me susurra Miguel al oído. —Nunca he visto a mi tía ser tan amable con nadie.

Durante toda la comida me hacen sentir cómoda y como si fuera una más de la familia. Es más, Conchi me pide que no me deje avasallar por ninguno de ellos dos y que, si los tengo que poner en su lugar, lo haga.

Tras una sobremesa llena de risas, nos despedimos, no sin antes aceptar una invitación a comer en su casa cuando volvamos a trabajar.

La tarde la pasamos viendo una película tumbados en el sofá, entrelazando nuestras manos, acariciándonos. No me ha dicho que me quiere, ni yo tampoco, pero estoy totalmente segura de nuestros sentimientos. No hace falta decir las palabras.

Por la mañana le digo a Miguel que tengo que ir a mi casa y a ver a Paco. En solo una hora tengo todo terminado. A Paco le he dado su regalo y el de las chicas y a cambio, me ha dado el de Miguel y el fin de semana libre. Me paso por mi pastelería favorita y compro un roscón. No hay víspera de Reyes sin uno. Es hora de volver a retomar las tradiciones.

Cuando he llegado a casa de Miguel me ha recibido con la comida hecha. Ese simple gesto ha sido todo un mundo para mí. La última vez que alguien cocinó para mí, fue mi padre y queda muy lejano en el tiempo.

Cuando le digo que tengo el fin de semana libre, me hace rodar entre sus brazos.

—Van a ser los mejores Reyes que hayamos tenido nunca.

Por la tarde nos vamos a ver la cabalgata. Otra nueva primera vez. Y la disfruto como cualquiera

de los niños que nos rodean. No dejo de sonreír. Ayudo a los niños que nos rodean a coger caramelos y no dejo de darle besos y abrazos a Miguel.

Una vez que han pasado los Reyes en sus carrozas, me giro en los brazos de Miguel y acercándome a sus labios le susurro un gracias.

Ya en la casa, le urjo a cenar y a acostarnos pronto, porque ni no nos dormimos, no vienen los Reyes. Miguel no para de reírse, pero me sigue la corriente. Tarda mucho en dormirse y cuando lo hace me deslizo por la cama, voy hasta donde tengo escondidos sus regalos y los pongo al lado del belén. Luego me vuelvo a la cama, me abrazo a Miguel y me duermo con una sonrisa en la cara.

Abro los ojos y me doy cuenta de que es la mañana de Reyes y por primera vez desde que murieron mis padres, tengo ganas de disfrutar del día. Estoy nerviosa, igual que cuando era pequeña. Así que despierto a Miguel con besos y caricias por su pecho.

—Despierta dormilón. Los Reyes han venido —le digo medio botando en la cama.

—¡Madre mía! ¡Qué monstruo he creado! —se tapa la cara con las manos como si estuviese horrorizado, pero en su pecho burbujea la risa.

—No lo has creado. Solo lo has despertado, bobo —le quito sus manos y le doy un beso. —Vamos.

Le cojo de la mano y bajamos entre risas las escaleras hasta llegar al salón. Debajo del árbol hay un par de cajas, igual que al lado del nacimiento.

—Abre los tuyos —estoy tan emocionada que no paro de botar.

Se acerca al belén y los coje.

—Este primero —le digo señalando uno de los paquetes.

Es el regalo más sencillo, su perfume favorito y que ha conseguido que me vuelva loca cada vez que lo huelo en su cuerpo.

—Abre tú el más grande, peque —me guiña un ojo mientras rompe el papel de regalo.

Él ya lo ha abierto y entre tanto voy desenvolviendo el mío con cuidado.

—¡Es un móvil! —susurro anonadada mientras lo acaricio con cuidado.

Le miro y ya se está echando un poco del perfume. Lo deja a un lado y coje el otro regalo. Dejo mi móvil a un lado y le miro expectante. Cuando lo abre se queda quieto un momento y levanta la vista hasta mis ojos.

—¿Cómo sabías que quería una? —pregunta impresionado.

—No lo sabía —me encogí de hombros. —Solo quería que tuvieras algo especial en tu nuevo puesto como director.

Saca una pluma de su estuche, la estudia por todos los ángulos y no tarda en descubrir que están grabadas sus iniciales. La deposita en el estuche, me coje la cara entre sus manos y me da un beso que me funde las neuronas.

—Venga, abre el otro —me pide cuando termina el beso.

Le noto expectante y un poco inquieto.

Cojo la pequeña caja. No está envuelta, solo necesito levantar la tapa. En ella veo un llavero con una foto de nosotros dos y una llave. La cojo y la miro extrañada.

—¿Quieres venir a vivir definitivamente conmigo? —pregunta nervioso.

No conseguimos oír la respuesta de Rocío, porque una fuerza tira de nosotros, pero por la manera con que se abraza a Miguel podemos suponer que le ha dicho que sí.

Epílogo

Isa y Javi

Rocío y Miguel



No me puedo creer que volvamos a estar aquí abajo y ver de nuevo a Rocío. Una vez que conseguimos cumplir con nuestro cometido, volvimos a ascender y no hemos vuelto a verla.

Intentamos observar qué es lo que estaba ocurriendo, pero era como si una niebla espesa nos impidiese ver nada. Así que, no sabemos qué ha pasado durante este año y eso nos ha matado sin saber qué le contestó aquella última vez que la vimos.

Pero hace escasos minutos que nos han informado que podíamos bajar de nuevo y ver cómo se encontraba Rocío y dando un sentido gracias, hemos bajado a toda pastilla.

Hemos llegado a su piso y al buscarla hemos descubierto que ya no vive aquí. Sus muebles ya no están y en la ducha había un hombre de nuestra edad, con un poco de sobrepeso lleno de tatuajes, que al verlo hemos salido literalmente volando. Así que rápidamente hemos ido al piso de Miguel y nos los hemos encontrado dormidos, el brazo de él rodeando protectoramente la cintura de Rocío.

Cuando se han despertado ya hacía un par de horas que había amanecido. Sus miradas cómplices y ese liviano beso en los labios, me han confirmado que mi niña ha sido muy feliz y lo sigue siendo.

Javi no para de sonreír y darme pequeños codazos por cada cosa que hace o dice Rocío, por cada gesto o palabra cariñosa por parte de Miguel. Se les ve cómplices en todo lo que hacen, con un aura de amor rodeándoles.

Mientras ellos están desayunando, recorreremos el piso y mi corazón se hincha emocionado por todos y cada uno de los pequeños detalles que lo han convertido en un hogar.

Fotografías adornan paredes. Las hay de ellos felices en cada una de ellas, pero también de los padres de Miguel y de nosotros. Un par de las viejas figuritas que habíamos tenido en nuestra antigua casa y que no vimos el año pasado en el piso de Rocío, junto con nuestra foto de bodas presiden su antigua mesa de estudio. A su lado hay otro escritorio y éste con una foto de los padres de Miguel.

Volvemos sobre nuestros pasos, pero en lugar de volver a la cocina, nos adentramos en el salón. Un enorme árbol se ve cerca de la cristalera que da a la terraza y en sus ramas vislumbro alguno de nuestros viejos adornos navideños.

Abrazo a Isa y sonrío con ojos casi llorosos, mientras le indico al otro lado de la cristalera. Allí está nuestro viejo nacimiento, todas y cada una de las figuras que fuimos comprando a lo largo de los años y alguna otra que no reconozco y que, seguramente, Rocío compró a lo largo de los años siguientes.

Ahora me doy cuenta de que ya no le duele a Rocío el pensar en nosotros, en la soledad que vivió durante tantos años. Ha hecho de su hogar un sitio donde el presente y el pasado conviven sin una pizca de pena, ni remordimiento, ni tristeza. Al contrario, todo a nuestro alrededor exuda cariño, alegría y de querer hacer partícipes de su día a día a los padres de Miguel y a nosotros.

Ha vuelto a creer en la familia, sabiendo que en el pasado también hay momentos de felicidad y, sobre todo, en el amor. En que merece la pena arriesgarse, porque la recompensa es infinitamente mayor que una vida en soledad. Ha dado un paso de fe y la recompensa se ve en la felicidad que irradia.

Embobado en mis pensamientos, no me percaté que ambos han ido a su habitación hasta que inconfundibles sonidos de que están haciendo algo más que ducharse llegan a mis oídos.

Por mucho que quiera saber cómo está mi hija, esto es algo que no necesito realmente volver a escuchar. Cojo a Isa de la mano y salimos a la terraza. Después de lo que parece una eternidad, los vemos salir de la casa. Los seguimos y nos metemos en el auto de Miguel, curiosos por saber a dónde se dirigen. Unos minutos después me doy cuenta de cuál es el destino.

—Hoy es quince, Isa —le indico y se lleva las manos a la cara. —Aunque no podamos tocarla, compartamos este día como hacíamos y hagámosla saber que siempre estaremos con ella.

¡Qué diferente se siente este día comparado con el de otros años!

Aunque siempre será mi particular ritual, Miguel ha insistido en que ahora sea nuestro, así como pasar una noche en las navidades de Torrejón. Ya no me entristece pasearme por las calles del centro de Madrid. Al contrario, ahora solo me envuelven los recuerdos felices de cuando era pequeña y los que empecé a crear con Miguel el año pasado.

Paseamos de la mano mirando escaparates, puntuándolos para decidir cuál es el más bonito de este año, tomándonos fotos graciosas. Sé que Miguel está haciendo todo lo posible para que el día sea maravilloso, pero lo que parece no comprender es que ya lo es por simplemente compartirlo con él.

Ya no soy la chica afligida por su miserable vida y su soledad. Él ha derrumbado todas las barreras que había construido a mi alrededor y vencido todos mis miedos, hasta ser la persona que soy ahora. Sonriente, confiada, esperanzada, feliz.

Sumida en mis pensamientos, hemos llegado al Palacio Real y Miguel me mira preocupado.

—Estás muy callada, ¿te preocupa algo?

—Todo está bien, —le doy un beso en los labios y me abrazo a su cuello— más que bien. Estaba pensando en todo lo que ha pasado este año. En cómo has cambiado mi vida, volviéndola del revés, un maravilloso revés.

Me abraza de vuelta. Un abrazo apretado y sentido que me hace sentir protegida y amada. Sé que le he dejado sin palabras, porque la fuerza que imprimen sus brazos no oculta el temblor que recorre su cuerpo ni cómo traga con esfuerzo.

No soy de expresar en voz alta mis sentimientos, más bien soy de demostrarlos con actos. Sin embargo, las pocas veces que lo he hecho, sé que le he tocado profundamente, como hoy.

Nos separamos, no sin antes darme un beso en la frente y abrazarme por los hombros para continuar con nuestro paseo. Yo le abrazo por su cintura y ambos nos dedicamos a acariciarnos suavemente.

Pocos minutos después llegamos al bar donde nos encontramos hace justamente un año y hambrientos atacamos a nuestros bocadillos como si llevásemos días sin comer. No sé si estoy incubando algo, pero el olor de la fritura me está poniendo mala y Miguel me observa asustado.

—Voy a pedir que nos den un par de botellas de agua y nos lo tomamos paseando —se levanta y se acerca a la barra. —Te estás poniendo verde.

Mientras paga, salgo pitando y respiro hondo el gélido aire y parece que consigue calmarme. Lo mismo me pasó anoche en el mejicano al que fuimos a cenar, pero no con la misma virulencia. Tal vez mi cuerpo me está avisando de que llevo demasiadas comidas fuera de casa, ya que el viernes fue la cena de empresa, ayer el mejicano y hoy los calamares.

—Será mejor que volvamos a casa. No tienes buena cara —dice con determinación.

—Ya se me ha pasado. Creo que no me ha sentado bien tantas comidas fuera de casa —intento tranquilizarle. —Además, aún nos falta encontrar una nueva pieza para el belén y ver las luces —le hago un puchero y sé que no se va a negar, aunque luego me cuide como si fuera un bebé.

Me es imposible negarle nada cuando me pone esa carita. La muy bruja sabe que es mi punto débil y no duda en ponerla para salirse con la suya. Pero si vuelvo a ver que no se encuentra bien, por mucho que haga pucheros, nos iremos de vuelta a casa.

Paseamos por los puestos y poco a poco el color en la cara vuelve completamente a Rocío. La cojo de la mano y la llevo hasta uno que ha captado mi atención. En él está expuesto una adoración de los Reyes Magos que me recuerda a la que teníamos en mi casa.

Rocío no pone ninguna pega. Al contrario, le encanta y se pone a saltar como una niña chica, pero me parece que también quiere demostrarme que ya está perfecta. El resto de la tarde pasa bastante rápido y tras ver el centro de Madrid iluminado volvemos a casa.

Los siguientes días estoy pendiente de ella, pero no vuelve a sentirse mal por lo que me puedo relajar un poquito ya que también la estoy vigilando para que no encuentre los regalos de Navidad que ya he comprado y escondido en la habitación de invitados.

Sé que Rocío está nerviosa porque realmente estas serán nuestras primeras navidades juntos. Sí, también las pasamos juntos el año pasado, pero tuvo que trabajar viernes, sábado y domingo y estaba tan agotada, que cuando llegó a mi casa intercambiamos los regalos y se fue a dormir hasta el día siguiente. No fue la mejor navidad que he pasado, pero comprendí que su cuerpo

había llegado al límite.

Este año estaremos en el *Eros* como amigos y clientes y luego nos iremos unos días de vacaciones, uno de los regalos que le voy a dar, para descansar de todo y de todos, ya que este año ha sido todo un desafío.

Mientras Miguel y Rocío están trabajando, Isa y yo notamos cómo nos estamos alejando de ellos. La hora de volver ha llegado y, aunque me gustaría estar más tiempo con mi hija, sé que estamos seguros de que ella tiene y tendrá una vida maravillosa. Ya estamos seguros de su felicidad y de que hay una persona que se desvivirá para que ella sea feliz. A Isa se le están humedeciendo los ojos, no solo de pena sino también de agradecimiento y felicidad por haber podido estar otra vez con nuestra hija. La cojo de la mano y nos alejamos de ellos poco a poco.

Por un momento levanto la vista del ordenador y miro a mi alrededor. Es como si, de repente, algo faltase a mi alrededor. Es la misma sensación que sentí cuando Miguel me regaló la llave de la que puedo llamar nuestra casa.

Miro a Miguel y sigue concentrado en la llamada con el abogado que lleva la acusación contra Juan y Reme. Ha pasado un año y aún no hay juicio, pero hemos conseguido reparar el daño que hicieron durante años. Sacudo mi cabeza, dejo a un lado estos pensamientos y centro mi vista en la pantalla, pero por mucho que lo intento, no soy capaz de volver a concentrarme. Los nervios se están instalando en mi estómago por la cena de esta noche con los tíos de Miguel.

Es la primera Navidad que celebro en familia desde que mi madre murió y no sé cómo se desarrollará. Aunque conozco a sus tíos y sé que van a estar encantados con nuestro regalo, no estoy tan segura con el mío. He tenido poco tiempo para prepararlo, pero espero que les haga la misma ilusión que tengo yo de regalárselo.

No me doy cuenta de que Miguel ha terminado su llamada hasta que no se ha parado a mi lado.

—¿Qué te parece si nos vamos ya? Así te puedes dar uno de tus baños relajantes antes de vayamos a cenar.

—Um, ¡qué idea tan fantástica! Estoy un poco nerviosa y me va a venir genial.

Ya sé que no será solo un baño relajante. Es su excusa perfecta para otras formas de relajación.

Y tanto que lo es. Al final, tengo que apresurarme a arreglarme o llegaremos tarde a casa de sus tíos. Le pregunto a Miguel si ha cogido los regalos para ellos, mientras saco de mi escondite los regalos de Miguel y los regalos extra para todos que voy a llevar. Cuando llego a la entrada veo que ya lleva una gran bolsa, pero mira interrogante hacia la mía.

—Es tu regalo. No quieras saber aún qué es —pongo mi mejor cara de póker para no dejarle ver la infinidad de emociones que me recorren.

¿Qué está planeando Rocío? Ha estado muy rara estos últimos días, pero lo he achacado a todo lo que para ella conlleva estas fechas. Estoy intentando adivinar qué lleva en esa bolsa, pero ella siempre me contesta que me espere al momento en que nos intercambiamos los regalos.

Lo normal sería hacerlo mañana por la mañana, pero como vamos a ir al *Eros* es muy probable que lleguemos tarde a casa y no tengamos cuerpo para celebraciones familiares, por eso lo vamos a hacer esta noche.

Al final la cena es muy animada, con muchos gestos de cariño que casi nunca vi en mi tía. Rocío se la ha ganado y la trata como si fuese la hija que nunca tuvo. Conmigo también se ha mostrado afectuosa y he podido ver cómo complace a mi tío este cambio de actitud.

Cuando llega el momento de los regalos, mi tía parece una niña pequeña, nerviosa por ver si nos gustan sus regalos. La verdad es que se lo ha trabajado, porque a Rocío le regala un relicario con forma de corazón con las fotos de sus padres y a mí un reloj idéntico al que tenía mi padre cuando vivía. Ambos nos quedamos muy conmovidos porque han conseguido que llevemos junto a nosotros un pedacito de nuestros padres.

Nosotros les hemos regalado a ambos un viaje de una semana a París para que celebren su aniversario en la ciudad donde pasaron su luna de miel y ahora es su momento de mostrarse emocionados.

—Nosotros también nos iremos en un par de días —abrazo atrayéndola a mi regazo. —He alquilado una pequeña casita rural en la sierra y esta vez, pasaremos unos diez días donde podremos descansar y tú podrás disfrutar de uno de tus hobbies.

Esto deja a Rocío con la boca abierta.

Es entonces cuando saco un par de cajas. En una hay un *Kindle* y en la otra varios libros dedicados de sus escritoras favoritas.

Por el rabillo del ojo veo también cómo mis tíos se dan sus regalos. Rocío se levanta y se acerca a la bolsa que trajo. Saca un paquete y un sobre. Cuando los abro descubro una pala de pádel que quería comprarme y unas entradas para un festival en la sierra de Gredos para el verano que viene.

Cada uno de nosotros está admirando sus regalos. Sin embargo, Rocío vuelve hacia la bosa que trajo y saca dos pequeñas cajas y nos las da.

—Por favor, me gustaría que las abrieseis al mismo tiempo —nos dice con voz un poco temblorosa.

Nos miramos extrañados, pero seguimos su petición. Cuando ella nos dice “ya” abrimos las cajas. No sé qué cara tienen mis tíos ni Rocío. Solo sé que me he quedado paralizado al ver una ecografía y un *post-it* que pone “En unos meses nos podremos ver”. Una enorme sonrisa empieza a formarse en mi cara, miro hacia Rocío, suelto la caja y corro a abrazarla.

—¿En serio? ¿Es de verdad? —susurro emocionado.

Afirma con su cabeza y la beso volcando en ese beso todo el amor que siento por ella. En cuando la suelto, miro hacia mis tíos que se han quedado igual de impresionados. A ellos también les ha dado una ecografía, pero en sus notas ponía “¿Queréis ser mis abuelos?”

Mi tía se abraza a Rocío llorando de alegría, mientras mi tío me palmea la espalda con orgullo. Luego es mi turno para que me abraze mi tía.

—Será un honor ser sus abuelos —le dice mi tío emocionado mientras la estrecha en sus brazos.

No me podía imaginar que pudiera querer más a Rocío o ser más feliz de lo que he sido desde que estamos juntos, pero ahora me doy cuenta de lo equivocado que he estado. Rocío lo ha llevado a un nivel más alto.

Miguel no me suelta después de salir de casa de sus tíos. En el par de horas que pasamos en el *Eros* se muestra bastante más empalagoso de lo habitual, hasta el punto de que Paco bromea con

que nos deja la sala de descanso si no podemos resistir hasta llegar a casa. Nos reímos con ganas y para seguirle el juego hago amago de subir la trampilla para ir allí.

Bailamos un rato, hablamos con amigos y, finalmente, Miguel me susurra al oído que deberíamos irnos, de estar la nueva familia a solas. Una sonrisa se curva en mi rostro y le doy un besito en la comisura de sus labios. Vamos a la barra y le pedimos a Paco nuestros abrigo y nos vamos.

Al llegar a casa me coge en brazos y me lleva hasta nuestra habitación. Calmadamente me va desnudando, dejando besos allí donde mi piel queda expuesta. Cuando llega a mi vientre, apoya su mejilla y me abraza largamente. Juego con su pelo y acaricio su rostro y cuando lo levanta para mirarme, puedo ver cómo las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas. No dice nada, pero ya lo ha dicho todo.

Se desnuda lentamente, nos metemos en la cama y me abraza por detrás reposando su mano en mi estómago, protegiendo a nuestro bebé.

Ojalá, mis padres, pudieran verme ahora. Todo lo que siempre he querido y anhelado por fin lo tengo. Tengo un buen trabajo, amigos de verdad. Pero lo más importante, tengo a alguien con quien compartir mis días que me quiere de la misma manera que yo a él, y lo mejor de todo, hay un bebé en camino.

Abro mis ojos somnolientos y miro por la ventana de nuestro dormitorio hacia el cielo y lanzo un beso, con la creencia de que les llegará allí donde estén.

^[1] B2 es el nivel FIRST en la escala de Cambridge

^[2] C1 se corresponde con el nivel ADVANCED

^[3] C2 se corresponde con el nivel PROFICIENCY

^[4] “Somebody to love” del álbum “A day at the races” publicado en 1976

Acerca del autor

Nathalie Park

Puedes seguirme en mis redes sociales de Facebook e Instagram, así como en mi página de Amazon.

Facebook
@nathalie.park.fb

Instagram
@nathalie.park.ig

Amazon
<https://relinks.me/NathaliePark>

Libros de este autor

Segundas Oportunidades

Tres amigas deciden pasar un fin de semana largo en un hotel de Málaga sólo para adultos. Nada más llegar, conocerán a tres hombres de Jaén que les cambiarán la vida. Especialmente a una de ellas, Mónica, que no puede creer que volviera a sentir por alguien lo mismo que sentía por su marido fallecido unos años atrás. Sin embargo, una segunda oportunidad para volver a vivir el amor se presenta a su puerta y hará todo lo que esté en su mano para no dejarla escapar.

Navegando Entre El Corazón Y La Razón: Bilogía Pura Contradicción

¿Puede una simple mirada, aunque sea en la distancia, cambiar tu vida? Sam, una estudiante española en Nueva York, no podía imaginar el vuelco que daría su vida tras ver al hombre de sus sueños en la empresa en la que iba a hacer prácticas como becaria mientras completaba sus estudios en la ciudad que nunca duerme. Dentro de ella se desatará una lucha entre el corazón y la razón.

Que La Sonrisa No Abandone Tu Rostro: Bilogía Pura Contradicción

La vida da muchas vueltas y eso es algo que sabe de primera mano Sam. Tras su marcha de Nueva York y perder a Tony, empieza una nueva vida en Londres. Allí no estará sola, pues Leslie, Peter y Mike también han comenzado su vida en la capital británica. Pero el destino volverá a poner su vida patas arriba. ¿Cómo afrontará el nuevo camino que se abre ante ella?

No Te Arrepentirás

¿Qué ocurre cuando una joven pierde demasiado pronto a su padre y tiene que hacer frente al mundo real antes de tiempo? Esto es lo que tiene que vivir Charlie siendo aún muy joven. Un nuevo mundo se abre ante ella cuando empieza a trabajar para una importante agencia de publicidad de Nueva York. Y, sobre todo, cuando lo hace bajo las órdenes de uno de los publicistas más importantes, Derek Simons.

Derek es un casanova que va de mujer en mujer sin dejar que ninguna se acerque a su corazón. Pero cuando conoce a Charlie, algo se removerá en su interior. Sin embargo, no dejará ver qué le hace sentir.

¿Será capaz Charlie de romper la muralla que Derek ha construido a su alrededor? ¿Será lo suficientemente fuerte para soportar y superar los obstáculos que aparecerán en su camino?

Serás Mi Salvación

El refrán "no es oro todo lo que reluce" se puede aplicar perfectamente a la vida de May Feldman.

A cualquiera puede parecer que lo tiene todo. Una familia que forma parte de la élite de Nueva York, viviendo en una casa preciosa de su abuela, un novio de éxito, unas amigas que la apoyan y quieren... Y sobre todo, un trabajo en un colegio del Bronx en el que se siente plenamente realizada ayudando a los más jóvenes a mejorar su vida y labrarse un futuro.

Pero tras las puertas de su casa, esa fachada se resquebraja y May busca desesperadamente agradar a su madre.

Serán sus elecciones profesionales y su motivación por ayudar a los demás, lo que provoque un cambio en su vida.

¿Y Si Te Arrepientes?

La vida de Tess está a punto de cambiar radicalmente, tanto en su trabajo en una de las mejores empresas de publicidad de Nueva York, como en sus relaciones personales con los compañeros y amigos. Lo que no espera es que su pasado en el pueblo donde creció y las actividades de sus años universitarios se fundirán en una historia de suspense y tensión, que puede acabar con la felicidad que siempre ha deseado, pero que nunca se atrevió a aceptar.

"¿Y si te arrepientes?" nos muestra la vida de Tess y Mark, dos de los coprotagonistas de la novela de éxito de Nathalie Park, "No te arrepentirás", por lo que muchas lectoras habían preguntado estos meses de atrás.